

dialéctica

AÑO XII

Nº 20

Diciembre de 1988

EL SOCIALISMO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Textos de Pedro Vusković, Raymond Williams,
Su Shaozhi, Ernest Mandel

*Dos cartas inéditas en español de Marcuse a Heidegger
sobre el nazismo*

PABLO GONZALEZ CASANOVA,
Sobre el marxismo en América Latina

JACQUES BIDET, *Capitalismo — mercado — socialismo*

G. W. HEGEL,
Sobre la enseñanza de la filosofía en la universidad

Escuela de Filosofía y Letras
Universidad Autónoma de Puebla



dialéctica

Revista de la Escuela de Filosofía y Letras
de la Universidad Autónoma de Puebla

Dirección: Gabriel Vargas Lozano
Roberto Hernández Oramas

Consejo Editorial: Angelo Altieri Megale, Oscar Correas, Carlos Figueroa Ibarra, María Teresa Colchero, Alfonso Vélez Pliego, Adrián Gimete Welsh, Javier Mena.

Consejo Asesor: Adolfo Sánchez Vázquez, Georges Labica, Dora Kannoussi, Juan Mora Rubio, Pablo González Casanova, Sergio Bagú, Agustín Cueva, Giuseppe Vacca, Francisco Fernández Buey, Izván Mészáros, Severo Martínez. (Lista incompleta.)

Edición: Martín Pérez Zenteno

dialéctica, núm. 20, diciembre de 1988. Aparece tres veces al año. Precio del ejemplar: \$ 4,500.00. Correspondencia, giros, cheques a: Revista *dialéctica*. Escuela de Filosofía y Letras de la UAP. Calle 3 Oriente, núm. 403, Puebla, Pue. 72000. México. Tel. 42-40-97.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA. Rector: M. C. Samuel Malpica Uribe. Secretario General: M. C. Hipólito Martínez Rangel. Secretario de Rectoría. Arq. Jesús Aroche Ramos. Srío. Auxiliar de Rectoría y Asuntos Académicos: Lic. José Luis Cardona. Coordinador de la Escuela de Filosofía y Letras: Psiq. Abraham Quiroz Palacios.

LIBRARY COPY SERV. DOC
1988

dialéctica

Año XII

Nº 20

Diciembre de 1988

S U M A R I O

EDITORIAL

Cárdenas, *La democracia necesaria y la alternativa socialista* /3

ENSAYOS

Pablo González Casanova, *Sobre el marxismo en América Latina* /7

Pedro Vusković, *Crisis del desarrollo capitalista y perspectivas del socialismo en América Latina* /19

Raymond Williams, *Hacia varios socialismos* /35

Su Shaozhi, *Posibilidades para el socialismo con base en las experiencias y lecciones de China* /59

Ernst Mandel, *El socialismo en el umbral del siglo XXI* /89

DOCUMENTOS

Dos cartas de Marcuse a Heidegger sobre el nazismo /113

G. W. F. Hegel, *Sobre la enseñanza de la filosofía en la Universidad* /117

Jacques Bidet, *Capitalismo-mercado-socialismo* /125

LIBROS

Rubén García Clark, *La producción teórica de Marx: Un comentario a los GRUNDRISSE*, de Enrique Dussel /135

Carlos Figueroa Ibarra, *La revolución pasiva: Una lectura de los GUADERNOS DE LA CÁRCEL*, de Dora Kanoussi y Javier Mena /141

NOTAS

La revista *Dialéctica*, la UAP y la cultura de izquierda en México. Por Gabriel Vargas Lozano /149. Congreso internacional sobre Max Horkheimer. Agapito Maestre Sánchez /157

La polémica ocasionada por Krauze sobre Carlos Fuentes. María Teresa Golchero Garrido /163

NOTICIAS

IV Congreso nacional de filosofía /169; Ciclo de Conferencias sobre marxistas latinoamericanos /170; Coloquio sobre historia de la filosofía en México Siglo XX /169; Elecciones en la Universidad Autónoma de Puebla. Roberto Hernández Oramas /172
Libros, revistas del exterior, revistas nacionales /175

EDITORIAL

CARDENAS, LA DEMOCRACIA NECESARIA Y LA ALTERNATIVA SOCIALISTA

En los últimos meses, nuestro país ha vivido el tercer movimiento político más importante de su historia en las últimas tres décadas. El primero fue el protagonizado por los ferrocarrileros en 1958, que terminó con el injusto encarcelamiento de sus dirigentes. El segundo lo constituyó el movimiento estudiantil-popular de 68, que tenía como objetivos los de lograr la liberación de los presos políticos; la derogación de leyes que, como el artículo 145 del Código Penal, permitían todo tipo de arbitrariedades por parte del gobierno, y la consecución de libertades democráticas. El dos de octubre de este año se ha conmemorado con una impresionante manifestación su trágico desenlace en la matanza de Tlatelolco. El tercer movimiento ha sido el generado por la candidatura de Cuahutémoc Cárdenas a la Presidencia de la República.

Este último suceso constituyó la expresión más contundente de las demandas más importantes del pueblo mexicano hoy: solución a la crisis y democracia.

El movimiento cardenista logró reunir en torno a su plataforma, no sólo a un amplio conjunto de organizaciones y partidos sino, lo que tal vez sea más importante, a millones de ciudadanos que se expresaron en todo el país. Las gigantescas manifestaciones en el Zócalo de la Ciudad de México, en la Comarca Lagunera y en diversas ciudades de Michoacán, sólo son signos de la

identificación por parte de amplios sectores del pueblo mexicano con las propuestas cardenistas de re-negociación de la deuda externa sobre la base de que ésta ya se había pagado por la vía de los intereses; re-estructuración del aparato del Estado; honestidad en el manejo del patrimonio nacional; independencia respecto del imperialismo y un auténtico nacionalismo. Un testimonio visual de la campaña cardenista ha quedado para la historia en el filme de Carlos Mendoza *Crónica de un fraude*.

A pesar del apoyo popular y de la viabilidad de las tesis, el movimiento se encontró con una serie de obstáculos que le han impedido, por ahora, remontar la actual estructura de poder. Estos obstáculos fueron:

1. Las múltiples irregularidades que se registraron en las votaciones del 6 de julio. Para muestra sólo dos botones: los resultados de 100% para el candidato oficial en muchas casillas del país, y las boletas electorales sufragadas a favor de Cárdenas y encontradas en los basureros.
2. La "caída del sistema de cómputo" en pleno recuento y en plena era de la informática y la postmodernidad.
3. La eliminación, por la vía de formalismos, de incontables recursos de queja en el Tribunal de lo Contencioso Electoral.
4. La negativa por parte del sector priísta del Colegio Electoral a aceptar la mayoría de las impugnaciones que habían pasado por el filtro del Tribunal.

Todo esto ha ensombrecido el proceso electoral y cuestionado su legitimidad ante el ciudadano común.

Se han constituido ya las Cámaras de Diputados y Senadores. Se ha proclamado Presidente electo a Carlos Salinas de Gortari; sin embargo, quedan pendientes de solución un amplio conjunto de problemas mayores.

Para el grupo gobernante, los que dicta la necesidad de aplicar una serie de medidas económicas inmediatas

para evitar el colapso de la economía, aplazado por el Pacto de Solidaridad Económica. Estas medidas pasan por un nuevo endeudamiento con el Fondo Monetario Internacional para llevar a cabo la anunciada modernización industrial. Pero esta modernización no será posible sin un cambio de las estructuras políticas del Estado. Miembros del actual equipo gobernante ha propuesto ya una transformación del partido oficial pero ésta se enfrenta con el obstáculo de los grupos corporativos que han constituido un factor real de poder y que, naturalmente, temen perder control y privilegios.

Para la derecha aglutinada en el PAN el problema consiste en cómo consolidar la fuerza adquirida para convertirse en una organización parecida al Partido Republicano de los Estados Unidos. La lucha interna se dará entre panistas tradicionales y neo-conservadores reaganianos.

Para las organizaciones agrupadas en el Frente Democrático Nacional (FDN) el reto será mantener la unidad a pesar de la heterogeneidad y diversidad de las organizaciones que lo conforman; intentar incorporar a más de seis millones de ciudadanos que votaron por Cárdenas (damos ésta cifra porque es el número de votos reconocidos en la pasada contienda electoral) y configurar una estrategia a corto (tres años para la renovación de la Cámara de Diputados), mediano (seis años para una nueva elección de Presidente de la República) y largo plazo.

La izquierda conformada por el PMS (Partido Mexicano Socialista) y MAS (Movimiento al Socialismo) tiene además el problema de cómo transformarse en un nuevo partido que en unión con otras corrientes preserve su vocación democrática en una alternativa socialista.

El tiempo nos dará sin duda las respuestas a estos interrogantes.

Octubre de 1988

G.V.L.

NOTA: Del 21 al 26 de octubre de 1985, se llevó a cabo en la ciudad de Cavtat, Yugoslavia, una importante conferencia sobre el tema "El socialismo en el umbral del siglo XXI". Los trabajos de Ernst Mandel, Su Shaozhi, Raymond Williams y Pedro Vuskovic fueron presentados en esta conferencia. Agradecemos a la revista *Socialism in the World* su permiso para reproducir los ensayos mencionados.

SOBRE EL MARXISMO EN AMERICA LATINA

Pablo González Casanova

A UN COMANDANTE centroamericano le dijeron: "Es increíble lo que han aprendido de marxismo en tan poco tiempo." Su respuesta fue muy sobria: "Lo aprendimos para sobrevivir." Pero ese comandante y todos los que han vivido experiencias parecidas estarían dispuestos a reconocer que quienes les enseñaron marxismo-leninismo lo aprendieron de viejas experiencias. Esas experiencias vienen desde las batallas de los años veintes y desde las crisis con insurrecciones y movilizaciones de masas de principios de los treintas, como las de Cuba y El Salvador. Así, el marxismo de estos comandantes es el de los sucesores directos de frentes y movimientos que tienen una larga historia.

La larga historia se divide con claridad en dos periodos principales: el del marxismo antes de la revolución cubana, particularmente el de los partidos comunistas, y el del marxismo que ha surgido después de Cuba y que presenta características particularmente ricas.

Entre 1918 y 1922 se fundaron los primeros partidos comunistas en México, Uruguay, Chile y Brasil. En 1925 se fundó el Partido Comunista de Cuba, que pronto contó, con el de Uruguay y Chile, entre los más poderosos de América Latina. Entre 1929 y 1932 se fundó el Partido Comunista en Venezuela, Colombia, Perú, Ecuador, Costa Rica, Salvador y Paraguay.

Con el desarrollo de los partidos comunistas y de algunas organizaciones de trabajadores dirigidas por ellos surgió también la difusión de la literatura marxista-leninista. De 1919 a 1921 se publicaron las primeras traducciones de Lenin al español. En

1919 la revista *Spartacus* publicó un primer trabajo de Lenin: *La democracia burguesa y la dictadura del proletariado*. En Buenos Aires aparecieron *El socialismo y la guerra*; *El Estado y la revolución*; *El izquierdismo enfermedad infantil del comunismo*; *La revolución proletaria y el renegado Kautzsky*; *El imperialismo, la etapa más avanzada del capitalismo*. En 1926 Mariátegui empezó a publicar en Perú la revista marxista más notable de su época, *Amauta*. En ella colaboraron destacados intelectuales socialistas y progresistas de América y de Europa. Desde 1924 el famoso pintor Diego Rivera con el no menos famoso Alfaro Siqueiros fundó en México otra revista marxista que se convirtió pronto en órgano oficial del Partido Comunista Mexicano, se llamaba *El machete*.

La difusión del leninismo durante la década de los veinte fue de todos modos muy limitada. Hernán Ramírez Necochea en su historia del *Partido Comunista Chileno* escribe: "puede señalarse que por esas épocas, por los años veinte, era todavía el socialismo muy ajeno a la conciencia de la mayor parte de la clase obrera y a la inmensa mayoría de los trabajadores". Y si eso ocurría en Chile con más razón ocurría en otros países menos desarrollados y politizados de la América Latina. Aunque en todos penetrara el marxismo-leninismo, en todos penetró poco y superficialmente, hecho que no excluye el temor enorme que despertaron, en las oligarquías y el imperialismo, los primeros movimientos de masas dirigidos por los comunistas.

En julio de 1929 se realizó en Buenos Aires la Primera Conferencia de Partidos Comunistas, que señaló como enemigo principal al imperialismo yanqui, y como enemigo esencial a la oligarquía que mantiene, se dijo, formas "feudales" y "semi-feudales" de explotación del trabajo. Durante esos años la lucha interna más exitosa de los partidos comunistas consistió en debilitar y casi en extinguir a las organizaciones anarquistas, aunque los anarquistas dejaron un legado cultural inmenso y renovable. La lucha resultó particularmente difícil para los partidos comunistas en su enfrentamiento contra el laborismo y el reformismo, en especial contra el que tomaba las banderas antioligárquicas y antimperialistas deseando competir con ellos y quitarles influencia a partir de la Revolución Mexicana y del movimiento estudiantil de Córdoba en Argentina. Se trataba de un reformismo creciente dirigido por la pequeña burguesía radical, populista y nacionalista, que a menudo defendió esas banderas con fines puramente dema-

gógicos y oportunistas, como ocurrió en forma notoria y casi continental con una organización llamada la *Alianza Popular Revolucionaria Americana* (APRA), dirigida por el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre. Esta Alianza y su ideología representaron una alternativa al desarrollo del leninismo, fomentada por la burguesía y encabezada siempre por la pequeña burguesía.

Con el socialismo reformista y parlamentario argentino, con el laborismo mexicano, con el liberalismo colombiano "socializante", el "aprimismo" fue pionero de los movimientos reformistas y "populistas" latinoamericanos que habrían de florecer en la década de los treinta. El líder del "aprimismo", Haya de la Torre, fue de los primeros en abandonar las banderas antimperialistas y socialistas, que había sostenido frente a los comunistas, y que rechazó desde 1932, al sentirse cerca del poder y en la necesidad "política" de hacer concesiones ideológicas y económicas al imperialismo. En México, un presidente llamado Plutarco Elías Calles representó un papel parecido en su tránsito del socialismo y el nacionalismo al anticomunismo y la conciliación con la oligarquía y con el imperialismo. La Conferencia de Buenos Aires en 1929 denunció la posición del APRA y expuso los peligros que implicaba la idea de formar partidos antimperialistas integrados por tres clases: la pequeña burguesía, las capas medias y el proletariado, bajo la dirección de la pequeña burguesía. Sin embargo, serían estos partidos o alianzas los que de una manera persistente tendieron a desarrollarse adoptando una posición reformista, de principios muy frágiles, aunque a menudo efectivos en los plazos cortos, e histórica y socialmente necesarios, como ocurriría en México, en el México de Lázaro Cárdenas (de 1934 al 40), en que este presidente emprendió una de las políticas agraristas, laboristas y nacionalistas más profundas en la historia de América Latina. Ningún movimiento llegó más lejos en este tipo de alianzas que el que dirigió el presidente Cárdenas.

Durante los años veintes y hasta 1935 los comunistas sostuvieron una posición particularmente celosa de la autonomía, incluso sostuvieron esa posición cuando la Internacional adoptó la línea de lucha conjunta con movimientos antimperialistas y antif feudales dirigidos por la pequeña burguesía. El endurecimiento de la línea a fines de los años veintes y principios de los treinta quedó clausurado en América Latina con un intento fallido de revolución socialista. En efecto, cuando el brasileño Luis Carlos Prestes, que ya era comunista, intentó en 1935 una revolución socialista en

Brasil y fracasó, esta línea dura y autónoma cedió, y su abandono coincidió con el principio de las políticas del Frente Popular. Pero hasta entonces el problema de la autonomía de las organizaciones de la clase obrera estuvo en el centro del debate.

Entre los dirigentes que más destacaron en los años veintes, no sólo como ideólogos sino como organizadores, se encuentran tres que son clásicos fundamentales del pensamiento marxista latinoamericano: Luis Emilio Recabarren, chileno; José Carlos Mariátegui, peruano; y Julio Antonio Mella, cubano. Recabarren, el más viejo de todos, nació en 1876 y murió en 1924. Fue un obrero tipógrafo y empezó su lucha política bajo la influencia del liberalismo, pasando de ahí a integrarse a un *Partido Demócrata* y después decidió fundar en 1912 el *Partido Obrero Socialista* de Chile. Más tarde contribuyó a la transformación de la Federación Obrera de Chile en una gran sindical nacional. Y en el IV Congreso del *Partido Obrero Socialista* encabezó el movimiento que logró su transformación en *Partido Comunista Chileno*. En la obra de Recabarren hay libros y folletos de gran interés. Sin embargo a menudo sorprende una especie de ingenuidad del dirigente que sale de los mitos del siglo XIX en busca de la práctica obrera, de la táctica y la estrategia revolucionarias. Recabarren no pudo realmente profundizar en el leninismo. Realizó una lucha tenaz contra los anarquistas y al promover y organizar la acción política pugnó de una manera inquebrantable por la independencia del movimiento obrero, contra innumerables intentos que se hicieron, desde 1906 hasta las primeras campañas de tipo populista dirigidas por un presidente que se llamaba Alessandri, para sumar a los obreros a las coaliciones dirigidas por la pequeña burguesía. Su legado a la clase obrera chilena fue el de mantener sus organizaciones autónomas. Desde que era socialista, e incluso después cuando fue comunista, Recabarren dio prioridad a la lucha pacífica y legal frente a cualquier otra forma de lucha. En su obra como en la de otros clásicos del pensamiento marxista latinoamericano está todo un legado de toda una clase. No excluyó la posibilidad de la revolución violenta y exaltó la conducta de Lenin en la Rusia zarista, pero pensó y trabajó más en la "revolución legal". Así llegó a sostener sólo ideas pobres en relación con acciones más fuertes; llegó a sostener que el paro general podría ser un instrumento capaz de derrocar a la burguesía. Su comprensión de la violencia reaccionaria fue también exigua como su comprensión de la amenaza imperialista, de la que prácticamente no ha-

bió, aunque de vez en cuando se refiriese a la “clase capitalista guerrera” y a sus “posiciones de combate” o a los problemas que planteaba el desarrollo del gran capital. Realmente su contribución más importante consistió en la tenaz preservación de la autonomía proletaria, en la vinculación de todas las luchas inmediatas con la lucha por el socialismo, y en la vinculación de la lucha de los trabajadores chilenos con la que se libraba en un plano internacional. Recabarren concibió así el problema de las alianzas como una táctica que siempre debía tener como eje a los trabajadores, y que siempre debía manifestar una vocación socialista: “Si llamamos revolucionario al socialismo —escribió en 1912— es porque no admite otra palabra el pensamiento y la acción que se realiza para transformar este mundo lleno de miserias y desgracias en un verdadero paraíso de felicidades y goces.” Lo decía pensando en una “acción revolucionaria legal”, pero también afirmaba, y esto es importante relacionarlo con la nueva y más reciente historia de Chile: “Soy libre de llevar las armas que a mi me plazcan para hacer la revolución, y libre a la vez de deshacerme de las que vaya estimando inútiles o gastadas o inofensivas.” La importancia de estos clásicos en la historia de sus respectivos países es enorme.

Otro autor notable, José Carlos Mariátegui, que nació en 1895 y murió en 1930, formuló las elaboraciones teóricas y los análisis políticos más profundos y precisos. Su preparación intelectual era del mayor nivel. En una obra que publicó, titulada *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, dejó el primer descubrimiento de un país latinoamericano por un autor marxista-leninista que se decía a sí mismo “convicto y confeso”. Es la obra más famosa de él, pero para conocer su pensamiento resulta indispensable leer *La escena contemporánea*, *La historia de la crisis mundial*, *En defensa del marxismo*. Mariátegui fue fundador del Partido Socialista Peruano (comunista) en el que tuvo una actuación destacada. Antes de la fundación del partido y después, ante el comité central del mismo, expuso de una manera exacta y dura sus diferencias con los “apristas”. Para Mariátegui la eficacia de la lucha antimperialista, la eficacia de la lucha agraria, la eficacia de la lucha indigenista dependía de una alianza dirigida por el proletariado y su partido de vanguardia, y en última instancia dependía del socialismo. Sobre estos principios Mariátegui exploraba la originalidad histórica de América Latina, la realidad y la vida de la revolución latinoamericana, lo que llamaba su nece-

saría "creación heroica", la que cobraría vida a partir de una realidad universal y concreta. Apegado emocional y políticamente a la clase trabajadora, inserto prácticamente en ella, ni el descubrimiento de la historia o del socialismo, ni la creación de la futura historia socialista resultaban lo que él llamaba un "calco", una "copia", sino parte de un proceso universal, cuyas características eran distintas en Europa, Asia, Africa o América Latina. Mariátegui no sólo difundió el conocimiento del marxismo en *Amauta*, sino en otra revista llamada *Labor*, también de alta calidad política y literaria, pero más destinada al movimiento obrero y a su organización. Si el legado de Mariátegui se rompió durante un tiempo en Perú, hoy y cada vez que se reaniman las luchas revolucionarias, su figura revive. Y nuevamente se advierte lo que podríamos llamar el proceso de acumulación política, el proceso de acumulación ideológica que es muy grande en estos países.

El tercer autor que está vivo es Julio Antonio Mella, que murió muy joven; nació en 1903 y murió en 1929 víctima del dictador Machado. Mella fue uno de los primeros y más rigurosos ideólogos de ese marxismo cubano que se enriqueció con la herencia de José Martí, el pensador liberal y revolucionario de fines del siglo XIX, y fue el primero en profundizar el significado de la lucha antimperialista y moral, heroica, de Martí. En su acción política, Mella ejemplificó también esa otra característica del desarrollo del pensamiento revolucionario cubano, que consistió en relacionar estrechamente el movimiento estudiantil con el movimiento obrero, en un proceso de iniciación universitaria que desemboca en acción proletaria y revolucionaria. De su actuación en el *Primer Congreso Nacional de Estudiantes*, celebrado en la Habana en 1923, y que postuló tesis antimperialistas y socialistas, Mella pasó a formar parte de una agrupación que estaba preparando la fundación del Partido Comunista. En 1925 junto con Baliño, que había colaborado con Martí a fines del siglo XIX en el Partido Revolucionario Cubano, fundó el Partido Comunista Cubano. A pesar de su corta vida de 26 años y del tiempo que le dejó una intensa lucha contra el imperialismo y la dictadura, Mella escribió un buen número de artículos y ensayos que constituyen el antecedente más cercano del pensar marxista clásico en la Cuba contemporánea. En todo el razonamiento de Mella campea una invitación a la clase media para que juegue el papel revolucionario que le corresponde en su lucha contra el imperialismo y por el socialismo. Pero Mella siempre plantea la lucha

de la clase media en vinculación estrecha y dependiente de la lucha del proletariado. Su relación entre el estudiante y el líder revolucionario es la que van a establecer sus herederos muchos años más tarde.

Después de la época de los clásicos del marxismo-leninismo latinoamericano, la formación del pensamiento socialista siguió dos grandes líneas de lucha. De 1935 a 1954 cobró auge la política del frente popular antimperialista y el apoyo a las revoluciones nacionales, democráticas y agrarias, dirigidas por las clases medias contra los remanentes del feudalismo y contra el imperialismo. Son épocas en que los comunistas y sus simpatizantes apoyan a los movimientos de tipo nacionalista-antimperialistas, primero, como parte de la lucha contra el fascismo, contra el nazismo, y después como un intento de política de coexistencia pacífica. En esta época los comunistas van a perder una parte de su liderazgo ideológico e intelectual. Y en realidad, durante esta época, el principal líder e ideólogo marxista, el más inteligente y lúcido, el que sigue teniendo validez para comprender los problemas que se plantearon entonces, incluso porque él mismo fue víctima de ellos, fue Vicente Lombardo Toledano, dirigente obrero que durante todo el periodo, y hasta su muerte, estuvo ligado a las organizaciones mundiales del proletariado, dirigidas por comunistas y socialistas.

El derrocamiento del régimen democrático de Jacobo Arbenz en 1954 por el imperialismo norteamericano y por la oligarquía guatemalteca clausuró la etapa iniciada con los frentes populares y continuada por los frentes de coexistencia pacífica. Se terminó, entonces, una esperanza que se vivía con gran profundidad, la de sacar adelante a nivel mundial la coexistencia pacífica con el apoyo a los regímenes nacionalistas encabezados por la pequeña burguesía populista, antimperialista. El pensamiento se radicalizó, replanteando profundamente el problema de las alianzas; replanteando profundamente el estudio de la estructura de clases del Estado, replanteando profundamente el problema de la lucha de clases dentro y como base de la lucha antimperialista.

La toma del Cuartel Moncada en 1953, el desembarco del "Granma" en 1956 y, sobre todo, el establecimiento del primer Estado socialista en América Latina en 1961, marcaron el inicio de una nueva época en la forja del socialismo, y del marxismo-leninismo latinoamericano. En esta época se dan una enorme variedad de luchas insurreccionales, políticas e ideológicas, entre las

que destacan la etapa de las guerrillas rurales que va de 1959 a 1965; la etapa de las guerrillas urbanas que va de 1968 a 1971; la gran lucha del pueblo chileno por alcanzar el socialismo a través de la llamada "vía pacífica", que va de 1970 a 1973 y que constituye la primera experiencia universal de tomar el poder por la vía política. En esta época iniciada, como dijimos, en 1953, Fidel Castro, Ernesto Che Guevara y Salvador Allende son algunos de sus dirigentes más notables.

Las derrotas de los movimientos socialistas posteriores a la Revolución Cubana y la implantación de regímenes neofascistas en un buen número de países latinoamericanos marcan otro periodo del pensar y actuar revolucionario socialista. Es un periodo de madurez creciente, de dolor, a veces de desconcierto profundo, y de esperanza, también muy grande, en la liberación y el socialismo.

Durante esta época, en Cuba el pensamiento socialista se vuelve común a todo un pueblo que piensa con la forma de pensar del hombre socialista. El pensamiento socialista en Cuba es cuantitativa y cualitativamente distinto al de la historia anterior. Ya no sólo es el pensamiento de un grupo, de una organización o una clase, ni sólo es el pensamiento ideal sobre un objeto aún inexistente, en el que las palabras no hallan la correspondencia de lo real. En Cuba se ha organizado, como diría el utopista chileno Francisco Bilbao, "la autocracia de la palabra". El país cumple la palabra con extraño rigor, tiene fe en la palabra. Realiza los postulados de Martí y los interpreta con las categorías del marxismo-leninismo que forjaron los revolucionarios cubanos, al calor de la revolución, antes y ahora. El 20 de diciembre de 1961 Fidel Castro dijo hablando de la Revolución Cubana que había sido: "Una revolución, en los hechos, enteramente marxista, pero que, en la formulación formal, no se presentaba como tal revolución marxista-leninista". Fidel Castro afirmó que las "Escuelas de Instrucción Revolucionaria" eran parte de "la síntesis necesaria" en que "por fin la teoría y los hechos marchan identificados, como tienen que marchar". Y aquí apareció un fenómeno de mucho interés, un fenómeno muy novedoso no sólo por los conceptos sino por el lenguaje. Un fenómeno de enriquecimiento notable en el orden de la vida, en particular en el pensamiento y en la palabra. Y este enriquecimiento se da con la figura de primer relieve que cobra Martí en el pensamiento actual revolucionario cubano, un fenómeno que después se va a dar de otro modo, como veremos brevemente, en Centroamérica.

Varias son las razones por las que Martí pertenece a la historia del pensamiento socialista en América Latina, sin que él haya sido socialista ni marxista. La más significativa es sin duda que Martí es considerado como el autor intelectual de la Revolución Cubana por Fidel Castro y otros dirigentes. ¿Por qué? Esa tesis no es nada más una expresión retórica. Martí es el precursor moral, político, revolucionario y práctico de la Revolución Cubana. Lo es por la mediación del dirigente comunista Julio Antonio Mella y por la de los líderes de la revolución. La presencia de Martí es parte de la cultura revolucionaria de Cuba. Más que un hombre es realmente un pueblo. uno se queda azorado cuando va a Cuba al ver la presencia de ese hombre en la cultura popular. Ahora, lo interesante es esto: toda la historia revolucionaria de Cuba, a través de su pueblo y su líder, y sus líderes, asume la herencia moral, ideológica y política, la herencia revolucionaria de Martí, considerada como un todo en que para alcanzar los objetivos morales y revolucionarios se revela necesario hacer la revolución y también el socialismo. Para alcanzar los objetivos morales de Martí no sólo se necesita hacer la revolución, si se es coherente, sino que se tiene que hacer el socialismo. Haydée Santa María, una de las dirigentes de la revolución cubana dice que el asalto al Cuartel Moncada se realizó cuando sus protagonistas, encabezados por Fidel Castro, eran "martianos".

Hoy, aclara, "somos marxistas" y no hemos dejado de ser "martianos", porque no hay contradicción en esto, por lo menos para nosotros. El fenómeno es visto también por Ernesto Che Guevara en sus notas para el *Estudio de la ideología de la revolución cubana*, pero desde el otro ángulo. Guevara ve en la obra científica de Marx el antecedente de la explicación que ellos se dan sobre la lucha que emprenden y dice: "a partir de ese Marx científico nosotros iniciamos una lucha revolucionaria en la que ya nosotros nos pusimos a descubrir el mundo en el que luchábamos y en el que Marx no luchó, no para revisar a Marx sino para conocer ese mundo, y tampoco nos preocupamos por ver si éramos ortodoxos en la interpretación de ese mundo, lo que nos preocupaba era entender y cambiar ese mundo, y de Marx solamente tomamos los grandes trazos de la historia". El fenómeno es particularmente distinto a muchas formulaciones dogmáticas o revisionistas del marxismo anterior y le da una riqueza notable al pensamiento marxista actual en América Latina. Esa riqueza se va a repetir en Centroamérica.

Ricardo Morales, un ideólogo y dirigente de la revolución de Nicaragua, ha escrito: "Hay que estudiar nuestra historia y nuestra realidad como marxistas y el marxismo como nicaraguenses." Con eso quiere decir algo muy profundo y es que hay que estudiar las mediaciones. Efectivamente el proceso revolucionario en nuestros países no se da sin mediaciones, sino con una gran cantidad de mediaciones, y es en el estudio de estas mediaciones como se va a enriquecer mucho la teoría del proceso revolucionario. El Frente Sandinista de Liberación Nacional, que se fundó en 1961 con una vinculación entre sandinismo y marxismo, entre el legado de Sandino que fue el gran líder anti-imperialista que luchó en Nicaragua a fin de los años veintes y el de Marx después de Cuba, el Frente Sandinista de Liberación Nacional, que junta el sandinismo con el marxismo actual, combina diferentes formas de lucha en distintos niveles de conciencia. El Frente integra a hombres que vienen de las más distintas corrientes ideológicas y culturales. En él se van a juntar marxistas, leninistas, revolucionarios de todas las ideologías que se han acercado al proceso después de la Revolución Cubana, incluso católicos revolucionarios. Y el Frente va a ir dando una serie de luchas contra las mediaciones que le permiten profundizar el proceso. Empieza por la lucha contra el tirano. La tiranía de Somoza aparece como lo más general para todos y es contra ella que hay que luchar. Pero una vez derrocada, o en el proceso de derrocarla, aparecen otras mediaciones, como la mediación del imperialismo, y entonces la lucha por la democracia se vincula a ojos de todas las masas con la lucha por la liberación nacional. Y entonces aparece otro fenómeno muy interesante en que el sandinismo va a hacer contribuciones significativas, y es que la transición, los fenómenos de transición, de mediación, presentan una fuerza, una vitalidad que exige reflexionar más profundamente sobre la economía mixta, sobre el pluralismo ideológico. Y no sólo como problemas tal vez de transición, sino como problemas que pueden significar para el futuro alianzas muy profundas, y proyectos de socialismo democrático muy avanzado y distinto, nuevas formas de democracia dentro del socialismo.

Ahora, dentro de este proyecto ocurre algo particularmente distinto de lo que ocurría en los primeros partidos comunistas. Y es que estas organizaciones revolucionarias no están formadas exclusivamente por comunistas, por marxista-leninistas y entonces tienen un problema acerca de quiénes pueden formar parte de

ellas. Y este problema se resuelve de una manera muy interesante, y práctica, sobre todo después de la dramática experiencia de las guerrillas de principios de los sesentas, que estaban formadas también en forma muy heterogénea, pero que precisamente por estar formadas de manera muy heterogénea se metían a ellas provocadores y agentes del enemigo. ¿Cuál es la solución que se encuentra para organizaciones en la que no todos los integrantes tienen una sola ideología? La solución la da uno de los comandantes de la revolución nicaragüense: “Si se trataba de un hombre honesto nosotros lo contactábamos” —escribe el comandante Henri Ruiz en una obrita titulada *La montaña era como un crisol donde se forjaban los mejores cuadros*. Así, nuevamente, se le da a la moral, a la coherencia, un valor político y revolucionario muy significativo, y es a partir de ese valor como se van profundizando las experiencias, reflexionando en ellas y enriqueciendo el conocimiento de un pensamiento marxista y socialista que incluso en muchos casos todavía no se plantea ni el problema del marxismo como ideología de masas, ni el proyecto del socialismo, como inminente o inmediato, sino que se plantea como un problema real y profundo el de la democracia, el de la liberación nacional, el de la defensa de la soberanía popular, y una serie de problemas de la edad moderna defendidos originalmente por las revoluciones burguesas, y que ahora solamente se pueden defender y realizar cuando se vincula el proceso mundial al poder proletario y cuando en el terreno interno no sólo se organiza a la clase obrera, sino al pueblo trabajador. Y así aparecen una serie de categorías nuevas, como son las del pueblo trabajador, como son las de la coalición o el movimiento o el frente, sobre las que nuestra investigación teórica e histórica es aún muy pobre, y en las que se encuentra la nueva teoría y sobre todo la nueva riqueza de la vida y de la revolución latinoamericana.

Kumrovec, Yugoslavia

Octubre de 1983.

CRISIS DEL DESARROLLO CAPITALISTA Y PERSPECTIVAS DEL SOCIALISMO EN AMERICA LATINA

Pedro Vusković

Introducción

Al término de la primera mitad de la década de los ochentas, la mayoría de las naciones latinoamericanas caracterizan una situación de profunda crisis, que se manifiesta en sus expresiones económicas tanto como en las sociales y políticas.

En algunos países, la resolución exitosa de las luchas populares enfrenta la amenaza constante de la agresión imperialista; en otros, la fase culminante de una lucha todavía no resuelta asume la forma de prolongados enfrentamientos militares; en unos casos, el derrocamiento de dictaduras militares que impusieron los esquemas más regresivos ha reabierto expectativas democráticas, pero condicionadas todavía por unos procesos cargados de riesgos y de incertidumbres respecto de su evolución futura, y en otros, el empeño sacrificado de la lucha popular sigue enfrentado a la persistencia de regímenes singularmente reaccionarios y represivos. En suma, es el cuadro de un subcontinente latinoamericano convulsionado y en el que la mayoría de las naciones se encuentran sumidas en la crisis económica más grave, por lo menos del último medio siglo.

Por todas partes se constatan los signos de agotamiento de una larga fase de la evolución histórica de las sociedades latinoamericanas y se intuye la inminencia de grandes transformaciones. De modo que la cuestión central, hoy día, radica en el signo fundamental de tales transformaciones: hasta dónde vendrían a representar un camino de recuperación y continuidad de desarrollo

capitalista o en qué medida no podrían sino abrir paso al tránsito hacia un nuevo sistema social definitivamente socialista.

El desafío de proponer nuevos caminos de futuro está planteado de hecho tanto para los que suscriben la primera posibilidad como para quienes se identifican con la segunda. Las fuerzas conservadoras no pueden ocultar el fracaso estrepitoso de las políticas que preconizaron e impusieron en los últimos años, particularmente en los países del sur de América Latina, asimiladas de modo general al "neoliberalismo", y sustentadas en la gran influencia ejercida por éste, con el respaldo además del Fondo Monetario Internacional; pero tampoco pueden reactualizar, en su reemplazo, las mismas concepciones y prácticas "desarrollistas" del reformismo, cuyas insuficiencias fueron determinantes de la regresión económica y política bajo las fórmulas "estabilizadoras". Por su parte, las propuestas de la izquierda han conocido también —con la excepción de Cuba— derrotas y fracasos inocultables, y la sola idea del socialismo, en su enunciado general y abstracto, ha perdido capacidad de convocatoria social, más aún si se tiene en cuenta la utilización propagandística que se ha hecho de los problemas concretos del "socialismo real".

No es pues de sorprender que las disposiciones subjetivas estén dominadas de manera general por la perplejidad y la incertidumbre, y que la intensidad de las luchas sociales no encuentre correspondencia en unas propuestas de futuro capaces de concitar la fuerza necesaria para superar las frustraciones del pasado. La crisis aparece así también como una crisis ideológica, de concepciones y proyectos sociales, de liderazgos y hegemonías, de aptitud para reunir y movilizar toda la fuerza social que potencialmente podría aglutinarse a partir del reconocimiento de sus intereses objetivos.

Las estructuras sociales conformadas en los marcos del subdesarrollo y la dependencia, tal como se han dado en el curso de la evolución capitalista de América Latina, asumen también rasgos singulares y exhiben las características de una sorprendente complejidad. Los procesos excepcionalmente rápidos de concentración económica reproducen "prematuramente" en las sociedades latinoamericanas las condiciones del capitalismo monopolista de Estado. Las formas específicas que toma la "modernización" capitalista y la integración de las economías nacionales al sistema capitalista mundial se expresan en las posiciones hegemónicas que alcanzan en su interior las grandes corporaciones transnacionales, y acen-

túan las diferenciaciones de capas y estratos que determinan una pronunciada "heterogeneidad estructural" de los sistemas sociales y productivos. Las "capas medias" adquieren una dimensión considerable y en muchos casos llegan a conquistar unas cuotas muy elevadas de participación en la distribución del ingreso, en desmedro de los más pobres, y una gravitación política decisiva; en cambio, la clase obrera propiamente dicha suele representar unas cuotas relativamente pequeñas del total de la fuerza de trabajo en unas estructuras ocupacionales caracterizadas por una dilatación enfermiza de la ocupación en los servicios, sectores importantes de "trabajadores por cuenta propia", altos índices de desempleo y subempleo, y contingentes muy grandes y crecientes de poblaciones "marginales". Hoy día, la crisis está afectando también muy significativamente las posiciones relativas de los distintos estratos sociales y, muy probablemente, cambiando el signo de sus disposiciones respecto de los nuevos proyectos sociales del futuro.

Esta suerte de consideraciones globales sugiere el alcance de los interrogantes que ahora surgen respecto de los "patrones de desarrollo" que han predominado en la experiencia latinoamericana de las últimas décadas y ha abierto un amplio campo de reflexión y controversia sobre las "opciones" y "estrategias alternativas" del desarrollo futuro. En ello quedan comprendidos diversos componentes y manifestaciones parciales del desarrollo económico y social; pero en el fondo, y aunque no siempre se lo haga explícito, queda planteada la cuestión central de hasta dónde las verdaderas opciones futuras involucran transformaciones de tal profundidad, que sólo podrían cumplirse en los marcos del tránsito hacia la reconstrucción socialista de las sociedades latinoamericanas.

La crisis actual de las economías latinoamericanas

En América Latina, los años 1982 y 1983 marcaron los peores registros económicos del último medio siglo. En casi todos los países de la región los procesos productivos acusaron descensos en los niveles reales del producto interno o del producto por habitante, que en los casos más adversos significaron volver a las cifras de hace diez o veinte años; se deterioraron las situaciones de empleo, ya muy adversas, los severos desequilibrios financieros y las presiones inflacionarias alcanzaron intensidad extraordinaria y motivaron políticas "estabilizadoras" que agravaron las tenden-

cias recesivas, impusieron descensos considerables de los salarios reales y redujeron los niveles de consumo (aún de sus componentes esenciales) de amplios sectores de las poblaciones nacionales, y las relaciones económicas externas agregaron a los desajustes tradicionales del comercio unos desenlaces inmanejables de la espiral del endeudamiento externo y la necesidad de contraer drásticamente las importaciones, añadiendo otras consecuencias depresivas.

Se configuraron así unas situaciones de crisis de extraordinaria profundidad; con el rasgo adicional de que sus manifestaciones han estado presentes simultáneamente y en términos parecidos en casi todos los países de la región, más allá de las significativas diferencias tanto en sus situaciones políticas como en sus antecedentes económicos y en las políticas económicas que venían poniendo en práctica.

Sin duda, en la precipitación de la crisis han influido en medida importante factores externos, vinculados a su vez a las situaciones críticas de la economía mundial. En particular, sus consecuencias se han dejado sentir en una caída espectacular de los términos del intercambio de América Latina, en las altas tasas de interés que agudizaron al extremo los problemas de la deuda acumulada, y en una severa contracción del flujo neto de capital privado extranjero. Pero sin subestimar de ninguna manera esa incidencia, es preciso reconocer que no se trata sólo del sector externo como origen: la crisis económica latinoamericana tiene también raíces propias, cuyas consecuencias sin duda se han visto aceleradas y acrecentadas por los factores externos, pero no han estado determinadas fundamentalmente por ellos.

Las formas específicas que asumió el desarrollo industrial, la incapacidad de la agricultura para acompañar al crecimiento de la población y sus necesidades básicas, la progresiva insuficiencia de los sistemas productivos para generar empleos en consonancia con el crecimiento de la fuerza de trabajo, la acentuación progresiva de las desigualdades económicas y sociales, las presiones inflacionarias constantes y crecientes, constituyen un conjunto de expresiones que sugieren que en definitiva lo que está presente es el agotamiento del patrón básico de desarrollo que ha prevalecido en las últimas décadas. Probablemente sea éste, más que cualquier otro, el elemento determinante y el factor común que explica la simultaneidad de la crisis en países significativamente diferenciados en sus estructuras económicas y en sus metas socia-

les y objetivos políticos inmediatos; y que los impulsan, en ausencia de una visión estratégica alternativa, a adoptar políticas económicas parecidas, para terminar inscribiendo cada uno de los rasgos peculiares del mismo fracaso.

Vistas así las cosas, habría razones fundadas para resumir que esta crisis del presente viene a cerrar toda una larga fase del desarrollo latinoamericano. Y que la redefinición fundamental que ello reclama comprende tanto al sistema de relaciones económicas externas, (su "inserción exterior") como a los patrones del desarrollo interior.

Frustraciones del "desarrollismo" y fracaso del "neoliberalismo"

En los desenlaces que hoy son ostensibles se perciben, también, los límites de las políticas de desarrollo que han estado al alcance de las capas dominantes de las sociedades latinoamericanas. Se trata, principalmente, de los cuerpos de propuestas que de modo general conformaron, en una fase, las políticas "desarrollistas" y, en otras, las políticas "estabilizadoras", particularmente las que expresaban el pensamiento "neoliberal".

Durante la mayor parte de las últimas décadas, las estrategias de desarrollo que prevalecieron en América Latina se enmarcaron en lo esencial en un esquema político reformista y en las propuestas económicas que le eran consecuentes. Al amparo de tales políticas, las economías latinoamericanas registraron entonces expansiones cuantitativas considerables, cambios importantes en las estructuras económicas, rápidos procesos de urbanización y absorción de muchos de los símbolos de la "modernización". Pero acumulaban al mismo tiempo desajustes crecientes que acusaban la gravitación cada vez mayor de un conjunto de problemas económicos y sociales muy profundos y que en último instancia estaban llamadas a constituirse en freno al mismo proceso de crecimiento. Se reconocen por lo general entre esos desajustes los que tienen que ver con la pérdida de capacidad para sostener una dinámica de crecimiento económico, los altos grados de desocupación y subempleo de la fuerza de trabajo, la acentuación extrema de la desigualdad social y económica, los procesos de constantes concentración económica en sus diversas manifestaciones y la persistencia de tendencias al desequilibrio externo.

Las políticas desarrollistas se proponían actuar precisamente en esos planos. La aceleración de la tasa de crecimiento global constituía la referencia más destacada de sus objetivos, considerada además como requisito imprescindible para superar otros obstáculos estructurales y asegurar la ampliación de las fuentes de trabajo en correspondencia con los aumentos de la población en edad activa. Por su parte, ante la constatación de que la distribución del ingreso no atenuaba las desigualdades como fruto espontáneo del crecimiento, propiciaba unas políticas “compensatorias”, principalmente por la vía de los servicios sociales públicos y otras medidas de política económica que propendieran a una distribución más progresiva del ingreso. Un sistema de franquicias, incentivos, subsidios y otras formas diversas de apoyo, dirigidas específicamente a estratos determinados de productores, se proponía atenuar las tendencias concentradoras que se hacían presentes en el desarrollo latinoamericano, incluso desde las primeras fases de la industrialización. Y las políticas proteccionistas de diversa naturaleza para desalentar las importaciones, así como las de fomento de exportaciones, buscaban asegurar la compatibilidad del crecimiento interno con el equilibrio de las relaciones comerciales externas.

Desde los primeros años de la década del setenta —y en algunos países con anterioridad— se hicieron ostensibles los límites de eficacia de ese esquema. Su evaluación destaca por lo general los efectos de las políticas desarrollistas en los desequilibrios financieros, en particular los déficits fiscales y del comercio exterior y las presiones inflacionarias; en cambio, no siempre se llama igualmente la atención a la incapacidad que termina por exhibir el desarrollismo en su propio terreno, es decir, respecto de los factores estructurales que inspiraron sus propuestas: en los hechos, las desigualdades sociales tienden a acentuarse aún más y las políticas compensatorias pierden rápidamente su eficacia; los procesos de concentración son asimismo cada vez más intensos y las raíces estructurales del desequilibrio externo cambian en su composición pero no en su signo.

El reconocimiento de este doble fracaso del desarrollismo —en el plano estructural tanto como en el de los equilibrios financieros— es clave para comprender la insuficiencia de origen de las propuestas “estabilizadoras” que se levantaron como alternativas. Sus impulsores las presentaron como respuesta a lo que ellos mismos calificaron como excesos y males del “desarrollismo” y, por

tanto, como el esfuerzo "ordenador" que en determinadas circunstancias sería imperioso para restablecer unas bases "sanas" de funcionamiento del sistema económico, en las que vendrían a apoyarse enseguida los nuevos desarrollos. De ahí la regularidad de sus contenidos, independientemente de la singularidad de los sistemas nacionales en los que se aplican: regresión de las conquistas sociales y disminución de los salarios reales, como base, según se sostiene, para recuperar capacidad de acumulación; restricción de la esfera de actividad del Estado, contención del gasto público y "privatización" de las empresas públicas; apertura indiscriminada a las corrientes comerciales y financieras con el exterior, suprimiendo o atenuando toda forma de barreras limitativas o proteccionistas. En todos los casos, el propósito "rectificador" de ellas se limitaba a los desajustes financieros, mientras que la resolución de los problemas estructurales quedaba entregada al funcionamiento "espontáneo" de los sistemas económicos. Con la constatación adicional de que las políticas estabilizadoras no resultaban ser "neutrales" respecto de los problemas estructurales; por el contrario, su puesta en práctica involucraba la agudización extrema de ellos, tanto más cuanto más recesivo fuera el marco global en el que se buscaba resolver los déficits financieros. Las experiencias concretas dan cuenta elocuente de ello en los retrocesos de los niveles de producción; la conjunción de procesos que tienen por efecto acentuar aún más las desigualdades sociales (deterioro de los salarios reales, eliminación de subsidios a bienes y servicios de consumo difundido, contracción de los servicios públicos y beneficios de los sistemas de seguridad social, etcétera), así como los intensos aumentos de la desocupación y el subempleo; el desaparecimiento de numerosas empresas productivas y la rápida expansión de grupos dominantes de concentración económica; el desequilibrio externo agravado por las políticas de "apertura" a los procesos de internacionalización económica.

A los efectos de la discusión sobre perspectivas futuras, es muy importante el reconocimiento de esta relación peculiar entre políticas desarrollistas y políticas "neoliberales": en los hechos, más que constituirse en alternativas estratégicas terminan por profundizar los mismos rasgos adversos que supuestamente estaban llamadas a corregir.

El desarrollismo y las políticas estabilizadoras marcan así su presencia en la crisis de hoy no en términos de antagonismo; más bien, cumplen una función complementaria, en la que marcan

fases y formas diferenciadas pero coincidentes en el significado esencial de sus consecuencias.

Las evidencias empíricas a este respecto se han hecho particularmente ostensibles en países del cono sur de América Latina, que conocieron largas fases de vigencia del desarrollismo e inscribieron después la experiencia de la aplicación más plena de las políticas estabilizadoras, asociadas además a formas extremadamente autoritarias de gobierno, como requerimiento político para imponer los "costos sociales" que ellas han involucrado. Independientemente de que en unos casos, como los de Argentina y Uruguay, el tránsito del desarrollismo a los propósitos estabilizadores haya sido directo, mientras en el de Chile se haya inscrito entre ellos la experiencia de un proyecto de transformación social de mucho mayor alcance.

Se cierra así un ciclo que deja la experiencia, primero, de una estrategia desarrollista que fracasó no sólo por las tensiones financieras que origina, sino también por su incapacidad de resolver los problemas estructurales que se proponía remover; y segundo, de una estrategia estabilizadora que no sólo agrava los problemas estructurales, sino que tampoco corrige los desequilibrios que prometía absorber. Las dos estrategias dejan sus huellas en ambos planos y contribuyen así, tanto una como la otra, a la configuración de la crisis actual, que reúne también simultáneamente factores de coyuntura y de estructura, efectos de hechos recientes y de procesos de larga gestación.

La significación política de estas constataciones es de la máxima importancia. Precisamente en el momento en que aumentan las exigencias y demandas que se ejercen sobre la dirección económica, es cuando son también mayores las dificultades para articular una política económica capaz de dar respuesta cabal a tales requerimientos; y la política económica aparece enfrentada a grandes inflexibilidades, que limitan sus posibilidades de eficacia. De este modo, la diversidad de propuestas políticas que se formulan, aún en condiciones muy variadas, no encuentran la correspondencia de unas propuestas económicas viables que sean coherentes con ellas: los programas que buscan la superación de la crisis en el marco político del reformismo ponen de manifiesto limitaciones muy serias, como podrían ilustrarlo las situaciones actuales de México, Venezuela, Costa Rica o Ecuador; los regímenes que han sustituido dictaduras militares y han asumido la tarea de una "reconstrucción democrática", encuentran obstáculos muy grandes

para poner en práctica unas políticas económicas que contribuyan a fortalecer esos procesos políticos, como lo sugiere la experiencia actual de Argentina o de Bolivia; y allí donde persisten regímenes políticos dictatoriales, como es el caso actual de Chile, no logran definir rectificaciones económicas compatibles con la naturaleza de clase de esas dictaduras que les permitan encarar el desastre económico que han ocasionado.

Las herencias previsibles y los desafíos del futuro

Ante la profundidad de la crisis y la incapacidad para diseñar y poner en práctica unas políticas idóneas para superarla y reabrir dinámicas de desarrollo, cobra nueva actualidad el interrogante sobre la viabilidad capitalista de América Latina en la perspectiva histórica de las próximas décadas. Una cuestión que ha estado presente constantemente en los planteamientos de la izquierda latinoamericana y que ha motivado distintos momentos de diferenciación y controversia.

Así, en la década del sesenta fueron comunes sus postulados sobre el agotamiento del capitalismo latinoamericano, animados además por el inicio de la transformación socialista de Cuba. La predicción en el sentido de que sería cada vez más difícil sostener el desarrollo de las fuerzas productivas de las sociedades latinoamericanas, y que ello marcaría tendencias al estancamiento, la agudización de las contradicciones sociales y las crisis políticas consiguientes, encontró su confirmación en la evolución misma de la realidad; pero subsistió el interrogante de si ello expresaba el agotamiento del capitalismo en sí o de un patrón específico de acumulación capitalista. Con posterioridad, fueron evidentes cambios significativos en ese patrón de acumulación, que modificaron en medida importante la ponderación relativa de los mercados internos en favor de una orientación crecientemente exportadora y motivaron procesos de rápida polarización estructural, de agudización extrema de la concentración y extranjerización del capital, así como de la regresividad en la distribución del ingreso y de crecimiento inusitado del "ejército industrial de reserva". Y en correspondencia con ello, tendía a fortalecerse el dominio de una fracción monopólica-exportadora asociada al capital transnacional de las burguesías nacionales; disminuía la proporción de la clase obrera en actividad productiva respecto al total de la población,

mientras se incrementaba la masa de subproletarios compuesta por desocupados, trabajadores por cuenta propia y míseros servidores personales; y se empobrecían en términos relativos y absolutos amplios sectores de las capas medias. En el plano político, la evolución de las sociedades latinoamericanas resultaba cada vez más incompatible con el sostenimiento de un genuino proceso democrático.

El desenlace de estas últimas tendencias y políticas en la crisis actual, coloca otra vez la cuestión central de si se trata de otra fase de ajuste y tránsito hacia nuevos patrones de acumulación capitalista o si lo que está de por medio es la continuidad misma del sistema.

Nadie duda que en la crisis de hoy se manifiestan situaciones sin precedentes, que reclaman también respuestas inéditas para hacerse cargo de grandes desafíos que resultan ahora insoslayables. Las demandas sociales asumen dimensión extraordinaria ante los retrocesos en los distintos componentes de la condición básica de vida de las poblaciones (la alimentación, la salud, la educación, la vivienda): en todos ellos, a la demanda "normal" de expansión se suman los rezagos acumulados y los deterioros adicionales recientes, configurando unas expectativas y unas exigencias que contrastan con la capacidad de satisfacerlas en una situación de crisis generalizada. La tarea de "reactivar" la economía no consiste solamente en recobrar unas tasas de crecimiento que venían debilitándose, sino en recuperar graves retrocesos (en Argentina y Chile, por ejemplo, las cifras de producto por habitante, o las globales de producción industrial, se sitúan hoy por debajo de los niveles que se alcanzaron hace más de una década). Lo mismo cabría decir a propósito de las demandas de empleo: no se trata sólo de que se abran nuevos puestos de trabajo en consonancia con un rápido crecimiento de la población en edad activa, sino de encarar unas situaciones que registran proporciones muy grandes de desocupación y subempleo de la fuerza de trabajo ya existente.

Además, las consecuencias de los procesos anteriores no sólo determina requerimientos inmediatos, sino que proyecta sus gravámenes al futuro. La expresión más importante de ello se encuentra ciertamente en los compromisos que derivan de la deuda externa acumulada. La necesidad de renegociar sus servicios obliga a aceptar las políticas dictadas por el Fondo Monetario Internacional, restringiendo así severamente los radios de autonomía na-

cional para la conducción de la política económica; y aún si no mediata esta circunstancia, la incidencia de los pagos de intereses y amortizaciones sobre los ingresos corrientes de exportación ha llegado a representar, en la mayoría de los casos, una limitación drástica para cualquier esfuerzo de superación de la crisis y recuperación de posibilidades de expansión económica.

Vistos de modo general, los términos del problema son ahora mucho más trascendentes que los que enfrentó América Latina en etapas anteriores de su evolución económica, como fue el caso cuando hubo de revertir el sentido esencial de su desarrollo económico desde el patrón de "crecimiento hacia afuera", hacia la "industrialización sustitutiva". Entre otras razones, porque esta vez no son fracciones determinadas de las mismas clases dominantes las que podrían hacerse cargo de los nuevos proyectos sociales: todo sugiere ahora que la superación de la crisis y la recuperación de nuevas dinámicas de desarrollo suponen unas estrategias económicas que, a su vez, sólo son viables a partir de una correlación de fuerzas políticas capaz de impulsar transformaciones sociales también muy trascendentes.

La perspectiva socialista de América Latina

En el significado de la crisis actual y en las exigencias que derivan de ella se encuentran, así, las bases de sustentación objetiva de la perspectiva socialista de América Latina.

No se trata, por cierto, de una situación súbita, sino de procesos de prolongada gestación. En su perspectiva de largo plazo, la trayectoria recorrida se resume en ciclos sucesivos de duración progresivamente menor: más de tres siglos de dominación colonial condujeron lentamente a la maduración de las contradicciones económicas que terminaron expresándose en las luchas por la independencia política; en un siglo se cumplió la etapa de ascenso y declinación de la inserción plena en un esquema de división internacional del trabajo y de especialización en la exportación primaria, que enmarcaron la conformación de las economías nacionales bajo relaciones externas neocoloniales; y en alrededor de medio siglo quedaron comprendidos los inicios, el desarrollo y el agotamiento de la diversificación productiva bajo los patrones de la industrialización sustitutiva y las nuevas formas de dependencia. En este último lapso, quedó sometida a prueba la posibilidad de que América Latina accediera en plenitud a un desarrollo capi-

talista bajo relaciones de dependencia y de preservación y perfeccionamiento de la democracia burguesa como sistema político; particularmente durante la década de los sesenta, cuando la Alianza para el Progreso vino a recoger en el plano continental toda una concepción de los problemas latinoamericanos, a incorporar posiciones que hasta entonces resistían las capas dominantes y a sellar un compromiso de esfuerzo máximo entre el imperialismo norteamericano y las burguesías nacionales llevado hasta los límites compatibles con sus respectivos intereses: de ahí las grandes expectativas que motivó en su inicio y el significado del fracaso que terminó por registrar.

En esa última fase se hicieron más perentorios los requerimientos de un Estado "cooptador" en el que cristalizaban alianzas de clases de relativa amplitud social; y por lo mismo, se favorecía, al interior del campo popular, el desarrollo de una ideología reivindicacionista y de una estrategia "participativa" que buscaba transformar gradualmente la estructura económica y social. Favorecía además ese proyecto el creciente peso político que adquirían las clases medias asalariadas, al calor de la industrialización y de la expansión del aparato administrativo de un Estado crecientemente proteccionista, intervencionista y canalizador de subsidios, impulsoras de una gran negociación colectiva en escala nacional orientada a replantear los términos de la distribución del ingreso nacional y de los beneficios sociales. La crisis actual expresa también el derrumbe de ese proyecto, acaba con sus ilusiones "integradoras" y las sustituye por una realidad manifiestamente excluyente.

En el plano económico, los esfuerzos de preservación del sistema encauzados en los últimos tiempos bajo las concepciones del "neoliberalismo", contribuyen precisamente a ese resultado y mostraron a corto andar su esterilidad. La apertura indiscriminada de las economías nacionales al proceso de internacionalización económica del capitalismo mundial, además de no corregir el desequilibrio externo, impuso graves retrocesos en la diversificación y en los niveles de actividad de las economías internas; y las medidas encaminadas a corregir los supuestos "excesos" en la atención de demandas sociales básicas, sólo acentuaron las tendencias recesivas y el empobrecimiento de amplias capas de las poblaciones nacionales, además de sus costos en el plano político y con frecuencia en el de los derechos humanos y sociales fundamentales. La posición objetiva de diversas capas y fracciones de clase están siendo afectadas de manera muy honda.

Desde diversos ángulos, se plasman condiciones objetivas que legitiman la aspiración y determinan la necesidad de transformaciones económicas y sociales de gran alcance, que rebasan los límites del sistema. Sin embargo, de manera general y no obstante la realidad socialista de Cuba y las perspectivas de Nicaragua, en la mayor parte de América Latina no se percibe, en el plano subjetivo, que la propuesta del socialismo esté en la orden del día de las luchas populares. Es decir, precisamente en esta fase, cuando son más evidentes los signos de crisis y de agotamiento de las potencialidades del capitalismo dependiente, de su incapacidad para dar continuidad al desarrollo de las fuerzas productivas, las banderas socialistas parecieran replegarse y la meta del socialismo distanciarse indefinidamente en la historia del futuro.

Aproximar el signo de las disposiciones subjetivas con las determinaciones objetivas que exhibe la realidad presente de América Latina, aparece así como la gran tarea que está planteada hoy día a las organizaciones populares latinoamericanas.

Los obstáculos del presente

En relación con esa tarea se aprecia también la dimensión de los obstáculos que enfrentan, de índole muy diversa y con ponderaciones distintas según las situaciones nacionales correspondientes.

Entre ellos, en primer lugar, los que derivan de la propia situación de las representaciones políticas que buscan expresar a las fuerzas sociales llamadas a desempeñar un papel hegemónico en los procesos de transformación revolucionaria. En muchos países de la región, los partidos políticos de la izquierda latinoamericana exhiben las características de pronunciada atomización y dispersión, en algunos casos aparecen escasamente articuladas con las masas, con poquísima gravitación en los procesos políticos globales, carentes de una propuesta certera y coherente que identifique las aspiraciones populares y movilice toda la fuerza social que potencialmente podrían representar. Cuestiones todas que a su vez reconocen una variedad de orígenes: los efectos de la represión sistemática de que son objeto; el debate ideológico constante en que se desenvuelven, la persistencia de proclividades populistas y reformistas así como la difusión, con amplio respaldo, de las concepciones socialdemócratas; como también, las consecuencias proyectadas al futuro de las derrotas y fracasos de procesos en que han

participado, y la misma complejidad de unas situaciones que no es fácil apreciar cabalmente en sus antecedentes y en sus perspectivas y posibilidades.

La propia estructura social que se ha conformado en el curso del desarrollo en capitalismo y dependencia motiva problemas y dificultades particularmente grandes. Los rasgos fundamentales de la estructura productiva creada, las características del empleo y los altos grados de concentración del ingreso, los procesos de acentuada concentración del capital y las relaciones de dependencia con los intereses externos, las disparidades de productividad y absorción del progreso técnico, son todos factores que terminan expresándose en estructuras sociales muy complejas y diferenciadas. De ellas derivan demandas políticas y expectativas económicas también muy variadas, que conforman un complejo juego de contradicciones y coincidencias, de intereses heterogéneos y dependientes de su apreciación en una perspectiva inmediata o en una de largo plazo. Y por lo mismo, las grandes dificultades para definir representaciones políticas y expresiones orgánicas relativamente homogéneas, así como para la formulación de proyectos sociales y políticos de trascendencia histórica capaces de convocar simultáneamente a una diversidad de capas sociales que le den la necesaria fuerza de sustentación, y de resolver al interior de esos proyectos los problemas de hegemonía en su conducción.

Persisten enormes diferencias entre los sectores rural y urbano de las sociedades latinoamericanas, en sus condiciones de vida material y sus expresiones culturales. En el primero, por lo menos en muchos países de la región, sigue marcándose el contraste agudo entre un grupo beneficiado por la concentración de la propiedad de la tierra y la masa de pequeños campesinos que trabajan suelos desgastados y empobrecidos en las sucesivas subdivisiones de sus pequeñas propiedades; a las que se agregan los trabajadores sin tierra, con trabajos inestables, mal pagados y escasamente amparados por las disposiciones laborales. En las capas empresariales urbanas se diferencian crecientemente unos estratos en posiciones de dominio monopólico y estrechamente articulados con las corporaciones transnacionales, y otros que se sustentan en unidades productivas menores y dispersas, de escasa capacidad competitiva y crecientemente debilitadas. Unas capas de pequeños productores y comerciantes defienden su espacio económico al precio económico de la explotación máxima de los trabajadores que ocupan y de rebajar sus propios niveles de vida y de ingreso. En

las capas medias asalariadas, unas fracciones pudieron acceder a funciones bien remuneradas y ganaron participación en la distribución del ingreso, mientras otros vieron limitadas sus posibilidades de ascenso en unas sociedades cada vez más polarizadas; y unas y otras vienen registrando severos retrocesos en los marcos de la crisis actual. Por su parte, la clase obrera representa una proporción modesta del total de su fuerza de trabajo, con diferenciaciones también importantes en su interior: unos sectores se ocupan en los estratos más modernos de la economía urbana, con trabajo estable y salarios relativamente mejores, mientras otros lo hacen en empresas menores, en las que enfrentan una aguda competencia por la venta de su fuerza de trabajo en el cuadro general de la insuficiencia ocupacional del sistema. Razón esta última que contribuye también a la conformación de una masa creciente y ya relativamente muy grande de desocupados y subempleados, de subproletarios y capas marginadas, alimentada además por la rápida migración rural-urbana, con ingresos tan precarios como aleatorios y en condiciones extremas de miseria.

Para la mayoría de estas capas sociales, la crisis actual viene a representar una confirmación decisiva de que sus intereses y aspiraciones no podrían, en el siguiente futuro histórico, encontrar cauces de protección y realización sino en el marco de transformaciones sociales y económicas muy profundas. Pero aún así, la posibilidad de que concurran a un proyecto común, sustentado en una base social muy amplia, capaz de sobreponerse a la herencia ideológica todavía predominante del reformismo, depende en gran medida de los términos más específicos en que se enuncia ese proyecto, es decir, de los rasgos centrales que definirían la perspectiva socialista de América Latina.

La experiencia de los hechos sociales en la región viene sugiriendo entretanto lo que muy probablemente habría de constituir unos componentes claves de ese proyecto socialista latinoamericano. Entre ellos, muy destacadamente, una concepción de la transformación socialista que involucre la democratización creciente de la sociedad, de modo que se recuperen en el socialismo unos valores democráticos que la realidad actual está demostrando crecientemente contradictorios con el capitalismo subdesarrollado y dependiente. Consideración que tiene que ver no sólo con sus expresiones directamente políticas, sino también con las de orden principalmente económico, referidas a las formas de propiedad que se propongan y de participación directa de la base social en

la dirección y gestión de la economía. Y también, desde otro ángulo, una visión del porvenir socialista de América Latina estrechamente vinculada a la perspectiva histórica de la unidad latinoamericana como vía que contribuye a un desarrollo más rápido de sus fuerzas productivas y para conquistar un espacio indispensable de gravitación efectiva en el conjunto mundial. A este último respecto, no está demás recordar que la región latinoamericana y del Caribe está formada hoy día por treinta unidades nacionales, la mayoría de ellas de dimensión absoluta relativamente muy pequeña; y que sólo en conjunto podrían superar, a finales de este siglo proporciones significativas de la población y el producto mundiales: hacia el año 2000 la población total de la región latinoamericana alcanzará a unos 550 millones de personas, próxima ya al doble de lo que sería entonces la población de los Estados Unidos; por su parte, el monto global de producto interno de todas las economías latinoamericanas será entonces recién comparable al que registró Alemania Federal en 1980, lo cual sugiere la importancia estratégica que asume un proyecto de verdadera integración económica regional, a la vez viable y necesario en esa perspectiva de transformación socialista.

HACIA VARIOS SOCIALISMOS

Raymond Williams

Nos parece razonable comenzar por lo que suele llamarse “desarrollo histórico-mundial del socialismo”. En el nivel más general, puede hablarse de él en la actualidad con más seguridad que a comienzos del siglo XX. Pero una condición para esta seguridad en el desarrollo histórico-mundial del socialismo es la disposición a introducir ciertos cambios en nuestra concepción de ese desarrollo, sin detenernos solamente en el reconocimiento de determinados errores y dificultades.

Por una parte, el siglo XX nos ha mostrado que sin lugar a dudas debemos pensar dentro de marcos históricos mundiales. No sólo hacen indispensable esa perspectiva dos guerras mundiales, sino que también la aparición de una economía mundial interrelacionada a nivel global y la propagación de un sistema de comunicaciones jamás visto antes, que abarca hoy a todo el mundo. Por otra parte, sin embargo, la terminología del “proceso histórico-mundial”, al igual que el modo de pensar que se halla detrás de ella, representa en muchos de sus elementos un obstáculo al analizar los propios procesos que nos indican.

La razón principal de ello estriba ante todo en el hecho de que la idea del “proceso histórico-mundial” y las formas del pensamiento socialista desarrolladas bajo su influencia han sido típicamente monolineales y singulares. Surgido bajo el influjo de las “historias universales” del siglo XVIII, que describían el avance de la “barbarie” hasta la “civilización”, y las versiones pregenéticas de la evolución natural, este pensamiento hablaba muchas veces sólo aparentemente de la historia mundial. En lugar de ello, postulaba en forma esquemática las fases ampliamente concebidas y relativamente uniformes del desarrollo histórico, a las

que añadía en forma confiada la fase final del “socialismo” o “comunismo”.

Superando esta forma rígida de pensamiento se halla lo que se describe extensamente como “la crisis del socialismo”. Y, de todos modos, precisamente la propia historia universal, con su diversidad y complejidad, ha mostrado no sólo lo inadecuado que es el modelo singular y monolineal, sino también la honda justificación de los análisis y de las aspiraciones que este modelo ha tratado de expresar.

Esto resulta claro de tres maneras. *Primero*, el modelo adoptado —al igual que los anteriores del siglo XVIII— era marcadamente eurocéntrico. Sin embargo, las radicales diferencias entre las culturas, que dentro del marco del modelo sencillito se colocaban en el peor de los casos sobre la escala antigua desde la barbarie hasta la civilización y, en el mejor de los casos, sobre los elementos marginales o los elementos de la superestructura, en la historia universal real se han mostrado como factores sustanciales del desarrollo social, en una interacción constante con procesos económicos más generalizados. *Segundo*, el protagonista básico del paso a la fase socialista muchas veces se igualaba de manera monopolista con un tipo determinado de proletariado industrial europeo en una etapa (hoy en día hondamente modificada) de producción industrial basada en el imperialismo. En la historia universal real, esos protagonistas eran más diversificados y complejos, a veces de carácter nacional o campesino. La proyección simple del proletariado industrial universal se ha mostrado en varias oportunidades como inadecuada. *Tercero*, los componentes sustanciales del socialismo se identificaban en forma esquemática como una combinación de la racionalidad económica y el interés general de la mayoría (de la clase). Al observar la historia universal real, esto viene a ser inadecuado de varias maneras. El capitalismo se distingue ciertamente por una irracionalidad fundamental, pero en el nivel de la racionalidad *instrumental* ha sido y sigue siendo un competidor peligroso de todas las demás formas de organización social. Además de ello, la sencilla idea del interés general de la mayoría no hace en la práctica sólo también a los fenómenos de intereses contradictorios entre las clases restantes, así como entre sectores de la propia clase obrera, y ante todo entre los productores industriales y agrícolas. Aparte de ello, el régimen que debería conciliar todos estos intereses de clases y populares —diferentes— generalmente surgió bajo el influjo del modelo de

desarrollo existente, de modo que no se ha prestado atención suficiente al análisis de sus propias posibilidades mientras que en el primer momento casi ni se ha advertido un gran número de formas e instituciones estatales heredadas que han podido influir en él, imprimirle su sello y a veces hasta impedirlo.

Por lo consiguiente, tenemos que repetir que la historia real no ha mostrado, como algunos lo quisieran, la imposibilidad o el carácter indeseable del socialismo, sino que lo inadecuado de ciertas maneras de definir el socialismo. La ironía más profunda en toda la historia de este modelo monolineal, singular y eurocéntrico, la representa el hecho de que en nuestra época, en los postreros decenios del siglo XX, el abandono del socialismo precisamente en Europa (ante todo en la Europa capitalista Occidental, pero en parte también en Europa Central y del Este) ha cobrado la forma de abandono de este modelo europeo.

Lo que es más, éste es el punto básico del litigio en la dura y hasta desesperada lucha de ideas que se está librando. Por una parte, si el modelo se conserva sin modificación alguna, o bien se propaga sencillamente desde otro centro como una verdad enorme e infalible, el poder de las fuerzas socialistas en la verdadera historia universal será reducido en una medida considerable. Por otra parte, si el modelo se desintegra simplemente, gracias a la ausencia de una argumentación teórica más vigorosa en el seno del movimiento socialista, vendrán a sustituirlo cada vez más las adaptaciones aparentemente sutiles al capitalismo e imperialismo.

Eso no significa que los sucesos decisivos vayan a tener lugar en el siglo XXI en Europa. Pensar de esa manera significaría repetir los errores del modelo eurocentrista. Sin embargo, no hay que olvidar, primero, que precisamente en Europa se halla actualmente la mayor concentración de fuerzas nucleares mutuamente enfrentadas; y ésa es la única fuerza activa en la historia universal que podría acabar con todo el proyecto socialista. El apasionado debate sobre la naturaleza y las posibilidades del socialismo en la práctica es un importante factor dentro de esta confrontación y la guerra fría. Segundo, junto con Norteamérica y Japón, Europa Occidental tiene un influjo desproporcionadamente grande en el comercio mundial, en el sistema monetario internacional y en el importante sector de las nuevas tecnologías informáticas y las formas culturales. La incorporación considerable de los socialistas fracasados a las ideologías e instituciones de este capitalis-

mo internacional agresivamente dominante y todavía expansivo sería una tragedia para todos nosotros.

Por eso, el deber central de todos los socialistas de estos países de capitalismo avanzado es debilitar esas formas dominantes y trabajar con miras a acabarlas. Nadie lo hará en lugar de ellos, ni en los países del socialismo real ni en el llamado Tercer Mundo, aunque lo que ocurra allí tendrá consecuencias muy importantes por todas partes. Algunos siguen interpretando este deber a través del modelo singular adoptado. Su contrapartida son los que están librando una lucha infatigable contra el socialismo, después de haberlo reducido a ese modelo. Pero el verdadero cometido que, nos parece, está todavía a la altura del actual marxismo activo y excepcionalmente explorador consiste en que la historia universal real, y nuestras posiciones y relaciones distintas en ella, se separen en forma clara del modelo esquemático y demasiado optimista que se encuentra en la raíz de tantos problemas contemporáneos.

Si buscamos la posición en la que se apoya ese proceso ya iniciado de lucha y renovación, nos parece que la hallaremos en la idea siguiente: *puesto que hay muchas naciones y muchas culturas, existirán varios socialismos*. Lo que ocurre todavía es un proceso histórico mundial, pero entendido de una manera distinta a la que había querido el modelo monolineal y singular. Sin embargo, aquí se presenta un peligro adicional: que el socialismo se convierta, o que ya se esté convirtiendo en lo que algún grupo que domina por el momento o una tendencia militante considere que es. Lo que es más, en ello se debe buscar la fuente principal de la resistencia que ofrecen los partidarios del antiguo modelo: efectivamente, ellos están en ventaja en la medida en que pueden declarar a todos los demás revisionistas y no resulta fácil convencerlos de que sus conceptos heredados del socialismo son ellos mismos revisiones y reducciones de largas luchas y aspiraciones de los movimientos obreros, democráticos y de liberación nacional en la historia real. Y de todos modos, el único componente admisible de su posición lo representa la cautela frente a la constante invención de nuevos nombres y denominaciones que proliferan tanto en la actualidad.

Un debate teórico serio tendría que superar rápidamente estas controversias demasiado generalizadas. Tiene que identificar las cuestiones centrales en torno a las cuales tienen lugar estas designaciones. A modo de contribución preliminar a esa identificación,

voy a considerar tres problemas: primero, la cuestión relativa a las relaciones generales entre la planificación socialista y la autogestión; segundo, la interacción entre el capitalismo avanzado, por una, y el liberalismo y la socialdemocracia, por la otra parte; y, en tercer lugar, la cuestión referida al anticapitalismo contemporáneo, que muchas veces no es de inspiración socialista, pero constituye de todos modos una fuerza social e intelectual importante y cada vez más influyente. Debido al espacio y por mi propia experiencia quisiera solamente hacer hincapié en este último problema: no por considerarlo más importante que los demás, sino que porque se discute menos y por ser excepcionalmente complejo y nuevo, en su forma actual.

Planificación y autogestión

En lo que se refiere a la cuestión de la relación entre la planificación y la autogestión, quisiera llamar la atención sobre tres puntos. Ellos son:

- a) la diversidad inherente de la planificación racional;
- b) los distintos significados del "mercado";
- c) las desigualdades materiales y prácticas de los actuales procesos de trabajo, que llevan a complejos problemas de transferencia, tanto dentro como fuera de la clase social.

Resulta extraño que a fines del siglo XX tengamos que demostrar todavía que toda planificación razonable tiene que ser diversificada. Eso, se entiende, no significa que no tengan que tomarse decisiones, fijar las prioridades. Pero el modelo singular ha ejercido el mayor influjo intelectual precisamente en materia de la cuestión del plan único. Esto deriva de supuestos que no han sido analizados, relativos a la evidente racionalidad del desarrollo y el indiscutible interés general. Sin embargo, entonces nos vemos forzados a aprender lo irrazonables que son esos planteamientos no sólo de la experiencia de las economías socialistas, sino también de los resultados de las corporaciones capitalistas y de los gobiernos burgueses reformistas. Porque aún y cuando —y eso es raro— (en el caso de las corporaciones capitalistas, nunca) — el plan único es expuesto al debate general para ser eventualmente modificado, resulta claro que no se pone en tela de juicio el nivel

más fundamental del análisis en el que, habitualmente sin argumentación alguna, se determinan las formas deseadas de desarrollo.

Esto es muy evidente en algunos casos espectaculares: por ejemplo, en la decisión de otorgar a la industria pesada la primacía absoluta sobre la producción de alimentos; en la decisión de orientar la producción industrial hacia el mercado de exportaciones; en la decisión de asegurar el abastecimiento de energéticos por medio del petróleo y no por medio del carbón. He tomado intencionalmente ejemplos de varios países y de diferentes tipos de plan, porque mi tesis es de carácter general. En cada uno de estos casos (Unión Soviética, Italia o Polonia, Gran Bretaña) había importantes presiones, necesidades y limitaciones que debían tomar en consideración estas versiones de la planificación; pero el error consistió en que en ninguno de los casos hubo suficiente debate, suficiente planificación, en la fase decisiva de los supuestos iniciales.

No se trata, por lo tanto, de que estemos juntando ejemplos de planes fracasados. Al tener en cuenta las reales dificultades sociales y materiales de todas las sociedades humanas, debemos estar de acuerdo en que la mera enumeración de errores resulta inútil, y hasta cínica. Lo que yo deseo indicar es de índole intelectual y teórica. Todos los análisis serios de los recursos reales y de sus posibles usos dan fe de que la ciencia nos está conduciendo a la diversidad. Solamente desde la perspectiva de los prejuicios intelectuales del modelo monolineal puede parecernos que el proceso de planificación tiene que ser único. Precisamente en las fases más tempranas y fundamentales de la planificación se siente más la necesidad de planes distintos y alternativos, elaborados con suficientes detalles para poder ser racionalmente evaluados y comparados: esto resulta evidente para toda economía y particularmente para la socialista. La planificación capitalista, cuya realización técnica se confía a grupos relativamente similares, contiene elementos de competencia práctica entre los planes alternativos en una fase posterior menos fundamental, en la que determinadas corporaciones tienen éxito o quiebran, muchas veces con un beneficio casual o perjuicio para los pueblos o regiones relacionadas con estas decisiones. De un modo similar, en las economías capitalistas con sistemas electorales parlamentarios democráticos hay elementos de competencia entre los diversos tipos de planes y planificación.

De allí que si la "competencia" entre los diversos planes viene a ser excluida de la planificación monolineal, eso representa una seria deficiencia de la idea de la planificación socialista, que debería salvarnos del descuido y la arbitrariedad, perturbaciones y fluctuaciones, características de la economía y sociedad burguesas. Con frecuencia se sostiene erróneamente que las alternativas clave en la planificación son solamente expresión de los intereses de clase encontrados: Mas, a pesar de ser esto muchas veces exacto, hay variables materiales y sociales que, casi en todas las situaciones, exigen la formulación de planes *socialistas* verdaderamente alternativos. Aparte de ello, puesto que en todas las situaciones venideras resultará indispensable la verdadera planificación centralizada, resulta necesario superar la mera crítica negativa y sustituirla por este tipo de crítica positiva. Y realmente, las oportunidades del socialismo ciertamente serían mejores si existieran en cada país y partido socialista grupos alternativos oficialmente reconocidos para la planificación, que en una fase posterior podrían exponer sus análisis y propuestas para el debate democrático y, luego, la toma de decisiones democrática. En esta idea no hay nada de utópico, porque en el mundo real las consecuencias no pueden ocultarse, y resulta más importante poder analizarlas en su significado real que abandonarlas a la lucha de los grupos en el seno del Partido o, lo que es peor aún, ocultarlas y mentir constantemente.

Esta cuestión tiene una importancia particular hoy en día, por su vínculo con los diferentes significados de "el mercado". Resulta claro que algunas formas singulares de planificación simplificadas en ese sentido han sufrido un fracaso total: se habían formulado sin ninguna intención seria de determinar lo que realmente deseaban los hombres en cuyo nombre fueron aprobadas, o bien sin determinar lo que éstos realmente necesitaban. Estos fracasos han provocado una enorme cantidad de sentimiento antisocialistas y han sido aprovechados resueltamente por aquellos que nunca se preocuparon por el éxito del experimento socialista. Pero teóricamente sería muy peligrosos suponer que la lección a aprender de esos fracasos es un mayor apoyo en "el mercado" adoptado en forma poco crítica. Aquellos que entre nosotros han sentido en carne propia la versión capitalista del mercado, determinado por el influjo del anteriormente existente capital y formas altamente desarrolladas de propaganda, saben (o deberían saber) cuán catastrófico sería depositar una confianza ciega en las denominadas

“fuerzas del mercado”. Allí donde se trate del tipo más sencillo de abastecimiento directo (alimentos, vestuario, una serie de servicios menores y de artículos de consumo personal), la sensibilidad del mercado explícito —que puede pero no tiene que ser necesariamente competitivo— contribuye por cierto a la eficiencia: no sólo porque, tal y como se sostiene en el capitalismo, satisface al “consumidor” (esa curiosa construcción intelectual), sino que también porque representa la fuente clave de informaciones que se pueden aprovechar en la producción. Ante todo, en estos sectores el mercado tiene ventajas evidentes sobre el plan impuesto.

Por otra parte, aún en estos sectores y más aún en aquellos en los que se trata de mercancía perdurable y de servicios importantes, la propia organización del capitalismo corporativo crea el mercado que, por analogía y una coincidencia ideológica con el nombre, es de ese tipo directo. La honda distorsión de la publicidad, que no informa acerca del producto o servicio en cuestión, sino que los relaciona, de modo relativamente arbitrario y siempre engañoso con algún otro objeto de deseo, es solamente el ejemplo más evidente. La publicidad se basa en una forma ideológica de investigación del mercado, en la que las alternativas aparentes ya han sido determinadas por los intereses de las corporaciones y sus objetivos. En ese sentido, es muy similar el estudio de la opinión pública relativo a las elecciones, surgido en buena parte bajo la influencia de la investigación del mercado, en el que la “opinión pública” es realmente clasificada y contada, pero sobre la base de una serie de preguntas dentro del marco de supuestos y exclusiones que efectivamente limitan tanto la opción como una opción informada.

Resulta fácil de entender por qué los socialistas, afrontando los errores y el carácter inadecuado de las normas simplificadas de planificación, hablan ingenuamente de las ventajas de por lo menos algunas “fuerzas del mercado”. Pero esa expresión ideológica cubre y oculta toda una serie de cosas diferentes, desde el útil flujo de informaciones directas y formas admisibles de interacción hasta la ruda dominación realizada mediante una extensa manipulación supranacional y hasta una destrucción de hecho del mercado. Resulta característico que los ideólogos de las “fuerzas del mercado” utilicen hoy en día en forma tan abierta términos como “presencia agresiva en el mercado” y “penetración del mercado”, designando por ello no sólo acciones económicas, sino que también políticas, orientadas a sociedades de otro tipo y a los propios

países socialistas. Mas hay que decir de inmediato que no se puede luchar contra ellos aceptando la rígida planificación monolineal. La investigación del mercado debería cambiarse radicalmente y llevarse a cabo en interés del pueblo y no de las corporaciones. De esa manera no sólo serían accesibles sus resultados, facilitando su utilización como elementos al adoptar las decisiones relativas al plan: más importante es que la información completa vendría a convertirse en factor clave, como en toda investigación auténtica, conforme a un modo superior de sociedad socialista. Tomemos, por ejemplo, los cambios que se producirían en la investigación de las preferencias en la alimentación en el caso de poner a disposición de los sujetos simultáneamente los datos sobre las verdaderas cualidades nutritivas de distintos tipos de alimentos. Este es un ejemplo relativamente sencillo, pero también ilustra lo que podría lograrse en una sociedad socialista que informe completa y *relevantemente* a sus miembros. Hay asimismo necesidades igualmente grandes, aunque menos visibles, en el otro extremo de la escala de la producción, relacionadas con la nueva alta tecnología de los computadores personales. Aquí, al igual que en muchas otras cosas, el socialismo del siglo XX puede dejar de lado las ventajas aparentes del capitalismo avanzado y sustituirlas por las verdaderas.

Este paso del plan que supuestamente figura en el interés general, anuncia a la planificación compleja participatoria el gran cambio venidero: la sustitución de la idea del socialismo como una economía racionalmente simplificada por la idea de una economía política capaz de alcanzar realmente la racionalidad. Porque la complejidad surge inevitablemente, gracias a las condiciones, que por motivos históricos, el antiguo modelo monolineal y singular no advertía en medida suficiente. Abolir la explotación capitalista significa eliminar una de las principales fuentes de desigualdad, pero también después de ello, por inevitables razones materiales, quedan en pie considerables desigualdades. Los propios recursos naturales no han sido distribuidos en pie de igualdad sobre la tierra. Independientemente de la pertenencia de clase, los yacimientos de petróleo, carbón, las tierras cultivables, el clima favorable, pescado y bosques, representan la fuente de desigualdades prácticas. Aparte de ello, evidentemente las necesidades existentes de determinados tipos de trabajo y las remuneraciones para los mismos no son necesariamente idénticas a las necesidades a largo plazo o menos evidentes, que se evalúan de

otra manera: este hecho se condiciona mutuamente con los hechos de la pertenencia de clase. No hay que poner particularmente de relieve el hecho de que el capitalismo avanzado, con su orientación exclusiva a necesidades a corto plazo evidentes, introduce ya aquí perturbaciones en las sociedades más opulentas y acarrea daños a las más pobres.

Si tomamos esos dos hechos juntos —la diversidad material y las desigualdades— y además de ello la naturaleza compleja de las necesidades humanas, no nos debe extrañar en modo alguno que el plan singular no pueda sustituirse sencillamente por las “fuerzas del mercado” o la idea de la autogestión socialista. Los que disponen de recursos naturales y los que son evidentemente productivos no tendrán nada que objetar a la idea de la autogestión; ella representa una alternativa inusualmente atractiva al capitalismo corporativo, y a escala reducida ya está haciendo aparición también dentro de las economías capitalistas, en las cooperativas y bajo similares formas de organización. Pero para los socialistas ésa puede ser únicamente una solución parcial. Las desigualdades radicales que tolera y hasta sanciona la idea de la autogestión provocan grandes perturbaciones en la economía en global; lo que es más, son fuente de conflictos políticos entre las sociedades, conflictos que en la historia han acabado muchas veces en guerras.

Por ello, los socialismos del siglo XXI deberían ser sistemas muy complejos que, aunque basados en la mayor autogestión posible en las empresas, al mismo tiempo dispongan de instituciones capaces de llevar a cabo las indispensables transferencias económicas y sociales y se encargarían de satisfacer las necesidades a largo plazo y menos evidentes. Precisamente en esas esferas las economías socialistas han dejado ya atrás las perspectivas humanas del capitalismo, pero quedan ante ellas enormes tareas. Más aún, no resultaría erróneo decir que la posibilidad de socialismos democráticos exitosos —y luego la creación de un orden internacional justo y pacífico— dependen de lo exitosos que seamos en la construcción de esta compleja y flexible institución. No se trata solamente de un problema institucional grande, que exigiría de nosotros toda una serie de soluciones específicas. Se trata también de un problema político grande, puesto que la creación de tales instituciones es el punto en el que la lucha por el socialismo supera los intereses nacionales, de clase o sector y se convierte en la lucha por la realización y materialización del interés general humano. La tesis sencilla de que el proletariado, al liberarse a sí

mismo, liberará a todos los restantes, no se ha visto privada aún de fuerza retórica. Pero ésa va a ser una retórica perjudicial y engañosa en el caso de que en varias esferas clave —igualdad de las mujeres, despojo de áreas naturalmente pobres, la desigualdad estructurada entre las economías “adelantadas” y “subdesarrolladas”, desigualdad entre partes de un mismo país, diferencias de remuneración para trabajos atractivos o lucrativos y sucios o fastidiosos (y de todos modos, indispensables)— realmente no se creen instituciones abiertas y prácticamente eficientes que garanticen la transferencia y justicia. De ese modo no sólo por razones generales, sino que con miras a estos objetivos sociales concretos también, la planificación transformada (transformada tanto en método como en cometido) será una condición duradera de cualquier sociedad socialista.

Capitalismo desarrollado, liberalismo y socialdemocracia

Uno de los principales problemas de nuestra época es que el contraste ideológico entre el socialismo y la democracia, tan mencionado en las sociedades capitalistas, pero también y cada vez más fuera de ellas, no puede reducirse sólo a su componente ideológica. Se entiende, no hay que descuidar varias circunstancias evidentes. El así llamado “mundo libre” comprende también las dictaduras militares y demás regímenes represivos no electorales, bajo condición de que sus economías sean capitalistas o abiertas a la penetración del capitalismo. La libertad representa allí una cantidad capitalista-comercial y no democrático-política. Asimismo, aunque nos encontremos aquí ya sobre un terreno más resbaladizo, hasta las invocaciones serias de la “democracia” frente al “socialismo real”, se limitan injustificadamente a formas particulares, ante todo a la “democracia representativa”. Es un hecho que el término “democracia representativa” y la misma idea surgieron a fines del siglo XVIII, como alternativa aceptada por la clase gobernante frente a la democracia popular directa. Ciertamente hay más instituciones, aparte del parlamento y de las asambleas populares, en las que se puede practicar la democracia, y no es casual en modo alguno el hecho de que en la actual crisis del capitalismo tardío nos encontremos simultáneamente con intentos de abolir o de limitar el poder de los organismos representativos locales y transferir el poder real de las manos de los parla-

mentos cada vez más nominales en manos de la administración estatal. Además de ello, se ven seriamente amenazados, de modo directo, o indirecto, los instrumentos básicos de la democracia como el acceso a la información de interés público y los derechos civiles, hasta en los países con una larga tradición liberal.

Sin embargo, señalar estas circunstancias no quiere decir aún responder a los problemas reales. Es un hecho histórico central que la mayoría de las revoluciones socialistas se ha llevado a cabo en sociedades privadas de una rica y larga experiencia con la democracia burguesa. Así se ha llegado a que en la argumentación y apologética socialistas, para no hablar de las falsedades de la propaganda pura, toda la complejidad de la democracia burguesa se haya reducido a la apariencia y el engaño. Resulta paradójico pero exacto que con esto en realidad se debilita la veracidad de la crítica socialista de la democracia burguesa, puesto que la rica experiencia liberal y socialdemócrata, con todos sus alcances en la lucha contra el Estado burgués y el poder económico de la burguesía, se coloca simplemente del lado de la defensa del capitalismo corporativista. Ya resulta suficientemente terrible escuchar cómo el poder autoritario, elegido por una minoría de votos, sostiene que con sus aliados, las compañías multinacionales y los intereses militares foráneos, representa la democracia. Pero es más terrible aún escuchar a un país del socialismo real, en el que se violan indiscutiblemente hasta los derechos civiles más básicos (para no hablar de los casos admitidos de la peor represión), repitiendo la antigua historia de la reducción de la “democracia burguesa” a sus componentes y limitaciones capitalistas. Lo que es más, las cosas han ido tan lejos, que en los países con una larga tradición liberal y socialdemócrata, no hay posibilidades para el socialismo si no se demuestra en la práctica que la democracia socialista sería un progreso cualitativo en relación a la burguesa, y eso no sólo en la esfera económica, donde sea quizá más fácil que en la esfera política amplia, donde la conciencia relativa a los alcances democráticos —agudizada por los periodos de su restricción o pérdida— es demasiado fuerte para que cualquiera desee renunciar a ella. Hasta que el capitalismo corporativo no pierda este apoyo, seguirá dominando no sólo en sus propias sociedades, sino que también en grandes partes del resto del mundo.

Por eso resulta necesario dentro del marco del movimiento socialista internacional proseguir, y en muchos de los casos iniciar, la larga y difícil búsqueda de una democracia socialista práctica.

Aquí es particularmente importante nuestra ley del siglo XXI: puesto que hay muchas naciones y muchas culturas, habrá también varios socialismos. Resulta natural esperar diferencias en ciertas instituciones y tipos de comportamiento. Pero tenemos que superar en forma clara los modelos caducos en los que, con miras a la victoria sobre el capitalismo y posteriormente la defensa del mismo, el poder pasa a manos del Partido, que viene a sustituir la clase y que luego, a su vez, se ve sustituido por el aparato estatal (o se transforma en él). Se entiende, vencer al capitalismo y defender hasta un socialismo restringido representan cometidos muy duros. Siguen cumpliéndose bajo condiciones excepcionalmente difíciles. Pero, aún en el sentido estratégico más sencillo, resulta indispensable, al menos desde la perspectiva del siglo XXI, romper la alianza entre el capitalismo corporativo y la democracia liberal, de modo que ambos vengán a ser obsoletos. Porque precisamente esa alianza coloca hoy en día poderosas barreras políticas, militares y económicas al socialismo. Pero esa alianza puede quebrantarse únicamente si la teoría y práctica socialistas entienden seriamente lo que es real y no ilusorio en la democracia liberal.

Por ejemplo, la idea de la prensa libre es algo más que la idea de la prensa capitalista. La existencia de la propiedad capitalista no permite plenamente cualquier debate público abierto. La democracia política no es solamente la competencia entre los partidos burgueses. Ni la competencia entre los partidos burgueses es algo que otorgue solamente la posibilidad ilusoria de una opción ilusoria. En un sinnúmero de casos de este tipo y similares, tenemos que liberarnos de las dicotomías simplificadas de este tipo. Podrían citarse muchos ejemplos más, pero mencionaremos solamente algunos entre los más interesantes que se relacionan con lo que ya hemos dicho a propósito de la naturaleza de la planificación y la autogestión.

El modelo único y monolineal del socialismo, basado en una clase histórica determinada, en una fase determinada de desarrollo económico, muestra su peor imagen en los asuntos de la información pública y del debate público. Aún allí donde la clase ha sido sustituida por el Partido y luego por el aparato estatal, profundas razones imponen solamente una clasificación de la población: a favor o en contra de esta clase. Así, en la teoría existen solamente la clase y sus enemigos, mientras que en la praxis respalda esto el hecho de que tanto unos como otros sigan siendo

reales. Y de todos modos, ésta es una base totalmente insuficiente para el debate público y la adopción social de decisiones. Un número considerable de personas sencillamente no pertenece a esta clase, sin ser por ello necesariamente sus enemigos. Ello resulta evidente en el caso de la división del trabajo por sexos, que es considerada tanto en la actualidad y es puesta en tela de juicio. Tenemos la misma situación en el caso de los viejos y de los jóvenes, o de los maestros y sus alumnos. Hay, por lo tanto, importantes divisiones de intereses en el seno de la propia clase, aún cuando lo entendamos de una manera máximamente ideológica. Aún dejando al margen a un número cada vez mayor de personas que se dedican al trabajo intelectual, científico y educativo, cuyos intereses directos muchas veces son distintos a los intereses de los hombres en la producción, se está ampliando cada vez más la esfera de los servicios, que sigue siendo clasificada en forma totalmente errónea como "terciaria". (Esa clasificación es errónea porque esa esfera es de por sí misma heterogénea y porque en las actividades como la salubridad y el descanso, el "producto", desde el punto de vista socialista es, en realidad, parte de la producción real, de la producción de los mismos hombres y de su bienestar, frente a la limitación capitalista de la producción de mercancías.) Y con todas estas diferencias en la posición social se dan las duras desigualdades en recursos naturales que, en ausencia del socialismo, se manifiestan muchas veces en formas nacionalistas y regionalistas.

Debería estar claro que complejidad auténtica y la diversidad de cualquier nación constituyen la base de la democracia socialista. Las relaciones y alianzas complejas con las que se une esta diversidad no se pueden reducir a proyecciones simplificadas de clase que dan legitimidad solamente a una versión de un sector generalizado. Ciertamente, los conflictos de intereses deben resolverse y en las situaciones difíciles deben determinarse las prioridades. Pero nada se gana insistiendo tanto en el monopolio político, pues para muchos queda solamente el fraccionismo o la oposición, o bien —lo que no es nada mejor— la apatía y el cinismo.

Precisamente aquí resulta relevante la experiencia de la democracia liberal. Los partidos rivales dentro del marco del sistema electoral burgués se apoyan en la praxis en partes y sectores de la misma clase general. Aunque al comienzo tienen una base de clase diferente, los mismos partidos socialdemócratas se ven posteriormente introducidos a esta competencia interna de clase que

restringe. Y de todos modos, en sus mejores momentos lograban superarlas para verse posteriormente frenados de nuevo por la rigidez de las jerarquías oficiales de los partidos. Así, en este sentido relativamente estable, el partido representa típicamente la simplificación de intereses mucho más complejos y diversificados. Además de ello, en las democracias burguesas, vincula cada vez más su destino a las situaciones electorales extremadamente generalizadas, y de esa manera muchas veces no representa más ninguna alternativa real, cosa que puede ir tan lejos, hasta que el sistema del partido en global ya no comprenda y represente diversos grupos e intereses que tienen una importancia clave.

Pero ese es solamente el aspecto negativo de la democracia liberal. Su aspecto positivo, evidente muchas veces en sus fases tempranas y en la creación constante de nuevos grupos políticos activos, consiste en el hecho de que crea condiciones para la manifestación y reconocimiento de diferencias reales, reacciones auténticamente alternativas a una situación general, y eso de una manera en la que el socialismo del siglo XXI tendrá que aprender. Los auténticos herederos de la democracia liberal tienen que actuar hoy en los sistemas en los que domina la élite capitalista corporativa, pero se trata de un poder que se combina con un grado variable y muchas veces importante y bastante grande de tolerancia. En sus fases iniciales y sobre todo defensivas, el poder socialista puede rechazar sin reflexionar mucho esta versión de la democracia, pero durante su desarrollo posterior tiene que aprender de ella y superarla. En lo que ya hemos dicho acerca de la planificación participatoria, basada en alternativas auténticamente abiertas y una información pública mucho más completa y accesible, el socialismo del siglo XXI ya ha comenzado a definir su vía de desarrollo.

Pero no se trata solamente de la esfera económica. En algunas cosas, en algunos periodos deben tomarse decisiones importantes y de gran envergadura. Este hecho explica el atractivo del modelo singular y monolineal. Pero en otras cosas y en otros periodos, y en algunas cosas siempre, el objetivo del proceso socialista tiene que ser de una naturaleza distinta: no puede y no debe igualarse con la solución monolineal. En esto han seducido muchas veces y nos siguen seduciendo hoy expresiones como la "construcción del socialismo" y "creación del hombre nuevo socialista". En un sinnúmero de asuntos cotidianos, y no sólo en un margen folklórico, la auténtica liberación del hombre no puede concebirse

sin la diversidad de distintas soluciones. No somos capaces aún de decir hasta dónde podría ir esto y que sigamos teniendo un socialismo reconocible. Sin embargo, hoy es importante saber en qué se hará hincapié. En el socialismo del siglo XXI, la democracia tendría que ir más allá de los lemas honorables como “el poder para el bien del pueblo” y hasta el de “el poder al pueblo”. Ella se convertirá en el ejercicio prácticamente cotidiano del poder de parte del pueblo. Aún el antiguo sueño de la democracia directa, del que se pensaba que puede realizarse en parte en sociedades mayores también, con la ayuda de la nueva comunicación basada en la interacción y la tecnología informática que el socialismo sabrá aprovechar de un modo auténticamente humano.

La cuestión del anticapitalismo

En el curso de los últimos 15 años siempre había sido necesario, aunque no resultara fácil, distinguir el socialismo y el anticapitalismo como tendencias políticas e intelectuales. Dentro de los marcos de mi exposición, orientada hacia el futuro, basta decir que la cuestión de cómo trazar esta diferencia resulta excepcionalmente compleja. En los marcos del modelo singular y monolineal del socialismo se solía despreciar el “anticapitalismo” como fase inmadura y romántica, que se supera con la teoría y práctica del socialismo científico. A veces la crítica iba más lejos, rechazando toda la tendencia anticapitalista como una forma de sentimentalismo pequeñoburgués. Estas reacciones todavía pueden oírse; pero el contenido del anticapitalismo, en algunos elementos similar al de sus fases anteriores, hoy en día representa indiscutiblemente un elemento importante —que al mismo tiempo alienta esperanzas y provoca dificultades— en la renovación de perspectivas socialistas.

El anticapitalismo es el elemento en la crítica del orden industrial burgués que no puede reducirse al empeño por el orden pre-burgués o pre-industrial. Ciertamente, hay muchas críticas ingeniosas del capitalismo que no tienen una perspectiva social salvo la del retorno a un orden idealizado del pasado: por ejemplo, el antiguo orden griego, el orden europeo medieval, o sencillamente el orden pre-industrial. Pero esa crítica en el mejor de los casos puede hallar una base literaria, y en su forma más sencilla es, por regla general, y explícitamente, antisocialista. Lo que es más,

el socialismo aquí— y no sólo aquí, sino que también dentro de una dirección anticapitalista más amplia— se entiende exclusivamente como una de las formas (y según algunos también como la peor) de orden social enajenado por definición, instrumental e inhumano; por lo tanto, orden industrial mecánico que sufre totalmente la degeneración cultural y se ve abandonado a una democracia de masas manipulada.

Lo importante para nosotros es advertir y explicar las coincidencias entre los anteriores puntos de vista, incluyendo los que criticaban el socialismo, y algunas ideas contemporáneas muy influyentes —ideas que surgen en el seno del movimiento ecológico, en las críticas del trabajo industrial, en la nueva concepción de las relaciones personales, particularmente sexuales y por último, en un tipo determinado de oposición a las armas nucleares y a la guerra mediante computadoras. Se entiende, aún puede decirse que se trata sólo de tendencias entre los jóvenes, ante todo de los estratos medios en la sociedad capitalista, aunque si aceptamos este análisis tendríamos que añadir que esas tendencias representan hoy en día la oposición más activa y exitosa en las sociedades capitalistas. Pero aquí no se plantea solamente la cuestión de cuál es la actitud de esos movimientos frente a las grandes organizaciones socialistas y los tradicionales partidos obreros. Se plantea también la interrogante de su actitud frente al aún dominante modelo socialista, en otras palabras, el modelo singular y monolineal.

Podemos detenernos solamente en la dificultad más evidente. Una parte considerable de la anterior crítica socialista del capitalismo se vinculaba al reproche de que el capitalismo no era capaz de extender la producción con miras a satisfacer todas las necesidades humanas. Lo que es más, en los periodos de la crisis económica del capitalismo ése era muchas veces el contenido básico del proyecto socialista: liberar nuevas fuerzas productivas para vencer la miseria. Ese punto de vista ciertamente sería más difícil de defender hoy en día. La producción capitalista ha visto su renovación espectacular en varias oportunidades, mientras que entre el socialismo y el crecimiento económico no hay relación simple. Pero hay que decir que el anterior punto de vista siempre había representado una simplificación del auténtico análisis socialista. Jamás se había tratado —para los socialistas— solamente de incrementar simplemente la producción, en el bien conocido sentido capitalista, siempre se trataba del control social y no capi-

talista de la producción y de relaciones cambiadas en la sociedad, que facilitarían una distribución distinta del producto social agregado.

Y de todos modos la retórica del aumento de la producción agregada ha ejercido influjo sobre el movimiento socialista, llevándolo a la tentación de competir en este plano con el capitalismo. Por eso no ha de resultar extraño que las antiguas cuestiones socialistas —qué tipos de objetos producir, para qué uso y con qué consecuencias, independientemente del producto final— se haya abandonado con frecuencia a los movimientos que no sólo no partían de ideas socialistas, sino que al contrario, se inclinaban a señalar la praxis socialista como uno de los ejemplos de la orientación errada. Estas antiguas cuestiones han cobrado recientemente una importancia aún más evidente gracias a las consecuencias objetivas, que pueden medirse, de determinados tipos de producción: polución que se ha extendido, y en algunos lugares hasta la destrucción del medio ambiente físico; nuevas formas de tensiones psíquicas y perturbaciones físicas a los que se ven expuestos los trabajadores en el caso de algunos procesos de producción; los malestares psíquicos y físicos inevitables para quienes viven en las inmediaciones de las grandes fábricas, etcétera. Hoy en día resulta claro, en las sociedades capitalistas, que las grandes corporaciones industriales y el “*agribusiness*” acarrearán este tipo de perjuicios despiadados y objetivamente previsibles, tratando, al mismo tiempo, por medio de la implementación de todos los medios políticos posibles, de disminuir o evitar el indispensable control social sobre sus actividades. En este sentido clave, por lo tanto, las campañas más serias de la oposición no pueden dejar de ser anticapitalistas. Pero, ¿se harán socialistas? El problema consiste en el hecho de que no haya una razón convincente, ni en la práctica socialista aún dominante ni en la teoría socialista, para la tesis de que en estos asuntos, el socialismo debe ser necesariamente distinto desde el punto de vista cualitativo.

Mas, para dar aquí razones socialistas convincentes, hay que abandonar, al igual que en los demás casos de los que hemos hablado, el modelo singular y monolineal. La cuestión de la producción debe ponerse nuevamente en relación con elementos más profundos del proyecto socialista, pues solamente así se pueden eliminar las formulaciones más recientes, temporarias y superficiales. En realidad, el materialismo histórico es quien nos ofrece más posibilidades para comprender estos complejos y dinámicos pro-

cesos, puesto que coloca en el centro de la atención precisamente las formas variables del trabajo dentro del medio ambiente indiscutiblemente físico del hombre. Las diversas ideologías que han relegado este modo de considerar la cuestión —sustituyéndola al reducir el mundo físico y al hombre a la trinidad materias primas, capital y trabajo disponible, con la glorificación victoriosa de la explotación máxima de los tres elementos (o al menos de los dos primeros)— tienen una actitud hostil frente al socialismo, cualquiera que sea su opción nominal. Al movimiento obrero, siempre que se hallaba cerca de su base, le resultaba totalmente claro que la explotación desconsiderada de las materias primas significa siempre también la explotación de los obreros como mera materia prima humana. Además, esta situación no debe cambiar necesariamente con el cambio en las relaciones de propiedad en el caso de que se mantenga la misma orientación básica. Una cosa es movilizar, enfrentado con la miseria absoluta o relativa, todos los potenciales físicos y humanos con miras a superarla, y otra cosa, totalmente, es reificar eso como la producción abstracta o bien considerar que lo hemos superado al haber eliminado un único elemento de la utilidad enajenada. La perspectiva central del socialismo del siglo XXI, por lo tanto, tiene que conquistarse con nuevas definiciones socialistas de la producción misma.

Porque el capitalismo, abandonado a sí mismo, ni siquiera en sus formas más humanas, no puede resolver con éxito el problema de la eliminación simultánea de la miseria y de la abolición de la explotación. Algunas variantes de la idea del “crecimiento cero”, y casi todas las variantes de la idea de que hay que abandonar la producción industrial y volver a los oficios y la agricultura para el consumo propio, no son solamente fantasías; en el mundo tal y como es, pueden convertirse fácilmente en crueles decepciones, adaptadas al denominado capitalismo “postindustrial”, cuya existencia y mantenimiento se basarían en la explotación imperialista y neocolonialista del resto del mundo no socialista. Por otra parte, toda reafirmación sencilla de la “producción socialista” abstracta no será capaz de responder a las cuestiones clave y sucumbirá cada vez más ante la crítica, a la luz de las transformaciones auténticas que afectan hoy en día los propios procesos de trabajo.

El socialismo, por lo tanto, no debe proponer solamente la abolición del trabajo como mercancía; tiene que proponer también una

manera viable de poner fin a la explotación de la tierra y de sus recursos naturales como materias primas para la producción de mercancías. Aquí la terminología capitalista del "producto" y "sub-producto" tendrá que ser sustituida por la terminología del materialismo histórico, para el cual ambos son igualmente producción, pues las consecuencias humanas y físicas de determinados tipos de producción y tipos de trabajo son componentes insoslayables de todo el proceso material y social. Siguiendo esta vía, los socialistas podrán definir a su manera la así llamada "crisis de recursos", que jamás ha podido reducirse a una cuestión puramente cuantitativa; se trata, desde el inicio mismo, de una cuestión cualitativa material y social. Las ideas inadecuadas del "crecimiento cero" y del "abandono de la producción industrial" pueden sustituirse entonces por análisis y calificaciones más finos de algo que todavía es un proceso de intervención humana en el mundo físico insustituible: intervención que al mismo tiempo crea un mundo social cambiado.

Las formas socialistas de esa intervención, se entiende, tienen que comenzar por las necesidades humanas más generales, pero aquí no podemos olvidar tener en cuenta de un modo moderno también los hechos cuya importancia ponía de relieve Marx: que diferentes tipos de necesidades surgen ellas mismos como resultado de un proceso material y social; que la satisfacción de las necesidades crea nuevas situaciones y nuevas relaciones; que la sociedad socialista por eso debe observar constantemente, analizar y evaluar el sistema social existente, frente a la orientación capitalista hacia el aumento de la producción agregada que aporta utilidades y una orientación, más general, al aumento de la producción industrial agregada como tal (perteneciendo a esa orientación también buena parte de la construcción socialista), con orientaciones que suponen que la producción es una actividad especializada y aparte. Uno de los indicios decisivos de que se trata de una sociedad socialista adelantada será la unificación práctica de las ciencias actualmente separadas, la economía, la ecología, hallando ambas su lugar dentro del marco de una nueva ciencia social material.

Nos hallamos aún lejos de eso, pero la perspectiva que se abre con ello es excepcionalmente atractiva. El cambio no se va a producir solamente en esta esfera de la producción y de los recursos, sino que también en la esfera de la concepción del trabajo humano. Porque durante la larga supremacía del concepto capitalista

de producción y, más tarde, del trabajo, enormes esferas del trabajo humano se vieron excluidas: la explotación de las mujeres es solamente una forma particular de ello. Las mujeres que luchan hoy en día contra esta explotación fundamental, al igual que contra desigualdades más específicas, no tienen por qué creer que el modelo socialista esté del todo a su favor. Todo este problema surge en el marco de la transformación de los procesos productivos simples, que facilite que aumente la producción industrial con una considerable disminución simultánea del trabajo y de la jornada laboral, de modo que queda mucha más energía para los demás tipos de producción social, dedicados a la gente, que se habían abandonado primero a las mujeres y que luego habían sido excluidos arrogantemente del "trabajo productivo" y privados del reconocimiento y respeto social y material.

Más ese no será el único cambio entre hombres y mujeres, ni sería suficiente por sí solo. Lo que es más, la sociedad socialista no va a tratar siquiera de hallar una solución única en las nuevas formas de estas relaciones. Para lograr la liberación radical, aquí hay que reconocer el pluralismo auténtico tanto dentro de una sociedad como dentro del conjunto de varias sociedades. Si los socialistas han dado motivos para la crítica porque no supieron responder a las cuestiones ecológicas contemporáneas que plantea el anticapitalismo, antes aún podría decirse que merecen la crítica por no haber respondido —aún al tratarse de un modelo dominante, ni trataron de responder— a las cuestiones fundamentales de la relación entre el hombre y la mujer, cuestiones que la tradición socialista no ha entendido con suficiente seriedad, aún en sus mejores momentos.

El socialismo del siglo XXI tendrá una perspectiva diferente, tanto teórica como prácticamente, también en la esfera de la cultura y de las comunicaciones. Aquí la tarea inmediata es poner fin a la ortodoxia limitante que sigue produciendo sus "definiciones" precisas de la producción cultural y de la praxis de la comunicación. Aquí la cuestión del anticapitalismo es particularmente compleja, porque en algunas esferas ha impregnado las formas más dinámicas del capitalismo, que han logrado absorberlo. La producción cultural de mayor vitalidad del siglo XX es obra, o bien de fuerzas populares relegadas, o bien de grupos pequeños, relativamente aislados, marginados y de oposición. El capitalismo, se entiende, estuvo presto a utilizar a unos y a otros, de modo que se ha producido una transformación total de la "cultura

burguesa" del pasado.. Mas, precisamente aquí el socialismo no ha venido a ofrecer casi ninguna alternativa. Resulta irónico que se haya mostrado más exitoso que el capitalismo en la defensa y respeto del trabajo tradicional, mientras que su contribución positiva consiste en haber tenido fuerzas para resistir a lo que es verdaderamente inhumano y autodestructor —éstas son, en nuestra opinión, categorías socialistas más auténticas que "lo decadente"— en el torrente de la nueva producción cultural. Pero mientras que en lugar de ofrecer solamente sus "justas" proyecciones, sobre la base del modelo singular, o, en el mejor de los casos, apoyo a formas culturales antiguas, tradicionales y populares, el socialismo no sólo no tiene una idea adecuada de la liberación total; muchas veces es una fuerza que solamente desea controlar el proceso de liberación, frente a la incontrolada vitalidad de la explotación capitalista.

A comienzos del siglo XXI se producirá la transformación plena de todo el conjunto de relaciones culturales y de comunicación. La nueva tecnología facilitará un enfoque tanto más autónomo como individual de la cultura y asimismo una producción cultural más amplia, diversificada y fácil de transmitir. Por su aspecto negativo, eso ya representa un peligro para el socialismo. La producción capitalista internacional de este tipo, incluyendo las hábiles mezclas de esparcimiento, deporte y propaganda, tratan de transformar la conciencia de los hombres en su espíritu y registra importantes éxitos en ello. Ese proceso no puede detenerse con ninguna política que se reduzca a la exclusión defensiva. Las nuevas culturas socialistas pueden surgir solamente a través de una renovación positiva de las antiguas y del desarrollo de nuevas formas y tecnologías culturales que, con fines diferentes, serán utilizadas de un modo abierto y explorador por las sociedades reales. Los socialistas, digamos, deben apoyar en todas partes la demanda de creación de un nuevo orden internacional de la información, libre del control e influjo del capital occidental. Pero ese orden no se puede crear por un simple giro, adoptando un modelo alternativo singular. La creación cultural nueva y diversificada debe emanar de las sociedades reales, y eso no sólo de sus élites, para ser objeto del intercambio cultural amistoso, sin ser controlada la orientación al mercado internacional ni por la orientación a un modelo singular interno con ambiciones globales. En la reanimación de esa nueva perspectiva cultural ya se ha hecho más que en la política o la economía, pero el ritmo de la transformación tecnológica aquí

no traza una sencilla línea de desarrollo positivo, sino que nos enfrenta a un dinámico complejo que contiene también nuevas oportunidades y peligros. Además de ello, frente al antiguo modelo, la esfera de la cultura y de las comunicaciones no puede entenderse aquí ya más como la mera "superestructura". Al contrario, lo que actualmente ocurre en esa esfera resulta inseparable de los problemas económicos, políticos y especialmente militares del mundo. Los sistemas de gestión que ya han cambiado la naturaleza de la guerra, y quizá más profundamente que las armas nucleares, tienen su contrapartida en la exposición, hasta ahora desconocida, de la mayoría de las sociedades modernas a las diversas ideas relativas al carácter e intenciones de otras sociedades y naciones. La lucha por el socialismo se libra hoy de una forma tan intensa en esta esfera de las informaciones, ideas y visiones como en los planos político, económico y militar.

La premisa de todo socialismo y, aún más, de toda civilización en el siglo XXI es eludir la guerra, que con la actual tecnología militar solamente sería un masacre general, y asimismo la reducción de los gastos materiales para preparativos bélicos. Pero aquí volvemos a encontrarnos con una forma de anticapitalismo que no coincide con el socialismo, que hasta podría volverse en su contra. Algunos de los movimientos pacifistas contemporáneos, al darse justa cuenta de que los sistemas militares modernos han escapado por completo al control democrático eficaz, sacan de ello la conclusión ulterior de que visto de una forma más general no hay diferencia sustancial entre los sistemas capitalistas y socialistas. Esta postura no puede rechazarse fácilmente con la tesis del carácter sustancialmente pacifista del socialismo, ni con la tesis de que las causas de la guerra residen en el sistema capitalista y la ofensiva del imperialismo contra las sociedades socialistas por una parte, y los movimientos revolucionarios y populares, por otra. Así pueden negarse formulaciones más extremas de ese punto de vista, pero no se responde con ellas a cuestiones más profundas: el hecho de que los sistemas militares modernos por sí mismos no pueden asociarse con cualquier forma de democracia política, de manera que solamente su eliminación puede abrir vía a las nuevas fuerzas de liberación, y al hecho de que en la etapa defensiva actual, las sociedades del socialismo real se hallan bajo una gran presión, y eso no sólo, en parte, de un militarismo explícito, sino que en algunos casos trágicos, han llegado a entrar en guerras entre sí.

De allí que ya no resulte convincente la invocación retórica del

“socialismo” como una manera de suprimir el peligro de guerra. Un punto de vista verdaderamente socialista exige un análisis completo que, al hallar las complejas causas de la guerra en las extensas crisis de los sistemas imperialistas y capitalistas, al mismo tiempo tiene suficiente carácter abierto y no es dogmático para darse cuenta de las tres importantes contradicciones en la relación entre la paz y el socialismo. Esas tres contradicciones son:

a) el solo hecho de la oposición imperialista a los movimientos populares y revolucionarios, y de los intentos imperialistas de desestabilizar las sociedades socialistas, lleva a muchos movimientos socialistas y de liberación nacional no sólo a aceptar, sino que muchas veces a iniciar la lucha armada;

b) ante todo en las sociedades postcoloniales, pero también en otras partes, la historia de la dominación imperialista y foránea en general ha dejado como herencia una confusión en la conciencia popular y arbitrarias fronteras que fácilmente son motivo de litigio y en algunos casos pueden conducir a guerras entre países y naciones de liberación reciente y/o socialistas;

c) la permanente necesidad de defenderse de la agresión y desestabilización en muchas sociedades socialistas y de reciente liberación ha creado determinadas formas sociales, vinculadas al ejército y a las fuerzas de seguridad, que por su naturaleza niegan y deforman a largo plazo las formas sociales y económicas generales adecuadas al socialismo, lo que en los peores casos lleva a impedir su desarrollo.

Es de importancia clave que se discuta en la comunidad socialista internacional abiertamente en torno a estas cuestiones no sólo porque en la práctica deba hacerse todo lo posible para impedir la guerra o por lo menos reducirla a la menor medida posible, sino que también porque en el plano de la teoría existe el peligro de que nos apoyemos en la ya superada igualación del socialismo con la paz, y entendamos así de una manera incorrecta la situación histórica en que nos encontramos. Además de ello, la cuestión de la guerra y la paz decidirá si en el siglo XXI habrá construcción social alguna, y por esa razón también todas nuestras luchas y análisis requieren que la misma sea planteada y solucionada claramente.

POSIBILIDADES PARA EL SOCIALISMO CON BASE EN LAS EXPERIENCIAS Y LECCIONES DE CHINA

Su Shaozhi

Introducción

Con el acercamiento al término de este siglo, el mundo se enfrenta a olas de cambios. Enfrentados a esta realidad, los que consideran teóricamente los problemas y que se preocupan del futuro, con seguridad se harán la pregunta ¿hacia dónde va el mundo?, sin que importen sus intereses personales ni origen ideológico. Las respuestas son, por supuesto, variadas. Entre los científicos occidentales existen los denominados pesimistas y optimistas. Algunos de ellos evidentemente tienen objetivos ideológicos; sus puntos de vista todavía no han salido del marco del sistema y orden capitalistas, tanto objetiva como subjetivamente. Otros, aunque también limitados por su arraigado origen ideológico, le conceden sincera atención al futuro de la humanidad, y sus perspectivas contienen una serie de elementos científicos que merecen nuestra atención y estudio.

Los marxistas son científicamente optimistas. En medio de los cambios de intereses, los hombres de trabajo y progresistas se despiden del viejo mundo capitalista y crean uno nuevo, el mundo socialista. La experiencia básica que nos ha indicado la historia mundial consiste en que la historia siempre irá hacia adelante y que no se detendrá en las distintas fases; los cambios, por otro lado, representan el momento en el desarrollo histórico que debe conducir hacia nuevas características. El futuro del socialismo yace en los cambios. Por eso recibimos con optimismo los cambios

y miramos hacia adelante en el futuro. Por supuesto, sobriamente consideramos que los cambios no serán fáciles; son inevitables las dificultades, los fracasos y hasta las crisis, particularmente para los cambios de importancia histórica mundial. Creemos que las olas de cambio que ya han habido y que ahora se fortalecen cada vez más, deben salvar diversos obstáculos y contribuir al ulterior curso hacia la meta ideal, siempre y cuando nos enfrentamos valientemente con la realidad, apreciemos correctamente las diferentes condiciones subjetivas y objetivas, sigamos las instrucciones correctas del marxismo creador y nos apoyemos en los esfuerzos conjuntos del pueblo trabajador y progresista, en vez de temer las dificultades o adoptar una posición pesimista u optimista ciega.

Al prever el futuro del socialismo no debemos guardar simplemente el curso general del desarrollo histórico. No es sabio considerar la filosofía histórica de este curso general como argumento fundamental, sobre todo cuando muchas previsiones expuestas por los fundadores del marxismo y sus herederos en varias oportunidades no demostraron ser válidas. Solamente los dogmáticos adoptarán una posición así. Lo que los marxistas tratan de hacer creativamente es dar respuestas a las cuestiones bajo el punto de vista de la combinación entre la teoría y la práctica. Aquí, solamente la experiencia práctica y la realidad son el verdadero punto de partida que conduce hacia el futuro. Por esta razón debatiré acerca de nuestro tema principal con base en las experiencias y lecciones de la práctica socialista en China. Creo que esto puede ser más práctico que un debate teórico general. Esto no sólo porque el autor es chino. Lo que es más importante aún, es que China, bajo el punto de vista de mil millones de personas, es uno de los países que han marchado por el camino del socialismo relativamente temprano y que han sufrido fracasos en el transcurso de varios decenios de práctica. Al prever el futuro del socialismo bajo el punto de vista de la situación general en el mundo, China representa, sin lugar a dudas, un importante punto de partida.

I. Aplicación creativa del marxismo

El socialismo no puede estar separado del marxismo. El futuro del socialismo es determinado no sólo por diferentes factores objetivos en el desarrollo histórico, sino también por la forma en que las fuerzas sociales que luchan por el socialismo aplican el

marxismo para analizar y apreciar todos estos factores objetivos. La experiencia ha demostrado que cuando es entendido y aplicado correctamente, la causa por el socialismo avanza; cuando no es así el caso, ésta se estanca o hasta se rezaga. La línea de demarcación entre lo correcto y lo erróneo yace precisamente en la forma en que se puede adoptar el enfoque creativo del marxismo.

El marxismo es la expresión general para el sistema teórico fundado por Marx y Engels, y luego adoptado, ampliado y explicado por sus numerosos seguidores, desarrollándolo en la práctica. Al mismo tiempo, es la directriz para el proletariado en su lucha por la emancipación y para el pueblo trabajador que edifica el socialismo. La combinación de la teoría y la práctica es la característica fundamental del marxismo. El marxismo, que se fundamenta en la práctica, tiene la mayor influencia en la historia contemporánea, no es sólo la manera de interpretar al mundo, sino que mucho más, representa la orientación para la transformación del mundo. Marx dijo: "Los filósofos solamente han interpretado el mundo, de diferentes formas; la esencia consiste, sin embargo, en que él cambie".¹ Lenin del mismo modo destacó: "En el marxismo no existe nada que se asemeje al 'sectarismo' en el sentido de que represente a cierta doctrina oculta, petrificada, doctrina que se desvía de la vía general del desarrollo de la civilización mundial. Por el contrario, la genialidad de Marx justamente consiste en que dio respuestas a cuestiones que ya habían planteado las mentes más destacadas de la humanidad".²

Marx fundó el marxismo en condiciones históricas especiales, absorbiendo de la manera más amplia todas las cosas valiosas del conocimiento humano, sintetizándolas, sumándolas, enriqueciéndolas y hasta reformándolas de modo revolucionario para estudiar los nuevos fenómenos, que son resultado del tiempo, solucionó nuevos problemas y formuló nuevas teorías. La vitalidad del marxismo yace en el hecho de que él, su fuente de la vida la extrae de la práctica que se desarrolla constantemente. En lo que atañe a sus características sustanciales, el marxismo en ningún caso es un dogma sectario o petrificado. El marxismo debe desarrollarse con-

¹ K. Marx, *These of Feuerbach, (Tesis sobre Feuerbach)*. Obras escogidas de Marx y Engels, Tomo 1, p. 19.

² Lenin, *The Three Sources and Three Componente Parts of Marxism, (Tres fuentes y tres partes del marxismo)*, Obras escogidas de Lenin, Tomo II, p. 44.

juntamente con el desarrollo de la práctica, no puede estar estancado; si una vez se comienza a estancar, perderá su vitalidad.

Sin embargo, durante un periodo de tiempo relativamente largo, nadie se atrevía a pronunciarse sobre cualquier cosa que Marx, Engels, Lenin o Stalin no hubieran hablado; nadie se atrevía a sacar ninguna conclusión excepto las que tenía la Unión Soviética. Ello se debió, en general, a causa de las tendencias erróneas de dogmatización del marxismo y del rígido respeto a las decisiones de la Internacional Comunista y a la experiencia soviética, que predominaban en el movimiento comunista internacional y en el Partido Comunista de China durante las postrimerías de los años veinte e inicios de los años treinta, como también a las tendencias erróneas del "izquierdismo", como el culto de la personalidad, y a la política de puerta cerrada, que predominaban en la vida política y en la esfera ideológica de China. Esto tuvo como consecuencia la seria obstaculización del desarrollo del marxismo. El marxismo dejó pasar la oportunidad de estudiar y responder a tiempo, de manera teóricamente sólida y soportando la prueba vital, a muchos nuevos fenómenos en el desarrollo del capitalismo contemporáneo, de responder a los nuevos problemas que se presentaron en la práctica del socialismo contemporáneo, a nuevos alcances de las ciencias naturales actuales y a nuevos temas de la sociedad moderna y de las ciencias sociales. Cuando una vez pierde la oportunidad de responder a los desafíos de la vida real y a los desafíos de la duda ideológica de las masas la teoría inevitablemente perderá su prestigio. Por otra parte, algunos serios errores en los países socialistas, como ha sido la "revolución cultural" en China, han sido interpretados erróneamente como algo hecho bajo la dirección del marxismo. Todo esto ha creado una enorme confusión ideológica entre las masas. En tales circunstancias ha sido inevitable que aparezcan puntos de vista como, por ejemplo, la "crisis del marxismo" y la "obsolescencia del marxismo".

Para que el marxismo verdaderamente oriente la realidad y para que se establezca su prestigio entre las masas, es indispensable romper las cadenas del dogmatismo y establecer el espíritu creador vivo del marxismo.

Desde la muerte de Stalin, y particularmente en el XX Congreso del PCUS, los partidos comunistas y los teóricos socialistas de diversos países lograron ciertos resultados enfrentándose en distintos grados al enfoque dogmático del marxismo.

En China, el marxismo perdió su prestigio entre las masas a

consecuencia de los errores de Mao Zedong en sus últimos años y de las aniquiladoras consecuencias de la "revolución cultural". La Tercera Sesión Plenaria del XI Congreso del Partido Comunista Chino corrigió la política equivocada de "cualquiera de las dos" (es decir, "cualquier decisión que adopte el presidente Mao debemos apoyarla; cualquier instrucción que da el presidente Mao debemos aplicarla enérgicamente"), y se confirmó la línea ideológica de buscar la verdad con base en los hechos. En el Pleno se expuso explícitamente que ante el estudio del marxismo hay que acentuar el estudio de las leyes universales señaladas por los escritores clásicos, como también sus posiciones, puntos de vista y caminos para estudiar y solucionar los problemas, aunque no hay que respetar rígidamente algunas palabras especiales, frases ni tesis concretas. Han pasado más de cien años de la muerte de Marx. Algunas de sus obras escritas hace más de cien años representan sus supuestos de esa época; en la medida que ciertas cosas cambiaron después dramáticamente, algunas de sus hipótesis se demostraron inexactas. Mucho después vino el desarrollo que Marx, Engels, y hasta Lenin no experimentaron, ni lo pudieron esperar. Es irracional esperar que las obras de Marx y Lenin puedan ofrecer respuestas acabadas para nuestros problemas actuales. Durante la "revolución cultural" china la cita de párrafos y frases se convirtió en el único criterio y base para confirmar lo correcto y erróneo y para orientar la realidad. Esta práctica casi ignorante condujo hasta la cúspide la tendencia errónea de estancamiento del marxismo, provocando consecuencias desastrosas. Gracias a esta dolorosa lección, el pueblo chino y los comunistas chinos comprendieron más profundamente que nunca, que en ningún caso deben adoptar una posición dogmática hacia el marxismo. Con el transcurrir del tiempo, nuevos acontecimientos y nuevos problemas brotan como hongos; empleando ciertas tesis de los trabajos marxistas para perturbar la vida real que cambia constantemente, solamente se retardará el avance de la historia, se dañará y hasta destruirá la causa socialista. Tenemos el derecho y el deber de enriquecer y desarrollar el marxismo en nuestras actividades prácticas.

Precisamente después de restaurar la esencia marxista y adoptar el enfoque creativo del marxismo, estuvimos en condiciones de elaborar directrices y caminos concretos para reformar la estructura económica de China y la estructura política de la dirección del Partido y del Estado, de plantear la meta de edificación del socialismo con características expresivamente chinas, de atrevernos a

adoptar una serie de medidas y políticas sobre las cuales nunca se había hablado en los clásicos del marxismo, como son el sistema de responsabilidad frente a la producción, la economía mercantil bajo la dirección de planes socialistas y "un país, dos sistemas". Todo esto llevó a una nueva fase en la economía china y mejoró el nivel de vida del pueblo.

Aunque la economía china todavía sigue atrasada, vista en general, y el nivel de vida de su pueblo todavía es muy bajo, la nueva práctica bajo la dirección del marxismo creativo ya ha demostrado claramente al pueblo chino que nuestro socialismo está pleno de vitalidad y que su futuro es seguro.

En el entretanto, los marxistas en otros países desarrollan el marxismo con sus propias singularidades, combinando el marxismo con las condiciones específicas de sus países. Estos esfuerzos creativos son muy importantes en el aprovechamiento del marxismo para solucionar los distintos problemas que enfrenta la humanidad de nuestra era. Justamente como la experiencia ha demostrado, los problemas en los diferentes países pueden solucionarlos solamente los marxistas de dichos países, conforme a las condiciones existentes; no tiene ningún fin copiar y aplicar sin discriminación las obras de Marx, como tampoco la experiencia ni modelo de otros países. La influencia perniciosa del dogmatismo ha sido ahora eliminada. Viendo solamente desde ese punto de vista, debemos estar convencidos de que las perspectivas del socialismo son más brillantes que nunca antes.

II. Audaz reforma, edificación del socialismo con características chinas en conformidad con la realidad china

Para aplicar el marxismo de manera creadora no podemos quedarnos en la teoría del socialismo planteada por los escritores marxistas clásicos; debemos edificar el socialismo conforme a las condiciones práctica del país. Conforme a las condiciones específicas de China hemos aceptado las siguientes nuevas visiones del sistema socialista:

Ante todo, consideramos que las reformas son el contenido sustancial del socialismo. Es evidente por sí solo que el sistema socialista necesita reformas. Nos son necesarias con el fin de corregir los errores cometidos en el trabajo o las desviaciones en el desarrollo económico. El marxismo ve al socialismo como la fase inicial del comunismo, en el periodo de transición hacia la fase más avanzada

—el comunismo. En otras palabras, éste es un proceso en que las relaciones de producción y la superestructura se desarrollarán desde los cambios cuantitativos hasta los cambios cualitativos parciales, conjuntamente con el crecimiento de la productividad. Para satisfacer las exigencias de la creciente productividad y realizar conscientemente cambios cuantitativos y parcialmente cualitativos, hay que aplicar la reforma en todas las conexiones y aspectos de las relaciones de producción y superestructura que no convienen a la creciente productividad; en otras palabras, hay que efectuar reformas para satisfacer las necesidades de la propia creciente productividad. Los modelos socialistas osificados y rígidos no corresponden al desarrollo del socialismo. Es muy difícil hacer diferencia entre las reformas que exige el desarrollo mismo del socialismo y las que son resultado de errores subjetivos; aún más, las pérdidas ocasionadas ya sea por la dejación de satisfacer las necesidades de la creciente productividad, o sea por la política equivocada, requieren reformas obligadas; la urgencia de las reformas no permite postergaciones.

En los países socialistas ya hace tiempo que existe una teoría errónea con base en la cual se afirma que existe un modelo fijo universal aplicable del socialismo. En China también se formuló un modelo osificado a causa de la copia indiscriminada de modelos y experiencias extranjeros de los sectores anteriormente liberados, además del bajo nivel nuestro de socialización de la producción, de la influencia de los residuos del feudalismo y de la ideología “izquierdista”.

Este modelo osificado correspondía cada vez menos a la creciente productividad, provocando desproporción y dificultades económicas; por tal motivo las reformas llegaron a ser un imperativo. Ya a comienzos de los años cincuenta, Yugoslavia asumió el liderazgo llevando a cabo una significativa reforma económica y estableciendo el sistema de la autogestión socialista. Otros países socialistas iniciaron sus reformas al término de los años cincuenta y a inicios de los años sesentas. Aunque diferentes países eligieron distintas vías de reformas, alcanzando diversos resultados, las reformas se convirtieron en la tendencia y ley inevitable de los países socialistas.

Los objetivos de la reforma expuestos en la Tercera Sesión Plenaria del Undécimo Congreso del Partido Comunista Chino jugaron un papel importante en el aceleramiento de las reformas en el campo y en el aumento de la producción agropecuaria. Más tar-

de, en la Tercera Sesión Plenaria del Duodécimo Congreso del Partido Comunista Chino se aprobó la decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la reforma de la estructura económica, elaborando un plan general de reformas. La decisión acelerará las reformas y las extenderá a toda la estructura económica, con especial énfasis en las ciudades. La reforma es el cambio más importante de las transformaciones socialistas de la propiedad privada de los medios de producción; es la exigencia natural de la sociedad socialista; está en conformidad con el marxismo, mientras que la osificación no corresponde al marxismo.

Segundo, aprendimos a hacer diferencias entre el sistema socialista básico y el sistema socialista específico.

En el pasado, acostumbrábamos igualar el sistema socialista específico con el básico, creyendo que al cambiar el sistema socialista específico cambiaríamos la naturaleza socialista, creando de esa manera un modelo osificado. Ahora hemos hecho la diferencia entre dos concepciones: el "sistema" (zhi-du), que se refiere al sistema socialista básico, y la "estructura" (ti-zhi), que se refiere al sistema socialista específico. Esta diferencia demostró claramente que nuestro objetivo es la reforma de la estructura socialista dentro del marco del sistema socialista. Similar a ello los húngaros llaman a su reforma económica, reforma del mecanismo económico.

Las reformas estructurales efectuadas en varios países con base en sus realidades son el desarrollo de diversas teorías sobre el curso de diferentes caminos hacia el socialismo. El marxismo considera que existe solamente un socialismo, pero que las vías para llegar a él pueden ser diferentes. Ahora podemos agregar la siguiente teoría: los distintos países socialistas pueden tener diferentes estructuras; cada país socialista puede tener diferentes estructuras en diversas fases.

"Existe un solo socialismo", lo que significa que todos los países socialistas tienen los siguientes puntos comunes: liquidación del sistema de explotación, propiedad pública de los medios de producción, distribución según el trabajo, desarrollo planificado de la economía nacional, poder político bajo el cual la clase obrera y los hombres de trabajo gozan de una amplia democracia, y una productividad y civilización espiritual altamente desarrolladas. Todos los países socialistas tienen estas características básicas en su sistema, pero pueden tener diversas estructuras; en el marco de un país las diferentes fases de desarrollo pueden tener diversas estructuras socialistas.

Tercero, hemos confirmado que la tarea fundamental del socialismo es ampliar la productividad social. En el pasado no eramos totalmente conscientes a que se asemejaba el socialismo, actuando con frecuencia sus múltiples tareas. Por ejemplo, igualábamos "el tamaño de las comunas populares con el alto grado de propiedad pública" y la "práctica del comunismo" con el desarrollo de la productividad social; hasta lo primero lo considerábamos más importante. No sólo fue que dejamos de considerar el desarrollo de la productividad social como la tarea más fundamental, sino que hasta cierto punto lo descuidamos. Ello se oponía a la teoría marxista de que la productividad es el factor definitivo, decisivo del desarrollo social, con lo cual se impedía el desarrollo de la producción, se restringía el mejoramiento del nivel de vida de los hombres, cometándose la falta de no aprovechar al máximo las ventajas del socialismo. Por tal razón decidimos orientar todos nuestros esfuerzos hacia la construcción económica. Solamente con la civilización material podemos tener una civilización espiritual. Sólo con una productividad altamente desarrollada y abundancia extrema de materiales podemos hablar del comunismo.

Cuarto, para poder romper el viejo modelo rígido del socialismo y desarrollar el socialismo consideramos que es necesario liberarse de las viejas concepciones del socialismo que no corresponden a las condiciones actuales. Estas concepciones fijas son dos más.

El dogma número uno: la propiedad de todo el pueblo es la forma más elevada de propiedad pública, por lo tanto todas las demás formas de propiedad deben transformarse en propiedad de todo el pueblo, para lo antes posible realizar este sistema único.

Guiándose por este dogma, China transformó ciega y atolondradamente en propiedad de todo el pueblo todo otro tipo de propiedad, sin considerar las condiciones de desarrollo de las fuerzas de producción, tratando de reemplazarlo todo por la propiedad económica única de todo el pueblo. Parecía que la propiedad socialista era perfecta solamente si se creara la propiedad única de todo el pueblo. Esto tuvo como consecuencia la perturbación de los intereses e iniciativas de muchos lados y el sofocamiento de la vitalidad de las empresas. Esto también es raíz del subjetivismo y la burocracia.

Ahora creemos que para el rápido desarrollo de los diversos tipos de producción es indispensable movilizar a todos los factores positivos y adoptar la política de máximo aprovechamiento de la iniciativa del Estado, colectiva e individual, para que se desarrollen

distintas formas económicas y métodos de gestión, bajo la dirección de la administración y de los planes generales.

Las características de la propiedad socialista son la coexistencia a largo plazo y el desarrollo simultáneo de diversas formas económicas y tipos de gestión, como prerequisite de la economía estatal en tanto que fuerza predominante.

—El dogma número dos: Confundir la propiedad estatal con la administración directa de las empresas por parte de las instituciones del Estado.

Dentro de este dogma, la administración estatal y las empresas en China por mucho tiempo no estaban separadas, de tal modo que las empresas eran apéndices de los departamentos administrativos, y los órganos gubernamentales centrales y locales asumían muchos trabajos que no pertenecían a su competencia. Como resultado de ello, las empresas bajo su dominio no podían desarrollar totalmente su iniciativa, siendo inevitable la aparición de la burocracia, el subjetivismo y la poca eficiencia.

Ahora abogamos por la teoría de separación de la propiedad ante la gestión. Conforme a esta teoría, la administración y las empresas deben estar separadas, la administración debe estar orientada y algunas de sus competencias deben ser traspasadas a las empresas, los órganos gubernamentales a todos los niveles, por lo general, ya no administran más directamente a las empresas, con lo cual las empresas se convierten realmente en entidades económicas relativamente independientes, los productores y vendedores socialistas de mercancías son responsables de sus propias ganancias y pérdidas, y con habilidad para efectuar sus propias reformas y su propio desarrollo. Esta práctica, por una parte, estimula en gran medida la vitalidad de las empresas, y por otra, las funciones económicas del Estado se definen más claramente: dedicarse a la administración necesaria, orientar y coordinar con el plan a través de la planificación y las medidas económicas, administrativas y legislativas. Con esto se eliminan las desventajas de la estructura administrativa económica altamente centralizada.

La introducción del sistema de responsabilidad por la producción en las áreas rurales de China, significa que la tierra sigue siendo propiedad del colectivo socialista, pero el derecho a la administración y gestión está en manos de los contratistas. Este sistema, con el cual se introduce en el juego la iniciativa de los agricultores, ha logrado gran éxito. En las áreas urbanas, variadas formas del sistema de responsabilidad con el sistema contractual,

como la forma principal, han tenido determinados éxitos iniciales y se esperan éxitos mayores todavía.

Con la propiedad pública como fuerza dominante, la introducción del sistema de responsabilidad es una de las características del socialismo chino.

—El dogma número tres: Colocar la economía planificada en oposición a la economía mercantil; rechazar la producción mercantil e igualar la economía planificada con los planes obligatorios.

Dentro de este dogma, tratamos de incluir todas las actividades económicas en la órbita planificada de las órdenes administrativas, descuidando la importancia de la palanca económica y del mercado. Esto originó amplias brechas entre las demandas subjetivas de los planes y las condiciones objetivas. Por tal razón la producción estaba orientada a cumplir los objetivos de la planificación en vez de satisfacer las demandas de los consumidores, lo que llevó a reservas excesivamente grandes de algunos productos, a la dilapidación y a la escasez en el despacho de materiales.

Comprendimos ahora que la economía planificada no se establece con base en el trueque sino en la economía mercantil, lo que significa que hay que combinar la economía planificada con la economía de mercado, introducir la economía de mercado planificada y reconocer el funcionamiento de la ley del valor y el mercado, con la existencia de la competición. Al mismo tiempo, hemos reconocido que la economía planificada no es igual a los planes obligatorios, los planes obligatorios son sólo parte de la economía planificada y ello esa parte cuya importancia va descendiendo gradualmente. Todavía existen planes guías dentro de la economía planificada que se aplican utilizando, por lo general, la palanca económica. Esta parte será ampliada. Además, existe una parte que se ajusta entera al mercado. Esto nos posibilita coordinar a través de planes macro-económicos, vitalizar la economía y aumentar la eficiencia de la micro-economía.

Hoy, la existencia de la economía mercantil y de la ley del valor en la sociedad socialista es algo que ha sido aceptado por cierto número de países socialistas. Por tal motivo a la producción mercantil se le pueden agregar junto a los originales dos factores que definen la naturaleza de la sociedad socialista formulada por Lenin: la propiedad pública de los medios de producción y distribución según el trabajo.

—El dogma número cuatro: El sistema socialista de precios significa que los precios son determinados por el Estado, la estabilización de precios significa fijación de precios.

Este punto de vista proviene del dogma número tres. El sistema de precios en China era caótico por el largo descuido del funcionamiento de la ley del valor y el mercado, como también por otras condiciones históricas. Nuestros precios no reflejaban la productividad del trabajo ni las relaciones entre la oferta y la demanda. Los precios fijados a largo plazo hicieron que los precios divergieran del valor, en gran medida sofocando la iniciativa de los productores y perturbando el desarrollo de la producción.

Al considerar la actual situación de China y de otros países socialistas en relación con la reforma del sistema de precios, en China hay que hacer la reforma del sistema de precios; la orientación de la reforma es posibilitar a los precios que reflejen tanto el valor como las relaciones entre la oferta y la demanda. Entre tanto, el sistema administrativo excesivamente centralizado de los precios debe igualmente ser cambiado para estrechar paulatinamente el radio de acción de los precios fijados por el Estado, extender apropiadamente el radio de acción de los precios fluctuantes y libres, y completar gradualmente la reforma de todo el sistema de precios.

Gracias a la nueva comprensión del socialismo, hemos roto con cuatro dogmas en el campo de la economía. Esto, en gran medida, ha estimulado a nuestras reformas económicas y ya se han logrado éxitos iniciales, especialmente desde que se aprobó la decisión de la Tercera Sesión Plenaria del Comité Central luego del XII Congreso del Partido. Las personas de visión amplia en el extranjero creen que sin ninguna interferencia puede aplicarse el plan chino de reforma. Japón y China pueden presentarse como los "corredores más rápidos" en la competencia por la medalla de oro durante los próximos veinte años. Estamos convencidos que la reforma de la estructura económica en China y en otros países socialistas, conforme a sus condiciones específicas, tendrán éxito seguro, que la superioridad del sistema socialista será aprovechada, con toda seguridad, al máximo, con lo cual aumentará, en gran medida, el prestigio del socialismo entre los pueblos del mundo.

III. Adopción de la política para la nueva revolución técnica adecuada a las actuales condiciones de China

La teoría de Marx sobre las relaciones entre las fuerzas de producción y las relaciones de producción, al igual que la base económica y la superestructura, son el principio básico del materialismo histórico. Marx dijo: "las relaciones sociales están ligadas sólidamente a las fuerzas de producción. Adquiriendo nuevas fuerzas productivas, la gente cambia su modo de producción; y cambiando su modo de producción, cambia la forma para ganarse la vida, la gente cambia todas sus relaciones sociales. El molino de mano creó la sociedad con señores feudales; el molino de vapor, la sociedad con el capitalismo industrial".⁸ La práctica histórica ha demostrado que esta teoría es irrefutablemente verdadera.

En la ola de cambios en el mundo actual, el cambio cualitativo de las fuerzas sociales productivas —la nueva revolución científica y tecnológica— es la base de toda la transformación. Sin lugar a dudas, la nueva revolución tecnológica ejercerá ciertamente una profunda y extensiva influencia sobre la sociedad, la economía, la política y la cultura.

El premier chino Zhao Ziyang presidió personalmente un simposio el 9 de octubre de 1983, en el cual asignó las tareas para estudiar las relaciones entre la llamada "nueva revolución industrial" en el occidente y el trabajo en la modernización de China. El presidente del gobierno Zhao destacó que la nueva revolución industrial "puede ser llamada la cuarta revolución industrial, la tercera marea". Luego de haber realizado una alta industrialización en el transcurso de los años cincuentas y sesentas del siglo XX los países occidentales pasan ahora de la sociedad industrial a la sociedad de información o a la sociedad de conocimiento e inteligencia. Se dice que la sociedad de información produce enorme cantidad de conocimientos, y "las fuerzas productivas de conocimientos se han convertido en el factor clave al determinar las fuerzas productivas, el poder competitivo y los alcances económicos". Estos puntos de vista reflejan la tendencia de los cambios económicos y sociales en los países capitalistas después de la in-

⁸ Marx, *The Poverty of Philosophy*, (*Miseria de la filosofía*), Obras completas de Marx y Engels, Capítulo 1, Sección 1, edición China, p. 144.

dustrialización. Los economistas, sociólogos y futuristas en el mundo capitalista propagan estas teorías con propósitos políticos. Las cosas se vuelven más difíciles para los países capitalistas, ya que ellos están acosados por las crisis económicas; ello tratan e intentan de encontrar la receta para animar al pueblo y evadirse de la posición difícil, soñando sobre una "nueva era milagrosa". Hablando fundamentalmente, estos puntos de vista son contrarios a los principios básicos del marxismo. Sin que importen si sus visiones son correctas o no, o que tengan otros propósitos, nosotros, desde otro ángulo, podemos extraer la siguiente información: Al final de siglo, o dentro de los próximos diez años, nuevas técnicas que ya han sido inventadas o que serán inventadas, cuando sean aplicadas en la producción y en la sociedad provocarán un nuevo salto en las fuerzas sociales productivas y los correspondientes nuevos cambios en la vida social. Esta tendencia merece nuestra atención y su cuidadoso estudio; es necesario elaborar con base en nuestras condiciones actuales nuestra estrategia económica y políticas tecnológicas, preparando programas a largo plazo de diez y veinte años, especialmente programas de desarrollo de la ciencia y la tecnología".⁴

Sin que importe cómo lo llamemos, el cambio cualitativo de las fuerzas sociales productivas ha comenzado, y la ciencia y la tecnología en un futuro cercano, o hasta a fines de siglo, harán una gran penetración que también podrá llamarse revolución. Con las deslumbrantes aplicaciones de la microelectrónica, en primer plano, se enriquecerá y suplementará la fuerza física y la capacidad mental de los hombres, hasta se posibilitará que lleguen a un nivel sin precedentes sobre el cual nuestros antecesores no podían ni soñar, ello junto a la aplicación de la informática, telemática, automatización, robotización y con la quinta generación de computadoras electrónicas, lo que representa un producto que abarca todo con circuitos impresos extra grandes, inteligencia artificial, desarrollo de programas y toda una serie de nuevas computadoras, con la utilización de millones de piezas diminutas y miles de millones de discos miniaturas de silicón. Algunas personas en el occidente denominan esto la revolución microelectrónica, mientras que otras lo consideran la "revolución de los chips" (discos de silicón, n. del t.).

⁴ Citado del *World Economic Herald*, 31 de octubre de 1983.

Por supuesto que existen además muchas otras ramas de la ciencia y la tecnología, como son la ingeniería biológica, ingeniería marina, fibras ópticas o nuevos tipos de material y energía. Aunque en este artículo no debatiremos sobre los aspectos técnicos de la ciencia y la tecnología, creemos que la tendencia creciente de la nueva revolución científica y tecnológica en el mundo es un hecho irrefutable. Aquí orientaremos nuestra atención hacia el impacto de ésta en la sociedad y en la economía —es decir, en las relaciones de producción y en la superestructura.

De la misma forma como todo en el mundo tiene un carácter doble, la nueva revolución científica y tecnológica aporta al mundo un desarrollo total de la sociedad y la economía y una vida feliz a la humanidad, pero igualmente provocará problemas sin precedentes o calamidades. Por esta razón, predominan diversas tendencias de reflexión en el occidente. Una es pesimista, como es la posición del Club de Roma. En la reunión de enero de 1973, los miembros del club advirtieron que la política actual conducirá hasta “el límite de crecimiento” y que las contradicciones sociales no pueden solucionarse de ninguna manera, lo que viene a ser una previsión preocupante. (Nota: este punto de vista fue intercambiado en la Conferencia de Tokio de 1982).⁵

La otra tendencia es optimista y la representan en Estados Unidos los que abogan por la “Tercera Marea”. Ellos consideran que la nueva revolución científica y tecnológica solucionará las contradicciones existentes y los problemas en el mundo capitalista, aportando la “nueva era milagrosa”. Estos dos puntos de vista mencionados son incorrectos, puesto que en ellos se menosprecian las relaciones de producción, es decir el sistema social.

Siguen luego las consecuencias de la nueva revolución científica y tecnológica sobre la sociedad, observadas desde el punto de vista de las actuales tendencias de desarrollo y de las tendencias que se pueden prever:

— cambio en la estructura industrial. La tercera industria, que involucra la educación, ciencia, cultura y servicios públicos, reemplazará la primera y segunda industria que abarcan la agricultura, ganadería, minería y manufactura, y se convertirá

⁵ Koji Kobayashi, “Declaración pública en la Conferencia de Tokio del Club de Roma”, en 1982, *World Future*, Tomo 19, núms. 3-4, 1984.

en el mayor sector de la sociedad y de la economía general. “La industria informativa” y la “industria de los conocimientos” asumirán el papel principal en el rápido desarrollo de la tercera industria.

- cambio en la estructura de la fuerza de trabajo. El personal profesional, científico y técnico (llamados trabajadores de cuello blanco) reemplazará a los trabajadores manuales (llamados trabajadores de cuellos azules) y se convertirá en la parte principal de la fuerza de trabajo. Además, los robots (llamados trabajadores de cuello de hierro) y los discos miniaturas de silicón, seguramente, irán reemplazando gradualmente a un número cada vez mayor de trabajadores de cuello azul y blanco que trabajan en las ramas industriales, en los bancos, en las actividades de servicios y comercio y en otros departamentos ejecutivos públicos y privados como previó Adam Schaff, dentro de veinte o treinta años, el desarrollo de la total automatización en el campo de la producción y del trabajo de oficina será el factor principal que dominará en la sociedad humana, y al mismo tiempo aumentará el “tiempo libre” de la gente.⁶ Según Aurelio Pecci, “el promedio de vida en los países desarrollados es, ahora, de alrededor de setenta años, o aproximadamente 600 mil horas, de las cuales se puede suponer que 400 mil han sido absorbidas por los ciclos fisiológicos, desde el crecimiento hasta la madurez, por dormir, descansar, comer y llegar a la edad senil. Las 200 mil horas restantes están disponibles para actividades culturales —incluyendo el trabajo— que es lo que diferencia al hombre de las bestias. Hace algunos años, se pensaba que 40 mil horas serían el tiempo de trabajo medio en nuestra vida”.⁷ Esta estimación se basa en los países desarrollados y quizás no sea precisa, pero muestra que el tiempo libre de los hombres aumentará paralelamente con el desarrollo de la revolución científica y tecnológica;
- cambio en la estructura de los recursos. La información reemplazará a las materias primas, al combustible y a otros materiales naturales, y al igual que el trabajo simple de los hom-

⁶ Adam Schaff, “The Social Consequences of the Microelectronic Revolution”, *World Future*, Tomo 19, núms. 3-4 1984, pp. 179-180.

⁷ Aurelio Pecci, “Introduction”, *World Future*, Tomo 19, núms. 3-4, 1984, pp. 179-180.

bres, se convertirá en la fuente principal de crecimiento de la riqueza social; las fuerzas productivas de conocimientos serán el factor clave para determinar las fuerzas de producción, la competencia y los alcances económicos;

- cambio en el eje social. El conocimiento teórico, que es de importancia decisiva para elaborar las políticas y orientar las reformas, reemplazará la experiencia convencional en campos específicos y será dominante, y la sociedad se organizará conforme a las teorías científicas para administrar la sociedad y orientar las innovaciones técnicas; el trabajo en las ciencias de organización se convertirá en el asunto primario, y la capacidad científica de una nación será el factor decisivo de sus potencialidades y fuerzas.

Estos cambios provocarán diferentes efectos y resultados en distintas sociedades.

Primero echemos una mirada a los efectos y resultados para la sociedad capitalista. Sobre lo cual más frecuentemente discuten los científicos occidentales con respecto a la microelectrónica es la cuestión del desempleo, lo que también es llamado la "invasión de los chips". Los optimistas consideran que el desarrollo de la electrónica creará nuevas ocupaciones que compensarán a las que donde los robots y los discos miniaturas de silicón han desplazado a los hombres. Sin embargo, los pesimistas consideran que una gran parte del desempleo estructural se convertirá en realidad después del éxito de la automatización y robotización. Consideramos que será inevitable que los robots y los discos miniaturas de silicón desplacen a una gran número de trabajadores con cuellos blancos y azules que se quedarán sin trabajo debido a la nueva revolución científica y tecnológica. Por supuesto, la nueva revolución científica y tecnológica creará, igualmente, nuevas ocupaciones y posibilidades de empleo, pero ello no será un proceso sincronizado ni tendrá la misma graduación. Por eso, la nueva revolución científica y tecnológica en la sociedad capitalista conducirá al aumento del número de desempleados. Una gran parte del desempleo estructural en ningún caso será posible evitarla, y a causa de ello los que más sufrirán serán los jóvenes, tanto en los países desarrollados como en los países en desarrollo, como también las minorías.

Los cambios en la estructura industrial y en otras crearán algunas ramas industriales con conocimientos intensivos, como son

la biotecnología y la industria de la información, y paulatinamente reemplazarán la obsoleta “industria de las chimeneas” igualmente llamada “industria de la puesta del Sol”, que seguirá ahondando la tendencia hacia el desempleo. El constante gran contingente de desempleados es la mayor causa radical de la tensión y el caos en los países capitalistas. Desde el punto de vista de las consecuencias sociales, un problema social importante en los países capitalistas es cómo evitar el peligro de una sociedad patológica, considerando el creciente contingente de desempleados y el aumento del tiempo libre. En el presente, en los países capitalistas existe la llamada “crisis moral”, incluyendo la narcomanía, alcoholismo, promiscuidad sexual, bancarrota espiritual y otros signos de decadencia moral.

La nueva revolución científica y tecnológica seguirá empeorando el desarrollo desigual de la ciencia y la tecnología en los principales países capitalistas. En los últimos años, Estados Unidos, Japón, los países euro-occidentales y otros países capitalistas han considerado al desarrollo de la nueva ciencia y tecnología como la llave para derrotar a los rivales. Su aguda competencia provocará mayores desórdenes todavía en el mercado mundial, en el sistema monetario y financiero y en la economía capitalista mundial agudizando las contradicciones y la lucha entre los países capitalistas. La nueva revolución científica y tecnológica ampliará, al mismo tiempo, las brechas entre muchos países en desarrollo (especialmente aquéllos con un nivel de producción y tecnológico mucho más bajo) y los países desarrollados, profundizando de tal manera las contradicciones entre ellos.

Hay que reconocer, sin embargo, que la nueva revolución científica y tecnológica puede estimular en determinado periodo de tiempo la producción de los países capitalistas, posibilitarles que se liberen temporalmente de sus dificultades económicas hasta hacer que su economía nuevamente prospere durante cierto tiempo. Sin embargo, en el análisis final, no puede eliminar la contradicción básica entre la socialización de la producción capitalista y la propiedad privada de los medios de producción. Por el contrario, agudizará la contradicción sobre una nueva base, con lo cual madurarán las condiciones para la revolución social.

Al hablar sobre la Conferencia de Tokio de la “Aproximación del siglo XXI —Problemas globales y elección humana”, organizada por el Club de Roma en octubre de 1982, Adam Schaff dijo que la nueva revolución científica y técnica requiere “la necesidad

de cambiar fundamentalmente la distribución de la riqueza social, y esto entiende cambios fundamentales en la estructura social... la sociedad desea efectuar la distribución del ingreso nacional de una manera nueva, y esto inevitablemente significa mayores cambios en el dominio de la propiedad privada".⁸

La nueva revolución científica y tecnológica no puede solucionar de ninguna manera las contradicciones inherentes al sistema capitalista y no aportará ningún milagro al capitalismo. A la inversa, demandará enérgicamente que el capitalismo sea reemplazado por el socialismo. El marxismo siempre consideró que la ciencia y la tecnología no son sólo poderosas fuerzas productivas, sino que también una gran fuerza revolucionaria que estimula a la sociedad hacia adelante. Por supuesto, la nueva revolución científica tecnológica que se está desarrollando producirá los mismos resultados.

El premier Zhao Ziyang expuso cómo China trata la nueva revolución científica y tecnológica en su discurso mencionado anteriormente, cuando dijo que la nueva revolución industrial representa para China y su avance en dirección a las cuatro modernizaciones "tanto una oportunidad como un desafío". Existen dos posibilidades: una que aprovechemos a tiempo esta posibilidad y aprovechemos al máximo los más recientes alcances de la ciencia y la tecnología para desarrollar nuestra propia economía y disminuir la brecha económica y tecnológica entre China y los desarrollados. La otra posibilidad es que si dejamos de aprovecharla de manera correspondiente o simplemente no le concedemos atención, la brecha entre China y los países desarrollados, o sea las partes avanzadas del mundo, se ampliará y nos retrasaremos más todavía. Debemos tender hacia la primera posibilidad y evitar la segunda. Debemos basar nuestra construcción económica y la ciencia y la tecnología sobre la era actual y tender a realizar un buen trabajo en todos los aspectos, y al mismo tiempo es necesario que nos elevemos alto y veamos en qué medida comprender la nueva tendencia de desarrollo en la economía mundial y en la ciencia y tecnología; igualmente debemos ponderar qué es lo que de ello podemos aprovechar y en qué centrarle la atención, para realizar el mejor trabajo en nuestra campaña por la modernización socialista".⁹

⁸ Adam Schaff, *op. cit.*, p. 289.

⁹ Citado del *World Economic Herald*, 31 de octubre de 1983.

Nuestras medidas concretas en el presente son la edificación del socialismo con características chinas, integrando los principios fundamentales del marxismo con las condiciones específicas de China; la ulterior implementación de la política de reactivar la economía nacional y la apertura hacia el mundo exterior; acelerar la reforma de toda la estructura económica orientada a las áreas urbanas, y realizar un mejor trabajo en la creación de una nueva situación en nuestra campaña de modernización socialista.

A pesar de ser nosotros un país en desarrollo que está retrasado en el desarrollo en varios decenios con respecto a los países avanzados, hemos establecido finalmente un sistema económico industrial y nacional independiente y relativamente completo y, aún más, muchas de nuestras tecnologías ya han madurado en las condiciones actuales. Creemos que el desarrollo y papel de la ciencia y tecnología no conocen fronteras, de tal modo que el desarrollo de la revolución científica y tecnológica ayudará definitivamente a la promoción del programa chino de modernización; pero, de todos modos, debemos partir de nuestras condiciones específicas. Por eso, es posible que alcancemos a los países avanzados en algunos dominios y entremos directamente en una nueva era que se caracterice por la aplicación de las computadoras, la ingeniería biológica, la técnica láser, las fibras ópticas, etcétera, saltando ciertas fases convencionales del desarrollo industrial y adoptando nuevos alcances científicos y tecnológicos provenientes de países extranjeros. Sin embargo, como China es un país grande, las diferentes áreas y departamentos registrarán un progreso desigual, así no será posible que todos introduzcan y dominen la sofisticada tecnología mundial. Tampoco es posible transformar a toda la estructura industrial china en un sector de conocimientos intensivos. Ya tenemos muchas industrias tradicionales, industrias básicas y un número relativo de industrias capital-intensivas, de modo que ahora debemos desarrollar tecnologías intermedias e ir hacia la ulterior industrialización. Entretanto, algunas áreas (por ejemplo, regiones en la costa) y ciertas ramas industriales (por ejemplo, la industria electrónica) deben de la misma manera importar tecnología moderna y compleja de otros países y crear nuevas ramas industriales con conocimientos y tecnologías intensivas e incrementar gradualmente su participación. Por tal razón, no sólo debemos introducir inversiones extranjeras y ciencia y tecnología avanzada, sino que también debemos formar zonas económicas especiales que sirvan como la ventana de China, la ventana de

sus conocimientos, tecnología y gestión, y también como la ventana de su política exterior. Catorce ciudades de la costa designadas en 1984 para que sigan abriéndose a las inversiones extranjeras pueden aplicar ciertas políticas designadas para las zonas económicas especiales.

Le concedemos gran importancia al desarrollo de los conocimientos intelectuales, al respeto de las personas con conocimientos y capaces, como también a la lucha contra todas las ideas y acciones que disminuyen la importancia de la ciencia y la tecnología, tendemos al desarrollo de los recursos intelectuales y de los intelectuales, firmemente aplicamos la política de apoyo a los intelectuales, organizamos un mayor número de universidades y escuelas superiores, desarrollamos la educación para los trabajadores y empleados, como también la educación para los adultos, con el fin de elevar el nivel educacional de todo el pueblo. Nuestra educación debe estar orientada hacia el programa de modernización, el mundo y el futuro. Debemos de la misma manera aprovechar a las personas de talento del extranjero y llamarlas para que nos ayuden en la construcción de proyectos clave y en varios aspectos de nuestro trabajo, como también que nos ayuden en la administración de escuelas y en los procedimientos de nuestra renovación técnica. Debemos aprovechar al máximo sus servicios.

Llevando a cabo nuestra política abierta, debemos ser sobrios y enfrentarnos firmemente a la corrosión decadente de la ideología del capitalismo, y en ningún caso permitiremos que nuestra sociedad socialista sea reducida a una sociedad patológica. Trabajando sólida y tenazmente en la edificación de la civilización material debemos invertir esfuerzos para promover la civilización socialista espiritual. Lo más fundamental en este aspecto es que amplias masas de la población estén imbuidas por el ideal y la moral comunistas y sean educadas para que se vuelvan cultas y disciplinadas.

Al entrar en la construcción económica y al introducir inversiones extranjeras y tecnología avanzada, debemos cuidarnos de la polución y conservar el equilibrio ecológico. Debemos hacer esfuerzos para imposibilitar la exportación de contaminación desde los países desarrollados que va junto con su exportación de capitales. No permitiremos en absoluto que ocurra un desastre similar al de Bhopal en la India el 3 de diciembre de 1984, cuando el gas se escurrió de la planta norteamericana de pesticidas Union

Carbide, matando y lesionando a un gran número de los habitantes de esa localidad.

Igualmente debemos tener bajo control el crecimiento de la población e impedir los daños de la excesiva urbanización. Solamente de manera estricta debemos aplicar el programa de planificación de la familia, empeñándonos por "un hijo por familia", promoviendo matrimonios tardíos, la maternidad tardía y poco numerosa, para que la población de China hasta el año dos mil se quede en una cifra inferior a los 1.200 millones de habitantes. Igualmente debemos impedir la excesiva urbanización a través del desarrollo de empresas industriales y comerciales en áreas rurales, es decir alentar a los campesinos para que se queden en las regiones rurales dedicándose a la industria y otras actividades.

Es obvio que la nueva revolución científica y tecnológica que se está desarrollando ayudará a China para que pronto alcance los objetivos planteados hasta fines de siglo. Esto conducirá también al fomento de la edificación de nuestra civilización material y a la creación de una nueva forma de vida que será más civilizada, sana y científica, y corresponderá al desarrollo de las fuerzas productivas modernas y al progreso social, como también al desarrollo de nuestra civilización espiritual. Todo esto conjuntamente facilitará lo antes posible el cumplimiento de la tarea general establecida por el XII Congreso Nacional del Partido, y ello la "reunificación de todas las nacionalidades del país, lograr, paso a paso, a través de la autosuficiencia y una difícil lucha, la modernización de la industria, agricultura, defensa nacional y la ciencia y la tecnología, y edificar a China como país socialista con un alto grado de democracia y cultura". Entretanto, esto ayudará a estimular el desarrollo económico y social de todos los países socialistas.

IV. Respetar los cinco principios de la coexistencia pacífica y solucionar los litigios internacionales mediante negociaciones

La causa por el socialismo siempre ha estado unida a la cuestión de la guerra y la paz. Si se puede decir que la revolución socialista fue ganada en medio del incendio prendido por las clases imperialistas y reaccionarias, entonces la construcción socialista puede desenvolverse apaciblemente sólo en un medio pacífico. Por

eso, los hombres de trabajo, cuando una vez dominan su propio destino, no escatimarán esfuerzos para salvaguardar la paz en el mundo.

Como país socialista, China siempre ha considerado que salvaguardar la paz en el mundo es el objetivo principal de su política exterior, aplicando una política exterior independiente, lo que significa no alineación en el verdadero sentido. Con este fin nosotros trabajamos consecuentemente por el relajamiento de la tensa situación internacional, el cese de la carrera armamentista, nos empeñamos por la reducción del armamento y la total prohibición y destrucción del armamento nuclear y por impedir una nueva guerra mundial. Para nosotros, edificar a China como país socialista moderno y conservar la paz en el mundo son dos cosas inseparables. La paz constituye la condición externa necesaria para aplicar nuestro programa de modernización socialista, mientras que este programa de modernización es la condición interna para defender la paz en el mundo. El Premier Zhao Ziyang expuso la proposición china en la Segunda Sesión del Sexto Congreso Nacional Popular convocado en mayo de 1984. El dijo: "China desea la paz, no la guerra. En los esfuerzos por modernizar nuestro país, nosotros los chinos necesitamos naturalmente un medio pacífico durable y estable. Deseamos la paz no sólo hoy, sino también en el futuro, cuando sea lograda nuestra modernización socialista. Definitivamente no quisiéramos ver que lo que hemos edificado con un trabajo arduo fuera devastado por la guerra. Del mismo modo no quisiéramos que nuestro pueblo sufra tremendas pérdidas de vida ni que la prosperidad o la humanidad sufran el holocausto de otra guerra mundial".¹⁰ En su discurso con motivo de la celebración del 35º aniversario de la fundación de la República Popular China, el camarada Deng Xiaoping también destacó enfáticamente: "La política exterior china es conocida por todos y se mantendrá invariable. Firmemente estamos por mantener la paz en el mundo, por el relajamiento de la tensión internacional y por la reducción de los armamentos, primordialmente por todo el armamento nuclear y otras armas de las super potencias, y nos oponemos a toda agresión y hegemonismo. China se mantendrá abierta hacia el mundo exterior y dispuesta a esta-

¹⁰ Citado de los Documentos de la Segunda Sesión del Sexto Congreso Nacional Popular (Documents of the Second Session of the Sixth National People's Congress), ed. en ingl. p. 32.

blecer y desarrollar relaciones diplomáticas y vínculos económicos y culturales con todos los países con base en los cinco principios de la coexistencia pacífica. Nos empeñamos por la solución de los litigios internacionales mediante negociaciones, justamente como solucionamos la cuestión de Hong Kong a través de negociaciones con el Reino Unido".¹¹

Para salvaguardar la paz en el mundo es un imperativo enfrentarse al hegemonismo. Oponerse al hegemonismo y conservar la paz mundial están interrelacionados y son inseparables, ya que el hegemonismo es eso que representa la mayor amenaza para la paz en el mundo. Hay que reconocer que la actual amenaza para la paz en el mundo es seria. Las superpotencias han entrado en una rivalidad global cada vez más intensiva y continúa creciendo la escala de su carrera armamentista nuclear. Su confrontación militar en Europa se agudiza y sus actividades militares expansionistas continúan sin disminuir de intensidad en Asia y el Pacífico. Los focos de conflictos en las diferentes partes del mundo no se han enfriado en lo más mínimo. Por el contrario, algunos de los conflictos seguramente se extenderán. El peligro de una nueva guerra mundial debe ser eliminado, pero esto no significa que los pueblos del mundo no sean capaces de hacer algo. El peligro de una nueva guerra mundial sigue existiendo, pero las fuerzas de salvaguardia de la paz se fortalecen cada vez más. Estamos convencidos de que una nueva guerra mundial puede impedirse y que puede conservarse la paz en el mundo, hasta tanto los pueblos del mundo fortalezcan su unidad en la lucha o infatigablemente se enfrenten a la política de guerra y agresión de las superpotencias. Durante los últimos años, los pueblos de Japón, Europa Occidental y de Estados Unidos han promovido gigantescos movimientos de paz y su actividad ya se siente. Nosotros los comprendemos y los aceptamos con simpatía. Una razón importante por la cual el pueblo chino confía en el futuro del mundo y en el cumplimiento de la tarea general planteada por el Partido Comunista Chino consiste en que está convencido de que la paz en el mundo puede salvaguardarse y que la humanidad puede impedir una nueva guerra mundial. Hasta que podamos asegurar un medio internacional pacífico y estable seremos capaces de concentrar nuestros esfuerzos en nuestro programa de modernización socialis-

¹¹ Den Xiaoping, "Obras Escogidas", Edificación del socialismo con características chinas, edición china, p. 43.

ta y ciertamente lograremos la victoria por la causa del socialismo, con lo cual entregaremos nuestro aporte al futuro del socialismo en el mundo entero.

Para conservar la paz en el mundo y promover la causa progresista de la humanidad, debemos desarrollar las relaciones con otros países con base en los cinco principios de la coexistencia pacífica, y urgir de todos los países del mundo que acepten estos cinco principios para que lleguen a ser la norma común en la solución de las relaciones internacionales. Entretanto, consideramos como nuestra obligación internacional salvaguardar los derechos e intereses de los países del Tercer Mundo, apoyamos firmemente su lucha por conservar la independencia nacional y el desarrollo de la economía nacional, y estimulamos la cooperación con ellos, fomentando la unidad entre ellos.

Los cinco principios: "respeto mutuo de la soberanía e integridad territorial, no agresión mutua, no intromisión en los asuntos internos, igualdad de derechos y beneficios mutuos y coexistencia pacífica", escritos hace años en la Constitución de China, constituyen los principios básicos por los cuales nos guiamos en nuestras relaciones con otros países. Todos los países, grandes o pequeños, poderosos o débiles, ricos o pobres, deben estar en pie de igualdad, respetarse unos a los otros, vivir en armonía y tener una cooperación amistosa. Los asuntos de cada país deben ser manejados por el pueblo de dicho país y no debe permitirse la interferencia de ningún otro país. Este es nuestro punto de partida básico en el apoyo a los cinco principios de coexistencia pacífica. Estos cinco principios promovidos por China, India y Birmania, tienen ya alrededor de treinta y un años. Soportando todas las pruebas del tiempo, estos principios demuestran cada vez mayor vitalidad. Ellos no sólo son aplicables en las relaciones entre países con diferentes sistemas sociales, sino que también son aplicables en las relaciones entre países con iguales sistemas sociales, incluyendo a los países socialistas. Los hechos han demostrado y seguirán demostrando que países con diferentes sistemas sociales pueden vivir en armonía y tener cooperación amistosa con la condición de que respeten sinceramente los cinco principios de coexistencia pacífica; y los países con el mismo sistema social pueden llegar a serias confrontaciones y hasta a conflictos armados si no siguen estos principios. Por tal motivo, la clave para buenas o malas relaciones entre los distintos países yace en la medida en que observen estrictamente estos cinco principios. Durante las úl-

timas décadas, China respeta consecuentemente estos cinco principios, lo que ha conducido al desarrollo continuo de sus relaciones con otros países. Si todos los países del mundo respetaran estos cinco principios en sus interrelaciones, la situación internacional podría estabilizarse y los objetivos de la Carta de las Naciones Unidas se concretarían, manteniéndose también la paz en el mundo. Es alentador ver que crece el número de países en el mundo que en sus relaciones internacionales se guía por estos cinco principios, mientras que la política del empleo de la fuerza y del hegemonismo sufre derrotas.

La práctica ha demostrado que los cinco principios de coexistencia pacífica son la mejor forma para solucionar las relaciones entre los países y que cualquier otro método llevaría a la aparición de nuevas contradicciones y al empeoramiento de la situación internacional. Entretanto, la experiencia de las relaciones internacionales impone la ponderación de si los principios de coexistencia pacífica pueden aplicarse en las relaciones internas de un país. Los hechos han testificado que éstos son también un buen método en este aspecto. Conforme con las condiciones específicas de nuestro país, en los últimos años hemos destacado la concepción “un país, dos sistemas”, para solucionar la cuestión inherente a la reunificación de China. Y esto representa igualmente cierta coexistencia pacífica. Solucionando la cuestión de Hong Kong, permitimos al sistema capitalista que continúe en Hong Kong y que no cambie en los próximos cincuenta años. Este principio será aplicado en la solución de la cuestión de Taiwán. El principio de la coexistencia pacífica se puede utilizar hasta para eliminar los “focos” y puntos “explosivos” en el mundo. La cuestión de Taiwán constituye un gran obstáculo en las relaciones entre China y Estados Unidos y puede transformarse en una cuestión “explosiva” en nuestras relaciones. Si se adopta el concepto de “un país, dos sistemas”, no sólo se puede lograr la reunificación de China, sino que tampoco los intereses de Estados Unidos se verían lesionados. Cuando el asunto de Formosa se solucione con base en el principio de la coexistencia pacífica, ese “foco” naturalmente será eliminado. Por esta razón, el principio de la coexistencia pacífica debe llegar a ser la norma común para solucionar las relaciones internacionales y puede usarse igualmente para solucionar ciertas disputas internas de algunos países. La humanidad desea la paz, el mundo desea la estabilidad, y el respeto del principio de coexistencia pacífica traerá felicidad al mundo.

Para respetar los cinco principios de coexistencia pacífica es un imperativo solucionar los litigios internacionales mediante negociaciones. El empleo de la fuerza armada destruirá la posibilidad común de la coexistencia pacífica. Justamente como lo destacó el camarada Deng Xiaoping, existen muchos litigios internacionales en el mundo y debemos encontrar el camino para salir del atolladero. ¿Qué método debemos usar? El método de las negociaciones pacíficas, sin recurrir a la fuerza de las armas. La historia de las relaciones internacionales contiene un sinnúmero de pruebas de que las disputas internacionales solucionadas mediante la guerra no pueden solucionarse fundamentalmente. Ellas parecen hoy solucionadas, pero mañana surgirán nuevos problemas. Por lo tanto, los países involucrados en eso estarán constantemente en estado de guerra y crearán dificultades a otros países vecinos. Por tal motivo siempre nos empeñamos por solucionar los litigios internacionales mediante negociaciones. Durante los últimos decenios con la aplicación de este método solucionamos muchas cuestiones internacionales que habían quedado de la historia, incluyendo la cuestión de las fronteras con los países vecinos. La cuestión de Hong Kong también es algo que quedó de la historia. En lo que respecta a su naturaleza, no puede decirse que carece de seriedad e importancia. Considerando el total de los intereses mutuos, China y Gran Bretaña solucionaron la cuestión de Hong Kong de manera satisfactoria a través de repetidas negociaciones. Esto representa un significativo éxito no sólo para China y Gran Bretaña, sino que también para todo el mundo. Pero sentimos mucho tener que decir que hoy todavía existen ciertas personas en el mundo que creen ciegamente en la fuerza de las armas y recurren a la guerra para solucionar los litigios internacionales. Estamos convencidos de que con la historia tan larga de la civilización de la humanidad, la forma civilizada de solucionar las disputas internacionales mediante negociaciones será ciertamente aceptada por un número cada vez más grande de países, sobre todo por que, también lo podemos decir, es la tendencia inevitable de la historia.

Con toda confianza miramos el radiante futuro del mundo. La paz, el progreso y el socialismo serán la meta común de la humanidad. Tenderemos a alcanzar esta meta, primero en suelo de la República Popular China, y estamos convencidos de que nuestros esfuerzos definitivamente darán resultados fructíferos.

Conclusión

En nuestra lucha por el socialismo se ha creado una nueva situación gracias al hecho de que nuevamente hemos establecido la línea ideológica marxista en la búsqueda de la verdad, con base en que hemos aplicado el marxismo de modo creativo; a que hemos adquirido mejor entendimiento de lo que es el socialismo, a que hemos roto con el modelo rígido del socialismo, hemos aplicado reformas estructurales omnímodas y hemos establecido el concepto de edificación del socialismo con las características chinas; a que hemos introducido de manera apropiada la política de la nueva revolución científica y tecnológica que se está desarrollando, y a que luchamos resueltamente por conservar la paz en el mundo y fomentar el progreso de la humanidad. Desde la Tercera Sesión Plenaria del Comité Central después del XI Congreso del Partido, celebrada en diciembre del año 1978, hemos logrado un progreso relativamente bueno y hemos registrado considerables éxitos en el desarrollo de la producción, en la planificación del crecimiento de la población, en el campo de la ciencia y la educación y en el plano diplomático. Nuestros objetivos planteados para fines de siglo: cuadruplicar la producción industrial y agrícola para llegar a la producción nacional de un valor anual de un billón de dólares y un ingreso nacional promedio de 800 dólares, con seguridad serán alcanzados, sobre todo debido a que la velocidad del desarrollo en estos últimos años ha sido superior a la esperada. El programa para detener la población en la cifra inferior a los 1 200 millones de habitantes hasta fines de siglo también puede ser logrado. En términos más concretos, el nivel de vida de la población alcanzará un nivel relativamente bueno y China se convertirá en un país relativamente poderoso.

En la reunión celebrada en Tokio del 26 al 28 de octubre de 1982, el presidente del Club de Roma, Aurelio Pecci dijo: "El área del Este Asiático y del Pacífico gana un lugar central en el escenario mundial, principalmente porque China y Japón cobran cada vez mayor influencia sobre todo el sistema humano".¹² En lo que respecta al Japón, él se refirió al desarrollo de la ciencia y la tecnología; y con respecto a China expuso el punto de vista de que "no es exagerado suponer que si China logra alcanzar todos

¹² Aurelio Pecci, "Introduction", *World Future*, Tomo 19, núms. 3-4, 1984, p. 175.

o la mayoría de sus objetivos, su peso e influencia aumentará grandemente y un número relativo de países del Tercer Mundo que en vano trataron de seguir el camino norteamericano o europeo —con lo cual solamente se desviaron en un curso erróneo— serán atraídos por ese modelo chino”.¹³

Lo que Aurelio Pecci dijo como futurista tiene su peso y considero que antes del término del siglo XX, China alcanzará totalmente sus objetivos y que a comienzos del siglo XXI algunos países del Tercer Mundo edificarán el socialismo con sus propios colores; los países occidentales experimentarán un corto periodo de prosperidad bajo el impacto de la nueva revolución científica y tecnológica que emerge, pero sus contradicciones capitalistas básicas seguirán agudizándose sobre nuevas bases, con lo cual se ahondan la crisis en varios campos. Para superar las deficiencias del capitalismo y el fenómeno de la alienación, los pueblos progresistas del mundo expandarán y desarrollarán su movimiento por la paz, la campaña por el equilibrio ecológico, el movimiento antinuclear, el movimiento feminista, y hasta el movimiento para cambiar el actual sistema social. Los países socialistas aplicarán el marxismo de manera creativa y edificarán el socialismo con sus propias características, y la nueva revolución científica y técnica en desarrollo estimulará en gran medida la prosperidad de los países socialistas.

El socialismo y el comunismo serán nuestro futuro, definitivamente no será la barbarie.

¹³ *Ibid.*, p. 176.

EL SOCIALISMO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI

Ernst Mandel

1. ¿Qué es el socialismo?

El socialismo, en la tradición de Marx y de Engels designa una sociedad de productores asociados —la primera fase inferior de la sociedad comunista— que se caracteriza por la propiedad colectiva sobre los medios de producción, la naturaleza directamente social del trabajo, la producción planificada para la satisfacción de las necesidades (producción de simples valores de uso y no de mercancías). Se trata de una sociedad sin clases y sin Estado, es decir, sin aparatos u órganos separados de la masa de ciudadanos para administrar, gestionar y co-decidir.

Esa sociedad puede ser solamente una sociedad fundada en la autogestión de los productores y ciudadanos (por lo consiguiente también de los consumidores), que domine su destino, que se haya emancipado de la tiranía de “las leyes del mercado” (de la ley del valor) y de las autoridades despóticas y del Estado. Decide libremente y conscientemente en materia de las prioridades de ocupación y de sus recursos materiales y de su tiempo disponible para el trabajo social, sobre la base de una elección entre las propuestas alternativas estructuradas y coherentes. Es por esta razón que declara el pluralismo político —es decir la ausencia de un partido único, de un aparato de “teleguía” único— en el sentido profundo del término, que es precisamente el de las alternativas nacionales (e internacionales) coherentes de prioridades. Esto no excluye de ninguna manera los numerosos mecanismos de descentralización (regional, local, de la vecindad, de rama de actividad económica o social, etcé-

tera), donde pueden llevarse a cabo elecciones por parte de los organismos de democracia en la base.

La construcción de una tal sociedad socialista puede comenzar sobre el plano nacional, teniendo en cuenta el desarrollo desigual de las correlaciones de fuerzas socio-políticas a escala internacional. Pero no puede realizarse plenamente sólo sobre el plano mundial, es decir, comprendiendo los principales países del mundo.

El socialismo definido de esa manera no es ni el paraíso terrestre ni la realización de los sueños de miles de años, ni el establecimiento de una armonía perfecta entre el individuo y la sociedad o entre la sociedad y la naturaleza. No es ni "el final de la historia" ni de las contradicciones que marcan la existencia humana. El objetivo que siguen los partidarios del socialismo es más modesto: resolver seis o siete contradicciones que han sido, a lo largo de los siglos pasados presentes, la fuente de los principales sufrimientos humanos en masa: la explotación y la opresión del hombre por el hombre; la guerra y la violencia en masa entre seres humanos; ante todo erradicar de una vez por todas la hambruna, la desigualdad y la no satisfacción de las necesidades fundamentales de partes de la sociedad; la discriminación institucionalizada y sistemática de las mujeres, razas o grupos étnicos considerados como "inferiores", de minorías nacionales o religiosas, etcétera, las crisis económicas, las crisis ecológicas.

Con la eliminación de esas contradicciones no desaparece el drama humano. Hasta podría argüirse que apenas está comenzando. El drama que la humanidad ha vivido y vive hasta la fecha es, en efecto, un drama inhumano, pre-humano. Sea como sea, merece ser considerado en toda su amplitud, puesto que no es más que una de las ramas de la alternativa que afronta la humanidad.

Nosotros los socialistas, estamos convencidos de que la solución de las seis o siete contradicciones mencionadas previamente constituiría un salto enorme hacia el progreso y la emancipación del género humano y asimismo de los individuos que lo constituyen, un progreso del mismo tipo que la abolición del canibalismo y de la esclavitud. Estamos convencidos de que ese progreso no es posible sin la debilitación de la propiedad privada, de la mercancía y del dinero, que suponen la desaparición de las clases sociales y del Estado. Pero estamos igualmente convencidos de

que sin esa desaparición, es decir, sin la aparición de una federación socialista mundial, no se mantendrá el *statu quo* actual. Es la amenaza de la destrucción de la civilización humana, es decir, la desaparición del género humano lo que va a resultar de las competencias cada vez más desenfrenadas, de los conflictos cada vez más violentos que van a surgir.

2. El socialismo es necesario

El socialismo, en el sentido en el que acabamos de definirlo, es necesario, pues de lo contrario la humanidad estaría encaminada hacia una catástrofe. El escepticismo frente a la necesidad del socialismo encubre un desprecio de las tendencias autodestructivas del género humano que acumula hoy en día una sociedad burguesa en crisis manifiesta. Este subestimar se limita con la irresponsabilidad.

Los campos en los que se manifiestan más esas tendencias a la autodestrucción son el de la carrera de armamentos de destrucción en masa (armas nucleares, biológicas y químicas) y las amenazas que se ciernen sobre el equilibrio ecológico. Resulta inútil citar aquí innumerables fuentes científicas que demuestran los riesgos de que desaparezca la vida humana de la tierra y que impliquen las tendencias actualmente en curso a escala mundial. A propósito de ello, el dilema ya no es socialismo o barbarie, el dilema es socialismo o muerte.

Menos amenazantes apenas son los riesgos de la pauperización y de hambruna en las zonas pobres del Tercer Mundo y los riesgos de conversión en masa de una fracción considerable de la población de las metrópolis imperialistas en estratos marginalizados o semi marginalizados. Si se acepta como realista la hipótesis de 40 millones de desocupados, abiertos en los países imperialistas en los años 1985-1987, esto nos da, con los hogares de esos desocupados, con los desocupados parciales, con las mujeres "expulsadas del mercado de trabajo", y los jóvenes que nunca tuvieron acceso al mismo¹ unos 100 millones de habitantes y de habitan-

¹ Francis Blanchard, director general de la OIT, resume de esta manera la situación: "*Tens of millions of young schooleavers find themselves ill-equipped, without appropriate vocational training, to secure entry into the world of work*" (*International Herald Tribune*), 6 de febrero de 1985.

tes de los países llamados “ricos” fustigados por la miseria material, intelectual y moral. Y esa es tan sólo la primera fase de la crisis que está lejos de haber alcanzado su punto culminante. El proyecto burgués de instaurar una “sociedad dual” no puede llegar a otra cosa salvo a un número dos veces superior a éste, si no aún más.

No hay que aceptar la ilusión según la cual todas esas tendencias serían solamente embrionarias, que podrían detenerse sus efectos nefastos en un nivel de tolerancia para la subsistencia de la civilización material y de la cultura humana, sin modificar fundamentalmente la estructura de la sociedad. Lo cierto es precisamente lo contrario. Los efectos destructivos de las tendencias descritas anteriormente son ya cada vez más acumulativos: piénsese, por ejemplo, en las incidencias de los costos de la crisis económica sobre la crisis económica actualmente en curso. Lo van a ser aún más mañana.

La ilusión conforme a la cual las cosas podrían seguir así durante un periodo bastante largo sin daños que fueran demasiado catstróficos se base en la hipótesis de una adaptabilidad pretendida infinita del sistema capitalista, de una flexibilidad pretendida notable de la economía de mercado, de una omnipotencia de los pretendidos “mecanismos de autorregulación” que se confirmaran a lo largo del siglo xx. La fomenta ciertamente el hecho de que las crisis, las guerras, las catástrofes de todo tipo no sustituyen la rutina corriente de *business as usual*, mas la interrumpen solamente de modo periódico. Hay que ser ciego, es decir, hay que ser culpable de una lectura absolutamente parcial de la historia de este siglo, para no darse cuenta de que la amplitud y gravedad de estas rupturas periódicas de equilibrio se extienden de decenio en decenio.

La Primera Guerra Mundial ha costado 10 millones de muertos. La Segunda ha costado 80 millones. ¿Cuántos costaría una tercera? . . . Entre la primera y la segunda guerra mundial, hubo una veintena de “guerras locales”. Desde la Segunda Guerra Mundial hemos vivido unas cincuenta; este número sigue incrementando de años en año, de semestre en semestre.

Entre las dos guerras, hubo unos 30 millones de muertos de hambre en Asia y en África. Para el periodo que comienza en 1940, fácilmente puede multiplicarse ese número por diez, si no más. Como lo demuestra la tragedia de Etiopía, las verdaderas

catástrofes apenas están comenzando en ese campo. En el intervalo de las dos guerras, la tortura se extendía gradualmente a veinte países; hoy en día es endémica si no institucionalizada en cuando menos 60 o 70 países, si no más. El único punto "rosa": no hubo nuevo Auschwitz y nueva Hiroshima desde 1945. Pero, ¿quién se atrevería a garantizar que esta constatación se confirmará en los veinte años venideros?

En la primera mitad de este siglo, la desertificación y la contaminación mortal de las aguas y de la atmósfera eran solamente marginales, habiendo sido localizadas solamente en algunas zonas del planeta. En la actualidad, aprendemos bruscamente que además de la catástrofe de Sahel y de la Amazonia, estamos asistiendo a la muerte de un golpe de al mitad de los bosques en Alemania.

Tan irresponsable como el sub-estimar los peligros que se acumulan nos parece, sin embargo, la conclusión de que ya es demasiado tarde, que la catástrofe ya ha llegado, o bien —lo que viene a ser lo mismo— que la carrera hacia la catástrofe es ya irreversible. Esta tesis pesimista es solamente una racionalización del miedo y de la decepción, de la angustia y del desaliento demobilizador. No se basa en ninguna prueba científica. Se parece mucho a una abdicación deliberada de la razón.

Aún desde un punto de vista existencial y afectivo esta reacción es insensata. Cuando la casa está en llamas y hay en ella seres queridos en peligro de muerte, ningún hombre y ninguna mujer dignos de ese nombre se dicen: "no hagamos ningún esfuerzo por salvarlos". Cuando la casa está en llamas los que se contentan con filosofar sobre la cuestión de saber si vale la pena apagar el incendio pues mañana podría haber otro más grave aún, no tienen muchas oportunidades de sobrevivir.

Porque el instinto de conservación, el apego a la vida caracterizan todas las especies. Son también características fundamentales de la especie humana. Es por eso que el esfuerzo con miras a detener las catástrofes, para apagar el fuego mientras haya tiempo, en definitiva tendrá la prioridad. Esa es la razón por la cual se proseguirá la lucha por el socialismo. Tiene grandes oportunidades de alcanzar su meta, en oposición al fatalismo derrotista en materia del futuro del género humano.

Detrás de la tesis de la carrera irreversible hacia el abismo hay un diagnóstico falso relativo a las amenazas del apocalipsis. Las

tendencias a la autodestrucción de nuestra especie no provienen ni de nuestro “capital hereditario”, ni de un “defecto congénial” (que, aún en el caso de formularse en términos biológicos, se parece extrañamente al pecado original), ni de la “agresividad del macho ni de las consecuencias fatales de las ciencias y de la tecnología (que no se dirige una vez más, de manera sospechosa, al juicio bíblico de que valdría más no comer la fruta prohibida del conocimiento). Las catástrofes que nos amenazan no provienen de demasiada razón sino de demasiado poca razón, no de demasiado pocas reacciones instintivas sino de demasiado instinto y de demasiado poca conciencia.

Si la tecnología contemporánea ha causado ciertas catástrofes es porque ciertos de sus sub-productos quedaban desconocidos.² Incrementar los conocimientos, asegurar un nuevo salto adelante de las ciencias naturales, significa aumentar las oportunidades de evitar las catástrofes y no reducirlas.

Pero el fondo del problema se halla en otra parte. El progreso de las ciencias naturales, el grado incrementado de dominio de la humanidad sobre la naturaleza,³ se han visto acompañados —sería más justo decir: pagados, asegurados— por una ausencia casi total de dominio de la humanidad sobre su “segunda naturaleza”, es decir, sobre su medio ambiente social, sobre la evolución de sus estructuras sociales, sobre la determinación de su comportamiento social. He allí la verdadera fuente de catástrofes que nos amenazan.

Una de las grandes realizaciones del marxismo, que comienza a ser aceptado casi universalmente por los científicos no marxistas, es la aclaración de *la determinación social de la tecnología y de la ciencia*. La historia de la tecnología y de la ciencia sigue,

² Hoy en día se sabe que cuando las primeras bombas atómicas fueron lanzadas en 1945, los científicos habían ignorado por completo los efectos a largo plazo de las radiaciones. La administración Reagan juega hoy en día con sus proyectos de “guerra de las galaxias” mientras que la ciencia ignora largamente las consecuencias posibles de las explosiones nucleares en el espacio.

³ Hay que distinguir entre *el dominio* de las fuerzas de la naturaleza y su *utilización destructiva* (lo que Marx y Engels llamaban *rubbau* en alemán). Esta última es característica para el capitalismo e ignora (o descuida deliberadamente los efectos a largo plazo de las modificaciones radicales del medio ambiente.

ciertamente, su lógica propia. Tiene sus propias exigencias, intrínsecas a cada disciplina en particular, con frecuencia en correlación estrecha con las de las disciplinas "anexas". Pero sus giros principales reflejan una lógica social del conjunto, surgen nuevas interrogantes, estructuras mentales nuevas, que corresponden a su vez a necesidades y a intereses específicos.

En ese sentido, la carrera a la guerra nuclear no es el producto automático de la física de *los cuanta*. La contaminación de los océanos no resulta fatalmente del progreso de la química de síntesis. La desertificación no es la consecuencia inevitable de los esfuerzos encaminados a incrementar la productividad del trabajo agrícola. Los riesgos y los desastres enumerados resultan del desarrollo de esas técnicas y de la ciencia sometidos a la tiranía del capital, es decir de la búsqueda de ganancia calculada y venida de empresa a empresa por separado, y por lo tanto dominada por imperativos implacables de la competencia y de la acumulación de capital, no obstante las consecuencias a largo plazo para la fuerza de trabajo, para la sociedad en su totalidad, o bien para el equilibrio ecológico.⁴

La inevitable fragmentación de los conocimientos no produce las catástrofes económicas, ecológicas o políticas. Es la determinación de las decisiones relativas a las inversiones por parte de *intereses fragmentarios* a plazo corto y medio —independientemente de sus efectos globales y a plazo largo— la que lleva a las crisis y a las guerras. Allí es, y no en otra parte, donde hay que buscar los orígenes de esta *combinación siempre más explosiva de la racionalidad parcial y de la irracionalidad global* que caracteriza la totalidad de las tendencias de desarrollo de la sociedad burguesa.

Aquí llegamos ya al corazón mismo del problema. El socialismo es necesario porque la lógica de la sociedad burguesa, la lógica de la propiedad privada y de la economía mercantil, la lógica de la búsqueda del enriquecimiento privado, y sobre todo

⁴ La preferencia concedida al motor de explosión al final del siglo XIX era solamente una de las variantes técnicamente posibles para lanzar a gran escala la industria del automóvil. No es que eso nada tenga que ver con el peso que los grupos Deterding y Rockefeller (es decir la industria de petróleo) habían adquirido en el seno del capital financiero británico y norteamericano, y de su influjo sobre los principales estados imperialistas que resultaba de ello.

los mecanismos de competencia universal que estimula esa lógica en todos los campos del comportamiento individual y social, fomentan una dinámica infernal que conduce a la catástrofe. Se invierte por todas partes, sin que importe dónde y cómo, hasta al precio de 7 mil billones de dólares de deudas y centenares de millones de desocupados (en las metrópolis y el Tercer Mundo juntos). Se fabrica cualquier cosa a cualquier precio de destrucción de los recursos naturales. Se construyen bombas nucleares capaces de matar diez veces, veinte veces, cuarenta veces a todos los seres humanos (no obstante el monstruoso absurdo del *overkill*).

Esta dinámica es cada vez menos controlable en el mundo actual, sea que se trate de la parte del mundo puramente capitalista o del mundo dividido en los "dos campos" (pero que desafortunadamente forman un todo geográfico y biológico). Todavía puede ser bloqueada, detenida, puesta al revés, suprimida, por la victoria del socialismo internacional. Esto se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para el género humano, la de conquistar la dominación de la humanidad sobre la manera de organizar su existencia material, económica, social, política. Esta debe elevarse al nivel de la dominación sobre las fuerzas de la naturaleza. Sólo en la medida en que la primera se establece, la segunda se va convirtiendo en la fuente de muerte. En la medida en que la primera se afirma, la segunda puede ser perfectamente controlada al servicio de la vida y de la felicidad de la inmensa mayoría de los habitantes de este planeta.

Ninguna fuerza puramente mecánica, ningún "engranaje social", puede impedir a 750 millones de productores asociados a escala mundial de que decidan de hoy a la mañana detener de una vez por todas la fabricación de toda arma nuclear, biológica, química, o hasta de toda arma pesada, destruir de hoy a mañana todas las existencias de esas armas y hacer funcionar mecanismos de control y de coacción con miras a asegurar el respeto de esas decisiones. Basta que para ello sean los dueños de sus fábricas y que las gestionen colectivamente. Ninguna "ley económica objetiva", ninguna "fatalidad implacable", puede impedir que esos mismos 750 millones de asalariados, transformados en productores asociados, compartan en las mismas condiciones entre todos los productores, la masa total de las horas de trabajo necesarias para fabricar los bienes y los servicios que satisfagan las necesidades racionales, con miras a instaurar inmediatamente

la semana de 25 o de 20 horas, en vez de dividir esta humanidad en dos mitades: éstos y aquellas que trabajan penosamente 48 o 56 horas por semana, y éstos y éstas que no rinden más trabajo socialmente reconocido, o bien no lo hacen más que en cantidades marginales, compensadas de un modo cada vez más miserable.

Son los hombres y las mujeres quienes se muestran capaces o incapaces de tomar esas decisiones. Ningún "automatismo" independientemente de su voluntad les impide escoger la vía de la razón y de la solidaridad humana. El interés de la enorme mayoría pide que escojan la solución socialista, mejor que dejarse arrastrar hacia las catástrofes descritas.

3. El socialismo es posible

La sociedad de productores asociados autogestionada que dispone de su destino es posible, ante todo porque el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas hoy en día alcanzado crea las precondiciones materiales para una disminución de la penuria de la producción mercantil, a escala mundial. Esto exige, ciertamente, una redistribución radical de los recursos, eliminando el subempleo y el empleo con fines de despilfarro (producción de armamento, productos nocivos para la salud, etcétera). Esto exige también una reasignación de las inversiones que otorgue la prioridad a la satisfacción de las necesidades básicas, no sobre la base de *dictados* arbitrarios o tecnocráticos, sino sobre la base de las preferencias democráticamente establecidas por los productores-consumidores, por ellos mismos.

Pero, estamos convencidos que los recursos existentes hoy en día permiten resolver esos problemas en un lapso de tiempo razonablemente limitado, y que no hay razón alguna para suponer que la penuria siga siendo inevitable a escala mundial en lo que se refiere a los bienes y servicios que deberían permitir que se cubran las necesidades de base (alimentación, vestidos, vivienda con un mínimo de comodidad, salubridad, educación, cultura y diversión, transportes comunes). La disminución de la producción mercantil no es una utopía. Es posible asegurar la comida para todos los habitantes del planeta sin destruir el equilibrio ecológico, en el marco de un crecimiento demográfico que se controle a escala mundial, en realidad ya a punto de ser controlado. En

lo que se refiere al miedo de un agotamiento fatal de los recursos energéticos o minerales, se muestra como infundado sobre la base de las informaciones científicas de la actualidad.⁵

La redistribución mundial de recursos y productos netos necesarios para eliminar la hambruna y la pobreza no implica de ninguna manera la necesidad de que baje el nivel de vida medio del productor del hemisferio norte. Puede realizarse sustancialmente empleando recursos despilfarrados en la actualidad, es decir, que no contribuyen de ninguna manera a ese nivel de vida. Dos números bastan para poner de relieve las enormes reservas de las que dispone la humanidad con ese fin.

La suma total de los gastos militares a escala mundial monta fácilmente a 700 mil millones de dólares anuales. La masa total de la capacidad de producción no utilizada en la industria y en la agricultura de los países imperialistas y semiindustrializados dependientes monta, al 20%, el promedio de los diez últimos años, es decir una cifra doble de la que acabamos de citar. En la URSS y en Europa del Este hay que evaluar cuando menos en el mismo porcentaje el número de horas de trabajo no utilizadas en la producción corriente, es decir, el número de horas durante las cuales el equipo existente y los asalariados no producen nada, siendo considerado como "normal" el día de 8 horas de trabajo (Andropov había citado el número de horas de trabajo despilfarradas anualmente, que montaba hasta el 33% del total en la industria). La suma de esos números permite hacerse una idea de lo que es posible hoy en día en materia de satisfacción de las necesidades de base de toda la humanidad, aún teniendo en cuenta la prudencia necesaria en lo relativo al empleo de recursos naturales considerados como no renovables sobre la base de nuestros conocimientos actuales.

La disminución de la producción mercantil no puede efectuarse, según toda la evidencia, de un sólo golpe, ni por orden de una autoridad, cualquiera que sea, mayoritaria o democráticamente verificada por medio de elecciones libres, pluralistas,

⁵ Efectivamente, en el curso del cuarto de siglo que acaba de transcurrir, la producción agrícola se ha desarrollado más rápidamente que la población mundial. Las reservas de energía natural (incluyendo el petróleo) descubiertas recientemente se han incrementado más rápidamente que el consumo de energía. La relación es casi del simple al doble en tasa de crecimiento anual en los dos casos.

etcétera. Los productores asociados dueños de sus medios de producción tendrán mayor interés por economizar al máximo su esfuerzo productivo. La combinación de ese interés con el de extender el consumo para la satisfacción de necesidades que no sean solamente las elementales crea tensiones socio-económicas cuya solución óptima (decimos: óptima, no la única posible) exige la sobrevivencia de un sector mercantil y monetario, esencialmente en la esfera de lo "superfluo", a lado de un sector no-mercantil y no monetario en el que se aplica el principio de la distribución para la satisfacción de necesidades. La coexistencia de esos dos sectores hace que no se pueda saltar de un sólo golpe de la economía tal como está organizada hoy en día, tanto en los países capitalistas como en los países que se dicen socialistas, a una economía verdaderamente socialista en el espíritu de Marx y de Engels. Entre las dos se intercala un periodo de transición, que ya ha comenzado en los países que se dicen socialistas, pero que está lejos de haberse terminado.

La lógica histórica de ese periodo de transición es la de *asegurar un decaimiento gradual* a la vez de la producción mercantil y de toda la determinación y distribución del sobreproducto social que fuera distinto a la voluntad libre, democráticamente establecida de la mayoría de los productores. Se trata al mismo tiempo de asegurar la disminución de la desigualdad social y de todas las condiciones materiales resultantes de la división de la sociedad en administradores y administrados (entre esas condiciones materiales se incluye notablemente la duración del día de trabajo y las formas de acceso a las informaciones y conocimientos, que permiten solamente a una parte de la sociedad la gestión y que limitan a la parte restante de la sociedad a la producción corriente). De esa manera la disminución de la producción mercantil se combina con la disminución de las clases sociales y del Estado.

Los principales aspectos de la tercera revolución tecnológica, cuya fase de "vulgarización" estamos viviendo al presente, al igual que su generalización progresiva, refuerzan la posibilidad material de todas esas transformaciones radicales. En la medida en que se desarrolla la semiautomatización en dirección de la robotización y de la plena y completa automatización, la introducción de la media jornada de trabajo no implica de ninguna manera la reducción de la producción material en su totalidad. La micro-electrónica permite hoy en día el acceso más democrático a todas las

informaciones y a todos los conocimientos a todos los ciudadanos. Esto es técnicamente posible y hasta relativamente fácil de realizar. El problema no es técnico sino político y social: cómo asegurar que esas enormes posibilidades de la técnica contemporánea no lleven a nuevas catástrofes, a nuevos abusos, a nuevos privilegios y nuevos monopolios aprovechados por las minorías. La respuesta no puede ser otra: por su toma en manos de la masa de productores (consumidores) organizados de modo colectivo para ejercer democráticamente el control y el poder transparente establecidos de ese modo.

Estamos hablando de una combinación específica entre un sector no-mercantil y un sector mercantil en la economía, que va en la dirección de la marginalización progresiva del segundo, es decir de su disminución. No se trata de tomar partido de un modo doctrinario (“porque para Marx y Engels, el socialismo establecido plenamente implicaba la ausencia de producción mercantil”). Se trata de la conclusión inevitable que resulta del análisis marxista, es decir científico, de las consecuencias no sólo económicas sino sobre todo sociales y psicológicas, de la sobrevivencia de la producción mercantil.

A la luz de la experiencia histórica, comprendiendo también la de los así llamados países socialistas, no se puede impugnar el que la sobrevivencia de la economía mercantil, salvo a una escala absolutamente marginal, implica inevitablemente la sobrevivencia de la competencia por el acceso a los medios de consumo y de intercambio (y al menos de ciertos medios de producción), la sobrevivencia de la tendencia a la apropiación privada y al enriquecimiento privado, y por lo consiguiente la sobrevivencia de las motivaciones de acción socio-económica que suponen esos comportamientos.

Lejos de ser “innatas en la humanidad”, esas motivaciones han estado ausentes del comportamiento humano durante centenares de miles de años. Hasta recientemente, habían estado ausentes de la mayoría de las comunidades campesinas y tribales, en el seno de las cuales vivía la mayoría inmensa de la humanidad. Pero, desde que se extiende la producción mercantil, (o, lo que viene a ser lo mismo, cuando su extinción se limita solamente a una parte de la actividad socio-económica) su generalización deforma toda “propaganda socialista”, toda “educación”, todo endocriamiento “totalitario”. Como lo proclamaba la sabiduría popular en la URSS en la época que fue, sin embargo, la más

sangrienta del terror estaliniano: *blat* es más fuerte que Stalin.

El socialismo se convierte en un nuevo sistema social definitivamente consolidado, que se autorreproduce automáticamente sin presiones externas, comprendiendo en ello la presión estatista, cuando la motivación de la cooperación y solidaridad entre todos los productores/consumidores —hegemónica en la sociedad primitiva, pero a una escala reducida, y que actualmente debe universalizarse progresivamente a toda la humanidad— se sustituye generalmente en la motivación egoísta del auto-enriquecimiento. La sustitución de la primera por la segunda no es utópica pues las dos tienen raíces antropológicas. La disminución de la penuria y del *struggle for life* que engendra crea la base material de esa sustitución.

Pero el cambio del clima social, la revolución psicológica necesarias para esta sustitución necesitan más que un simple auge de las fuerzas productivas, más que una simple “implosión” de riqueza y del bienestar materiales. Exigen: una *revolución de las relaciones en la producción y el intercambio*, que transformen precisamente la cooperación y la solidaridad entre la masa de productores y de consumidores en motores de toda la actividad económica en curso. Esto se debe reflejar, por cierto, en la vida cotidiana que todos pueden notar, por la desaparición de los privilegios materiales y sociales. Todo esto es irrealizable sin la disminución de la producción mercantil y la competencia basada en ella.

Nuestra intención no es la de describir aquí las etapas sucesivas por las que va a pasar esta disminución en el mundo tal y como surja éste del trastocamiento generalizado del capitalismo y del punto alcanzado por el desarrollo social en los así llamados países socialistas. No planteamos la cuestión de saber si esas etapas “universales” existen, o si no sería preferible, en el estado actual de nuestros conocimientos, darse por satisfechos al analizar pragmáticamente los principales problemas de la planificación democrática y autogestionaria que deben resolverse, tales como surgieron y como surgen paulatinamente de los procesos reales de las revoluciones socialistas y de todas las deformaciones burocráticas de las que han sido manchadas hasta la fecha esas revoluciones. Nuestra intención es la de plantear el problema bajo la forma más general, a escala histórica, teniendo en cuenta la importancia decisiva que reviste a nuestros ojos para el problema mismo del socialismo.

4. ¿Cuáles fuerzas socio-políticas pueden instaurar el socialismo?

El socialismo científico se basa en la tesis de que no puede llegarse a una sociedad sin clases por medio de la simple *Aufklärung* —educación y propaganda guiadas por “la razón”, “la ciencia”, “la voluntad de emancipación” o motivos nobles (si se quiere: éticos) de realizar el bien para el máximo posible de seres humanos. Ciertamente, todos esos motivos están presentes, entre los militantes socialistas, comenzando por Marx y Engels. Hasta vienen a ser indispensables para una actividad socialista sostenida y que dure. Sin la teoría socialista (Engels hasta ha utilizado el término en forma explícita: ciencia socialista) y sin la voluntad honda de emancipación parece irrealizable el advenimiento de una sociedad socialista.

Pero si estos motivos e impulsos son necesarios, son insuficientes para asegurar la victoria del socialismo. Este exige además *la existencia de una fuerza social cuyos intereses materiales coincidan con el proyecto de abolir la división de la sociedad en clases*. Exige una acción social real de esa clase que vaya en dirección de esa abolición en función de esos mismos intereses materiales. No puede resultar de otra cosa si no del *movimiento real de una clase real*⁶ superando de hecho todos los obstáculos que el sistema burgués, y asimismo los vestigios todavía existentes del sistema pre-burgués han erigido sobre la vía de la realización de una sociedad sin clases. La propiedad privada de los medios de producción es el principal de esos obstáculos, pero de ninguna manera el único.

⁶ El concepto del “movimiento real de emancipación del proletariado real” está presente en los escritos de Marx y de Engels. El concepto de “socialismo real” está totalmente ausente. Este último concepto, reduccionista (“¡Socialismo”: supresión de la propiedad privada, y todavía!) y dogmático-idealista, presupone que “la emancipación” (la ausencia de explotación) se obtenga “por definición”, independientemente de la manera según la cual los productores vean ellos mismos su situación e independientemente de sus reacciones reales (Hungría, Checoslovaquia, China, Polonia). Se convierte entonces en un concepto esencialmente apologético, que *se opone en los hechos* al movimiento de emancipación real de la clase real. Esta oposición no es accidental. Para Marx y Engels, el socialismo era inconcebible sin la *auto-emancipación* de la clase obrera. Esta no puede emanciparse sin darse cuenta de ello, como el señor Jourdain hacía prosa sin saberlo en una comedia de Molière.

Este anclaje materialista del viejo proyecto socialista —de hecho tan viejo como la división de la sociedad en clases, que la humanidad nunca aceptó como irrevocable, contra la cual no ha cesado de rebelarse a lo largo de los años, independientemente del éxito o fracaso relativo de esas rebeliones— constituye la principal contribución de Marx a la causa socialista, a la lucha de emancipación de los productores y, en general, del género humano. Ha permitido una fusión progresiva de la organización efectiva, conscientemente planteada de la clase obrera (mucho más antigua que el marxismo) y del proyecto socialista, una fusión que ha alcanzado su punto culminante durante el primer tercio de este siglo, en el periodo 1905-1932. Desde entonces, está en latente crisis. Esta crisis adquiere a veces una forma explosiva o catastrófica bajo la forma de derrotas históricas (Hitler, Stalin). La cuestión es saber si se trata de crisis coyunturales, es decir históricamente pasajeras, que el movimiento real de la clase obrera puede superar, o bien se trata de una crisis estructural, históricamente irreversible. En términos políticos estratégicos esto se traduce en esta cuestión: los puntos culminante de la revolución proletaria, tal y como la habían esbozado Marx y Engels sobre la base del análisis histórico de la lucha de clases de la segunda mitad del siglo XIX, ¿se hallan detrás o delante de nosotros? Este problema se subdivide esencialmente en las siguientes preguntas:

1) ¿Dispone, efectivamente, el proletariado en el seno de la sociedad capitalista, que ha superado un nivel dado de industrialización, de recursos económicos, sociales, psicológicos, morales necesarios para un combate victorioso contra la burguesía, que le hagan posible al mismo tiempo iniciar la construcción de una sociedad sin clases con un mínimo de oportunidades de éxito?

2) ¿Estos recursos se conservan en la medida en que el capitalismo supera el punto culminante de su auge mundial y se desarrolla la crisis del sistema? O bien esos recursos comienzan, a su vez, ellos mismos a desagregarse, como resultado concomitante de la descomposición progresiva de la misma "civilización" "capitalista"?

3) ¿Afrontamos un callejón sin salida histórico excepcional, caracterizado por el hecho de que el proletariado sea económicamente (materialmente) capaz aún de llevar al mundo hacia el socialismo, pero que los obstáculos sociales, psicológicos y morales, es decir *subjetivos* sobre esta vía, se muestran cada vez más

insuperables? Entre esos obstáculos, que se manifiestan todos evidentemente sobre el plano político, tenemos ante todo la división del proletariado (su incapacidad para superar las particularidades de los intereses de grupo profesionales, de las empresas, regionales, nacionales, étnicos, fuertemente estimulados por la segmentación del “mercado de trabajo” bajo el capitalismo, que conduce a la diferencia de salarios a veces muy elevada). Se da también la relativa autonomía del factor “dirección”, que refleja a su vez la discontinuidad de la actividad política de diferentes estratos del proletariado, sus niveles de conciencia y de organización diferentes, de aparición de los aparatos de funcionarios en el seno de las organizaciones obreras, su relativa autonomía en relación con las masas (su burocratización), la adquisición de privilegios materiales por parte de esos aparatos, crean la tendencia a sustituir la defensa de esos privilegios, y de los monopolios del poder de organización y político que los fundan, por el interés de la clase vista en su totalidad.

La respuesta a la primera pregunta es la más fácil a la luz de los datos empíricos. La historia del crecimiento y de la extensión del capitalismo a escala internacional, desde la evolución industrial o bien desde el momento en el que Marx y Engels redactaron *El manifiesto comunista*, es, al mismo tiempo, la historia del crecimiento y de la expansión de la clase obrera, de la autorganización obrera y de la lucha de la clase obrera, que la acompañan inevitablemente. En realidad, de todas las previsiones de Marx, esa es la que ha recibido la confirmación histórica más fragorosa. No había más de 100 mil o 200 mil obreros sindicados en el mundo en los años cuarenta del siglo pasado. Son más de 200 millones hoy en día. No hay una isla lejana en el Pacífico, no hay una aldea perdida en el Amazonas o en uno de los bosques tropicales de África, donde el capital haya establecido un puerto, un taller de ensamblaje, una factoría, un banco, en el que tarde o temprano los asalariados reunidos así acaban por agruparse colectivamente y disputar a los burgueses la distribución del producto neto entre los salarios y la utilidad.

No importa lo que canten las aves de mal augurio, esa masa de asalariados urbanos (en la cual hay que integrar evidentemente la de los así llamados países socialistas) no ha dejado de crecer a escala mundial de ninguna manera. Alcanza hoy en día, en plena crisis, el número jamás igualado de 750 millones, superior de lejos al de 1914, de 1940 o de 1968. (Si se incluyen los asa-

lariados agrícolas se supera un millón de millones). Va a seguir creciendo, tanto en masa absoluta como en fracción del conjunto de la población activa. Hay países como los Estados Unidos, Suecia o Gran Bretaña en donde los asalariados superan ya el 90% de la población activa. El número de esos países seguirá una tendencia al incremento. Esta masa colosal es capaz más que nunca de tomar objetivamente en sus manos los medios de producción y de intercambio que pone cotidianamente en movimiento, gestionarlos en función de criterios y prioridades consciente y libremente escogidos.

Al decir "criterios y prioridades consciente y libremente escogidos" hacemos hincapié en una dimensión excepcional de la revolución socialista y de la construcción del socialismo, que distingue esta revolución de todas las anteriores revoluciones sociales de la historia: el papel clave del factor subjetivo, del factor "conciencia" y por lo tanto también del factor político, en el advenimiento del socialismo. Es por eso que la primera cuestión nos lleva en parte a la tercera.

O para ser más exactos: he allí por qué hay que distinguir las precondiciones objetivas, económico-sociales, del socialismo, de sus precondiciones subjetivas, político-sociales. Esta es la razón por la cual debe volver a formularse la primera cuestión. El advenimiento del socialismo no resulta automáticamente, fatalmente, del auge y luego de la crisis del capitalismo y de las luchas de clase que engendran. No es otra cosa salvo uno de los dos resultados *posibles*, siendo el otro, como lo ha precisado Engels, paralelo al destino conocido por la sociedad esclavista antigua, la descomposición paralela de las dos clases fundamentales de la sociedad. La forma correcta de formular la primera cuestión es, por lo consiguiente: ¿el desarrollo y luego la crisis del capitalismo han creado y mantenido un *potencial* revolucionario del proletariado que le permite periódicamente (cuando los obstáculos subjetivos pueden vencerse momentáneamente) plantear la construcción de una sociedad sin clases en el orden del día por su movimiento real?

La historia ha respondido positivamente a esta pregunta. Sigue respondiéndola positivamente. Baste recordar, como las últimas manifestaciones evidentes del "movimiento real de la clase" en ese sentido, el mayo de 1968 en Francia; el "otoño caliente" en Italia en 1969, la revolución portuguesa de 1974-75, el ascenso de *Solidarnosc* en Polonia 1980-81, para poner de relieve la permanencia de ese potencial histórico, a pesar de la crisis manifiesta

del movimiento obrero organizado desde medio siglo (crisis evidente a escala mundial, pero que no ha impedido las victorias nacionales como la victoria de la revolución yugoslava reforzada por el movimiento hacia la autogestión obrera. Esas victorias siguen siendo, sin embargo, parciales, limitadas y contradictorias, precisamente dentro del marco de esa crisis general).

La respuesta a la segunda cuestión es más impugnada. No queda menos clara ante nuestros ojos, fundada no sobre una "fe" dogmática sino sobre el estudio sólido de los hechos *tomados de manera global*. Depende en gran medida de la definición misma del proletariado y de la naturaleza de su "potencial revolucionario", es decir de su capacidad de superar la sociedad burguesa que encubre esa definición.

El "potencial revolucionario" del proletariado moderno se basa, esencialmente, en las *condiciones de concentración, de socialización y de cooperación objetivas de trabajo* que resulta de ello, y en la *transferencia de esas capacidades de organización y de cooperación en masa hacia la esfera de la auto-emancipación*, por medio de la solidaridad activa, benévola y consciente, es decir, en el seno de los organismos y de las luchas que desarrolla el proletariado para defender sus intereses. Tiene por corolario el poder objetivo del mismo proletariado de paralizar, y luego poner nuevamente en movimiento bajo su propia dirección y para sus propios objetivos, la totalidad del mecanismo económico y social del mundo contemporáneo.

El análisis de esas condiciones demuestra pronto que nada está estrechamente condicionado por la calidad específica de *obrero manual en la gran industria* (sin negar, ciertamente que la concentración industrial crea evidentemente las condiciones más favorables para el desarrollo de las calidades antes mencionadas). La calidad esencial es, al contrario, la de *asalariado*, es decir, en la clásica definición marxista, la *obligación económica de vender la fuerza de trabajo* a la que está sometido el individuo (el conjunto de individuos que constituyen la clase prolearia).

El nivel, alto o bajo, del asalariado es indiferente mientras se reproduzca la *obligación económica* (es decir mientras los salarios no alcancen un nivel en que el ahorro de una parte importante del mismo sea posible y permita la adquisición de medios de producción o bien la acumulación de capital). La naturaleza del trabajo manual o intelectual, "productivo" de plusvalía o "improductivo" es también indiferente, mientras que la tenden-

cia histórica vaya en el sentido de la concentración (por ejemplo: sindicalización en masa de los empleados en los grandes almacenes, de los empleados de seguros, etcétera). En lo que a la capacidad de paralizar la sociedad burguesa se refiere, ella es tan presente entre los trabajadores de las centrales energéticas, de telecomunicaciones o bancos que entre los trabajadores de la industria siderúrgica o de automóviles.

Sea cual sea, a escala mundial, el peso (relativamente creciente o decreciente, la causa no se entiende por el momento) del proletariado manual industrial, el peso del proletariado *en su totalidad*, definido como acabamos de hacerlo, indiscutiblemente va creciendo, a pesar de la larga depresión que está en curso, hasta en función de las mutaciones que estimula. No asistimos al comienzo de la "sociedad postindustrial". Más bien estamos asistiendo a la notable industrialización y a la mecanización progresivas de los servicios y del trabajo industrial, por medio de la microelectrónica y de la informática. La idea de que eso va a conducir a una amplia desconcentración del trabajo (es decir del trabajo y del capital, por la reaparición a gran escala de la pequeña empresa familiar) se ve contradicha por todas las estadísticas a largo plazo. En los "sectores que se hallan a la cabeza es un fenómeno clásico pasajero, teniendo en cuenta el papel de innovación y de experimentación desempeñado por la pequeña empresa y el empresario individual. Mas, una vez que se haya asegurado el éxito, se impone la concentración. El sector del *home computer* viene de vivirse a sus costas, tanto en los Estados Unidos como en Gran Bretaña y en el Japón.

La crisis capitalista está por lo tanto lejos de provocar por el momento la descomposición del proletariado (ella reitera los riesgos de su división entre los que conservan un empleo y los que están desocupados; pero ello es también tan viejo como el capitalismo, y el movimiento obrero puede y debe responder a ello con la lucha por una nueva reducción radical de la semana de trabajo). El proletariado sigue siendo el "sujeto anti-capitalista", el "sujeto socialista" por excelencia. La historia reproduce en el seno de los estratos "nuevos" del proletariado, a veces con una velocidad desconcertante, exactamente las mismas cualidades que lo ponen a la "disposición del socialismo" que había trazado Marx en el tomo I de *El capital*.

La verdadera problemática se concentra por lo tanto en la tercera cuestión, y eso no es fortuito. Es precisamente, en efecto la

creación de condiciones *subjetivas* para el advenimiento del socialismo, antes como después del derrocamiento del capitalismo, lo que resulta ser lo más difícil de realizar.

Por sí mismo, no hay nada sorprendente en esa constancia. La revolución social proletaria es la primera revolución en la historia que debe poner el destino de la sociedad en las manos de una clase que, hasta el día de su victoria política (si no bastante tiempo después de ese día) sigue siendo una clase económica y culturalmente dependiente y explotada (oprimida). Si bien todas las revoluciones sociales anteriores han permitido la transferencia del poder a una clase que ya había conquistado la hegemonía económica y la hegemonía ideológica resultante de ello, resulta totalmente utópico suponer que el proletariado pueda conquistar la predominancia económica en el seno de la sociedad capitalista. Aún más utópico es suponer que pueda conquistar la hegemonía ideológica al seguir siendo explotado y dependiente desde el punto de vista económico.

Por lo tanto, las consecuencias de su dependencia económica e ideológica limitan corrientemente el potencial de autorganización, de cooperación y de solidaridad de clase que resultan, por cierto, de las mismas condiciones de existencia del proletariado en el seno de la sociedad burguesa. El choque entre las dos tendencias tiene por resultado, por una parte, la *rutina cotidiana* de la vida proletaria, con la tendencia adaptarse, al "realismo" de día en día y al reformismo, y, por otra parte, el *avance periódico* hacia los grandes enfrentamientos de clase (huelgas en masa, huelgas generales, crisis políticas, crisis prerrevolucionarias, situaciones revolucionarias) donde el derrocamiento del capitalismo se hace de repente posible a un plazo corto.

Sobre esta dialéctica, a su vez condicionada más profundamente por una dialéctica del "factor objetivo y del factor subjetivo de la historia", se fundan los grandes ciclos de la lucha de la clase proletaria desde el fin del siglo XIX (o, si se quiere, desde 1840) ciclos diferentes de región mundial a región mundial, es decir, de país en país, pero que dejan resumirse de todos modos dentro de las grandes tendencias históricas.

Un primer auge general llevó a la revolución de 1848 y a su derrota, a la que siguió después un largo retraimiento y luego un lento ascenso, interrumpido por la victoria y luego por la derrota de la Comuna de París. Otro auge general desde los años 1890 tiene por punto culminante la victoria de la revolución rusa

de 1917, seguida por la derrota de la revolución en Europa Central en 1919-1923, siendo esta derrota la que "sobredetermina" el destino de la primera. Este segundo auge conduce a un retraimiento y luego a una serie de derrotas cada vez más graves (el Japón, Alemania, España) que llevan a la Segunda Guerra Mundial y a la extensión del fascismo sobre casi todo el continente europeo, de Gibraltar hasta las puertas de Leningrado, de Moscú y de Stalingrado. Luego tenemos, a través de la resistencia y del auge de la lucha revolucionaria, una nueva ola que alcanza su punto culminante con la victoria de la revolución yugoslava y china, pero marcada por las graves derrotas en Europa Occidental, en los Estados Unidos y el Japón (estabilización del capitalismo, maccarthysmo, guerra fría).

El retraimiento, esta vez, no es universal, pues al alimentarse en el movimiento de liberación antiimperialista, la revolución sigue extendiéndose hacia Indochina, Cuba, Nicaragua. Pero el retraimiento es real en el hemisferio norte, y al menos durante dos decenios, para desembocar a una reanimación de la ola a partir de 1968, pero sin victorias revolucionarias, lo que pesa sobre la correlación de fuerzas a escala mundial, de la misma manera que pesa la larga pasividad del proletariado americano y soviético.

Pero esta dialéctica de la rutina cotidiana y del avance revolucionario periódico envía a su vez a la dialéctica "masas/direcciones" o, para ser más precisos, a la dialéctica "movimiento real de la clase/expresión política de éste". Y el hecho de reconocer que periódicamente el proletariado es capaz de vencer los obstáculos subjetivos sobre la vía hacia el socialismo, no disminuye en nada la importancia de reconocer que *la crisis de la práctica del movimiento obrero organizado* (tanto de su ramo social-demócrata como de su ramo estaliniano) es uno de los hechos notables de la historia de los últimos 50 años. Pesa gravemente sobre la posibilidad de asegurar la victoria mundial del socialismo al final del siglo XX.

Esto tanto más por combinarse esta crisis cada vez más con una crisis de la práctica así llamada de "la construcción del socialismo" en los países que han abolido el capitalismo, para ser más precisos con una crisis de los modelos de gestión económica, política, cultural, social aparecidas en esos países. Esa crisis interfiere con la del capitalismo y de la práctica del movimiento obrero organizado en los países capitalistas, en la medida en la que siembra objetivamente la duda, el escepticismo y la desmoralización

entre los explotados y los oprimidos, no sólo en lo que a los “modelos socialistas” a seguir se refiere, sino sobre todo en la medida en la que provoca dudas en lo que se refiere a la capacidad histórica de los asalariados para la auto-emancipación. Esos nuevos obstáculos no pueden ser superados solamente por la vida, por nuevas experiencias históricas (aunque las contribuciones teóricas sigan siendo decisivas para prepararlas). Afortunadamente, surgen nuevos “modelos” inevitablemente del “movimiento real”, como fue el caso de mayo de 1968 y el de Solidarnosc. Y esos “nuevos modelos” se colcan siempre en la misma tendencia histórica de autoorganización y de autogestión.

El movimiento real de la clase, aunque siga acumulando fuerzas y experiencias en la vida cotidiana (huelgas económicas, movimientos electorales, luchas por reformas democráticas, etcétera), seguirá acabando periódicamente en crisis explosivas de la sociedad burguesa y en oportunidades para avances radicales, para los cuales deben prepararse los socialistas ellos mismos y preparar al mismo tiempo las masas, mostrando en ocasiones la audacia y el papel decisivo de la iniciativa revolucionaria, que Marx y Engels jamás han dejado de reiterar. A escala mundial, todo eso es más posible que nunca, inevitable, al menos en sus fases iniciales. Los que creen que el “ciclo de las revoluciones” ha terminado, recibirán de la historia la rectificación que se merecen. El siglo XX va a terminarse, el siglo XXI comenzará bajo el mismo signo bajo el cual el siglo XX había comenzado en 1905: como el siglo de las revoluciones y de las contrarrevoluciones.

El proletariado podrá a propósito de ello apoyarse en dos grandes aliados a escala mundial: el campesinado sobreexplotado del Tercer Mundo —la alianza obrero-campesina ha sido la fuerza motriz de la victoria de las revoluciones yugoslava, china, indochina, cubana, nicargüense— con frecuencia estimulada por un poderoso movimiento antiimperialista de liberación nacional; los nuevos movimientos sociales resultantes de una rebelión de masas contra las catástrofes que nos amenazan (nuclear, ecológica) o situaciones de opresión grave (movimiento de liberación de las mujeres), y que engloban estratos más amplios que el proletariado propiamente dicho. Esos movimientos contienen un potencial anticapitalista extremadamente poderoso y progresista, que resulta del análisis mismo de las condiciones que hacen posible el dilema: “el socialismo o la muerte”. Pero ese potencial se verá liberado sólo en la medida en que el movimiento obrero logre unificar

todos esos movimientos en torno de objetivos anticapitalistas claros, sin tratar de castrarlos, sin quitarles su autonomía, sin buscar transformarlos en fuerzas accesorias de una política de simple presión sobre el capitalismo para que “se adapte”.

El socialismo no va a triunfar ni por una guerra mundial (absurdo monstruoso) ni como consecuencia de una superioridad económica del ‘campo socialista’ sobre el ‘campo capitalista’ (eventualidad difícil de concebir en un futuro cercano). Va a triunfar de la manera que habían previsto Marx y Engels: por el crecimiento del “movimiento real” de emancipación de los asalariados de los principales países del mundo en la dirección de la conquista del poder político, coincidiendo con la toma en sus manos de los medios de producción y el intercambio con los productores asociados, bajo un régimen de pluralismo político y de autogestión democráticamente planificada. Este crecimiento resultará de una sucesión (y combinación) de crisis económicas sociales, políticas que produce la sociedad burguesa por sí misma. Se articulará con el auge del movimiento de emancipación de los productores en los países socialistas, hacia la autogestión obrera real (una planificación y una distribución del producto social controladas y gestionadas por los trabajadores) y el pluralismo político, es decir, el ejercicio del poder político democrático por parte de la masa de productores, sin la cual la autogestión obrera queda en gran parte sin contenido.

Es decir que las oportunidades del socialismo siguen enteras. La apuesta es enorme. Las dificultades no se deben subestimar. Pero más que nunca, dedicar su vida a la emancipación de todos los explotados y de todos los oprimidos, a la creación de una sociedad sin clases y sin restricciones estatistas, sigue siendo la única ambición digna de nuestra especie.

DOCUMENTOS

DOS CARTAS DE MARCUSE A HEIDEGGER SOBRE EL NAZISMO

H. MARCUSE A M. HEIDEGGER

28 de agosto, 1947
4609 Chevy Chase Berd.
Washington 15, D. C.

Querido señor Heidegger:

He reflexionado largamente sobre las palabras que usted me dijo en mi visita a Todtnauberg, y deseo escribirle abiertamente sobre ellas.

Usted me decía que desde 1934 se había distanciado completamente del régimen nazi; que usted en sus clases y conferencias realizaba contra él especiales observaciones críticas e, incluso, usted se lamentaba de ser "vigilado" por la Gestapo. No quiero dudar de sus palabras, pero los hechos están ahí: usted se identificó tanto con el régimen nazi que todavía hoy es considerado a los ojos de muchos como uno de los más firmes apoyos espirituales que tuvo el nazismo. Algunas de sus manifestaciones, escritos y acciones en ese tiempo son la prueba de lo que digo. Usted nunca se ha retractado de ello abiertamente—tampoco después de 1945. Usted nunca ha explicado abiertamente que ha llegado a otro pensamiento diferente de aquel que en 1933-34 ha declarado y realizado en sus acciones. Permaneció después de 1934 en Alemania, a pesar de que usted antes que otros habría encontrado un lugar de trabajo. Usted no ha denunciado públicamente jamás los hechos ni la ideología del régimen. Por todas estas circunstan-

cias todavía hoy se le continúa identificando con el régimen nazi.

Muchos de nosotros hemos esperado una palabra de usted, una palabra con la que pudiese liberarse clara y definitivamente de esa identificación con el régimen nazi; una palabra que expresara su actitud real y actual frente al pasado. No ha pronunciado esa palabra —y si lo ha hecho no ha salido de la esfera privada—. Yo y muchos otros que lo hemos apreciado como filósofo y hemos aprendido muchísimo de usted, no podemos, sin embargo, hacer una separación entre el filósofo Heidegger y el hombre Heidegger —ello contradice su propia filosofía—. Un filósofo se puede confundir en política y puede mostrar su error públicamente, pero él no se puede confundir sobre un régimen que ha asesinado a millones de judíos sólo porque ellos eran judíos, que ha hecho del terror un estado normal, y todo lo que estaba realmente vinculado con el concepto de espíritu, libertad y verdad lo ha vuelto en sus contrarios sangrientos. Un régimen que en cualquier caso fue la caricatura mortal de aquella tradición occidental que usted mismo tan penetrantemente ha mirado y defendido. Y si el régimen nazi no era la caricatura sino la encarnación real de esa tradición —tampoco cabían engaños, pues—, tenía usted necesariamente que condenar toda esa tradición y abjurar de ella... ¿Debería usted realmente entrar así en la historia del espíritu? Cualquier intento, para luchar contra esa confusión cósmica, fracasa en la resistencia general si se preocupa seriamente con un ideólogo nazi. El sentido común (también el del espíritu) que manifiesta esa resistencia se niega a ver en usted un filósofo porque considera incompatible filosofía y nazismo. Con esa convicción estoy de acuerdo. En otras palabras: usted puede sólo luchar contra la identificación de su persona y de su obra con el nazismo (y con ello contra la extinción de su filosofía) si usted hace una confesión pública de su cambio y conversión (y sólo así podemos luchar nosotros contra esa identificación).

Le he enviado esta semana un paquete. Mis amigos estaban contra usted y me han reprochado: que yo ayudo a un hombre que se ha identificado con un régimen que ha enviado a millones de compañeros de creencias a las cámaras de gas (para evitar confusiones deseo observarle que yo era anti-nazi desde el principio no sólo por ser judío sino también por razones políticas, sociales e intelectuales, también hubiera sido de esa convicción aunque perteneciese a los "Vollarier" —ario de tercera generación—).

Contra ese "reproche" (argumentado) nada hay que decir. Me disculpo por eso ante mí conciencia y le envió un paquete al hombre con el que he aprendido filosofía de 1928 a 1932. Yo mismo soy consciente de que esto es una pésima excusa. El filósofo de 1933-34 no puede ser completamente otro que el de antes de 1933, tanto menos cuando usted ha fundamentado filosóficamente y ha dado expresión con su defensa entusiasta del Estado nazi y del dictador.

H. MARCUSE A M. HEIDEGGER

13 de mayo, 1948
4609 Chevy Chase Blvd.
Washington 15, D. C.

Querido señor Heidegger:

Durante largo tiempo no supe si debería contestar a su carta del 20. I. 1948. Tiene usted razón: una conversación con hombres que desde 1933 no han estado en Alemania es evidentemente muy difícil. Sólo, así lo creo yo, que la razón de eso no hay que buscarla en nuestro desconocimiento de las relaciones alemanas bajo el nazismo. Conocíamos de modo muy exacto esas relaciones —quizás por eso, por estar fuera, mejor que los hombres que vivían en Alemania. El contacto inmediato que tuve con muchos de esos hombres en 1947 me ha convencido de ello. Tampoco depende de que nosotros al comienzo del movimiento nacional-socialista enjuiciásemos su fin. Sabíamos, yo mismo todavía lo ví, que el comienzo ya contenía el fin, el fin estaba dado. La dificultad del diálogo se muestra y se sitúa para mí en otro lugar, los hombres en Alemania estaban expuestos a una total perversión de todos los conceptos y sentimientos, que muchos aceptaron gustosamente. De otra manera no se explica que usted, que ha sido capaz como ningún otro de comprender el pensamiento occidental, pudiese ver en el nazismo una "renovación espiritual de la vida entera" y "una salvación del *Dasein* occidental de los peligros del comunismo (que es ciertamente para mí una parte esencial de ese *Dasein*). Esto no es un problema político sino intelectual —yo diría casi un problema del conocimiento, de la verdad.

¿Usted, el filósofo, ha confundido la liquidación del *Dasein* occidental con su renovación? ¿No era ya evidente esa liquidación en cada palabra del *fuhrer*, en cada gesto y actuación de las SA mucho antes de 1932?

Pero sólo deseo entrar en una parte de su carta porque mi silencio quizás pudiera ser interpretado como aceptación.

Usted escribe que todo lo que yo digo sobre el exterminio de los judíos vale exactamente igual para los aliados si en vez de "judíos" ponemos "alemanes del este". ¿No está usted con esa frase fuera de la dimensión en que es posible todavía un diálogo entre los hombres, es decir, fuera del logos? Pues, sólo totalmente fuera de esta dimensión "lógica" cabe explicar, comparar y "comprender" un crimen, que "el otro" hubiera podido llevar a cabo también. Más aún: ¿cómo es posible, situar en un mismo nivel la tortura, mutilación y aniquilación de millones de hombres con una transplatación ("extrapolación") forzada de grupos de pueblos en los cuales no han sucedido ninguno de esos crímenes atroces (quizás dejando aparte algunos casos excepcionales)? El mundo aparece hoy de modo que sitúa en la diferencia entre los campos de concentración y de depuración nazi y los campos de internamiento de la postguerra la gran diferencia entre la inhumanidad y la humanidad. En la base de su argumento deberían haber conservado los aliados Auschwitz y Buchenwald con todo lo que sucedió, para aquellos alemanes del este y los nazis. ¡Así se habría dado un ajuste de cuentas! Pero si es reducida la diferencia entre inhumanidad y humanidad en esa omisión se encuentra la culpa en la historia occidental del sistema nazi, que ha demostrado al mundo lo que se puede hacer "en función" de dos mil años de *Dasein* occidental con los hombres. Parece como si la siembra hubiera caído en suelo fértil: quizás vivimos todavía la *terminación* de lo que fue comenzado en 1933. Si usted continúa reivindicando eso como una renovación es algo que yo no sé.

Con mis mejores saludos.

H. MARCUSE.

(Trad. A. Maestre-Sánchez).

DOCUMENTOS

SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA EN LA UNIVERSIDAD *

G. W. F. Hegel

Escrito destinado al profesor Friedrich von Rauner, consejero gubernamental del reino de Prusia, 1816.

Permítame su excelencia por la presente, y como continuación de nuestra entrevista, presentar un complemento a mis pensamientos referentes a la enseñanza de la filosofía en la Universidad. Debo también suplicarle, encarecidamente, sea muy indulgente respecto a la forma y no reclamar mayor explicación y cohesión de la que puede darse en una carta redactada de prisa y que debe llegar a sus manos mientras esté usted todavía cerca de nosotros.

Para comenzar insistiré sobre esto: ¿cómo es que llega a abordarse este tema? En efecto, puede parecer totalmente simple exigir para la enseñanza de la filosofía lo que se exige para la enseñanza de otras ciencias. Al respecto no insistiré sobre el hecho de que en esta enseñanza deben también conciliarse la claridad con

* *Über den Vortrag der Philosophie auf Universitäten*. Escrito en 1816, este texto fue traducido al francés por Gérard Coffin y Oliver Masson del Colegio de Filosofía, tomado de la edición Suhrkamp, *G. W. F. Hegel Werke in zwanzig Bänden*. 4. Nürnberger und Heidelberger Schriften, pp. 418-424.

(La traducción al español está hecha del texto francés de G. C. y O. M. y tomado del libro *Philosophies de l'Université. L'idéalisme allemand et la question de l'Université*. Payot, París 1979, pp. 347-352. Ricardo Moreno B.)

la profundidad y una riqueza de contenido apropiada, ni tampoco sobre el hecho de que comparte con la enseñanza de otras ciencias en la Universidad el destino de tener que adaptarse al tiempo de impartición —por lo regular el semestre— y de que se exige extender o reducir la ciencia de acuerdo con esta regla... Las dificultades específicas que se dejan ver actualmente a propósito de la enseñanza de la filosofía hay que buscarlas, seguramente, en la orientación que esta ciencia ha tomado y que ha producido la situación actual, de manera que su configuración científica anterior y las ciencias particulares entre las que se distribuía la materia filosófica hayan devenido más o menos anticuadas en sus formas y contenido; pero, por otro lado, la idea de la filosofía que las reemplaza no está todavía constituida científicamente y el material de las ciencias particulares aun no se ha transformado en absoluto, ni ha llegado a ser aceptado en esta nueva idea más que imperfectamente. Por eso es que vemos de un lado *una científicidad* y ciencias *sin interés*, y del otro un *interés sin científicidad*.

Así, lo que vemos expuesto habitualmente en las universidades y en las publicaciones son algunas de las antiguas ciencias: la lógica, la psicología empírica, el derecho natural y a veces todavía la moral; porque incluso para quienes se aferran todavía a lo que se hacía antaño, la metafísica se ha hundido, como el estudio del derecho público alemán en la facultad de derecho. Si en este asunto no se lamenta tanto la desaparición de las otras ciencias que anteriormente constituían la metafísica, sí se debe deplorar la desaparición de la *teología natural*, cuyo objeto era el conocimiento racional de Dios. Casi parece ser que es únicamente la tradición y la consideración de su utilidad formal para la formación del entendimiento, lo que mantiene todavía a estas ciencias que hemos conservado, en particular a la lógica; porque su contenido, así como su forma, lo mismo que la de las ciencias, se encuentra demasiado contrastado con la idea de la filosofía sobre la cual se ha concentrado el interés, y con la forma de filosofar que ha introducido, como para poder todavía dar satisfacción.

Cuando la juventud empieza aunque sea por el estudio de las ciencias, ya fue impactada —aunque sólo fuese de oídas— por otras ideas y procedimientos, de suerte que llega a estudiarlas sin el necesario prejuicio de su autoridad e importancia, y no encuentra fácilmente lo que ya le sensibilizó. Yo diría incluso que la enseñanza de tales ciencias, en razón del peso de esta contradicción, no se logra ya con la misma facilidad y con la misma entera confianza

de otros tiempos; una cierta inseguridad o irritación que de ello se deriva no contribuye a facilitar su acceso ni a asegurar su acreditación.

Por otra parte, la nueva idea no ha satisfecho todavía la exigencia de constituir en un todo ordenado, construido en todas sus partes, el vasto campo de los objetos que pertenecen a la filosofía. La exigencia de conocimientos precisos y la verdad, por otra parte reconocida, de que el todo no puede ser verdaderamente aprendido sino a través de un estudio profundo de las partes, no son solamente eludidas sino rechazadas en la afirmación de que la *precisión* y la *diversidad de los conocimientos* serían no solamente *superfluas* respecto a la idea, sino que incluso irían en su contra y le serían subalternas.

Con una opinión tal, la filosofía se vuelve tan sucinta como la medicina, o al menos como la terapia en tiempos del sistema de Brown,¹ para quien podía ser vista en media hora. Sin embargo, quizá conoció usted personalmente, en Munich, a un filósofo quien comparte esta forma *intensiva*. Franz Baader hace imprimir de vez en cuando una o dos hojas que deberían contener toda la esencia de toda la filosofía o de una ciencia particular. Quien tan sólo acepta publicar este tipo de escritos se aprovecha todavía de la credulidad de un público que piensa que domina la exposición de pensamientos tan generales. Pero tuve todavía la ocasión, en Jena, de asistir a la aparición de Friedrich Schlegel con cursos sobre la filosofía trascendental; en seis semanas él había concluido su seminario y ciertamente no a satisfacción de sus oyentes que habían pagado y esperado uno de un semestre. Hemos visto dar el más amplio lugar a las ideas generales con el concurso de la *fantasía*, que mezcla con profundidad tan frecuente como en forma superficial lo elevado y lo bajo, lo próximo y lo lejano, lo brillante y lo confuso, y utilizando particularmente con este fin las regiones de la naturaleza y del espíritu que por sí mismas son confusas y arbitrarias. Un camino opuesto y de mayor envergadura es el camino *crítico* y *escéptico* que encuentra en el material dado una materia de la que parte pero que sin embargo no lo lleva más allá de la insatisfacción y del tedio propios a los resultados negativos. Incluso si esta vía constituyera un entrenamiento a la perspicacia, incluso si la utilización de la fantasía pudiese tener por efecto provocar durante

¹ John Brown, 1735-1788, médico escocés (*Elementae Medicine*, 1780).

un tiempo una fermentación del espíritu, o bien lo que se llama *edificación*, incluso si despertara en algunos la idea universal misma, no es menos cierto que ninguna de estas formas es apta para realizar lo que debe ser realizado, es decir, *el estudio de la ciencia*.

En los inicios de la nueva filosofía era cómodo en un principio para la juventud poder, mediante algunas fórmulas generales que debían contenerlo todo, rechazar la enseñanza de la filosofía e incluso de las ciencias en general. Las consecuencias de esta opinión, *la falta de conocimiento, la ignorancia*, tanto en lo que se refiere a *los conceptos filosóficos*, como a *las ciencias particulares* útiles a las profesiones, encontraron sin embargo una oposición y prácticamente un rechazo demasiado severo, debido a las exigencias del Estado y a las de toda formación científica, como para que esta suficiencia no terminase por perder su crédito. De la misma manera en que la filosofía conlleva la necesidad de una constitución científica de todas sus partes, asimismo me parece que el punto de vista actual es el de que no se puede regresar a sus ciencias anteriores; pero no se puede ignorar tampoco la masa de conceptos y de contenido que esas ciencias abarcaban. La nueva forma de la Idea exige su derecho, y es por eso que el viejo material tiene necesidad de una transformación que corresponda al punto de vista actual de la filosofía. Esta opinión sobre lo que es actual, no puedo proponerla, desde luego, sino como un juicio subjetivo, como debía considerar también en un principio como una orientación subjetiva aquella que he adoptado en mi elaboración de la filosofía, habiéndome fijado muy temprano ese objetivo; acabo de terminar la publicación de mis trabajos sobre la lógica y debo ahora esperar para saber cómo recibe el público esta forma de proceder.

No obstante, pienso poder considerar como correcto que la enseñanza de la filosofía en la Universidad no puede realizar lo que debe realizar, es decir, *una adquisición de conocimientos determinados*, mas que en la medida en que adopte una *orientación* determinada, metódica, que incluya el detalle y lo *ordene*. No es sino bajo esta forma que esta ciencia, como cualquier otra ciencia puede ser asimilada. Incluso si el profesor quiere evitar esa palabra, debe tener conciencia de que se trata ante todo y esencialmente de eso. Ha llegado a ser un prejuicio, no sólo para el estudio de la filosofía sino también para la pedagogía —prejuicio todavía más extendido en esta última—, considerar que la *reflexión personal* debe ser practicada y desarrollada primeramente, de manera

que no sea cuestión del material y, en segundo lugar, haciendo como si el aprendizaje se desarrollase en contra del pensamiento personal. Porque de hecho, el pensamiento no puede ejercerse más que sobre un material que no es ni un producto o una lucubración de la fantasía ni una intuición, sea ésta sensible o intelectual, sino un pensamiento; más aún, un pensamiento no puede ser aprendido de otra manera que siendo pensado él mismo. Según un error común, un pensamiento no parece estar marcado por el sello de la reflexión personal más que cuando se aparta de los pensamientos de otros hombres. Es aquí donde podemos aplicar la bien conocida fórmula: lo que es nuevo no es verdadero y lo que es verdadero no es nuevo. De ahí la manía que provoca que cada uno quiera tener su propio sistema y se considere que una idea es tanto más original y excelente cuanto más inepta y extravagante, porque es justamente así como muestra más su originalidad y su diferencia con relación al pensamiento de otros.

La filosofía adquiere la aptitud de ser enseñada principalmente por su determinidad, porque no es sino a través de ella como se vuelve clara, transmisible y capaz de convertirse en un bien común. Así como exige ser estudiada especialmente y no puede ser bien común que cada hombre tuviera de nacimiento porque está dotado de razón, su transmisibilidad universal le quita la apariencia que entre otras cosas había recibido en estos últimos tiempos, de ser una *idiosincrasia* de algunas cabezas trascendentales y le da el lugar que verdaderamente le corresponde, el de ser, con relación a la filosofía considerada como la primera de las ciencias propedeúticas para el aprendizaje de una profesión, la segunda de las ciencias. Es posible que a pesar de todo algunos queden bloqueados en este segundo nivel, pero ya no por la razón que prevalecía entre un gran número de personas que se convertían en filósofos porque antes no habían aprendido nada correcto. De todas formas este peligro parece no ser tan grande como lo he dicho, y ciertamente más reducido que el de permanecer enseñada bloqueado al nivel de la *filología*, es decir en el primer nivel. Una filosofía constituida científicamente hace justicia en su seno al pensamiento determinado y al conocimiento avanzado, y su contenido —el conjunto de relaciones espirituales y naturales— lleva por sí mismo inmediatamente a las ciencias positivas que muestran ese contenido bajo una forma concreta, en una explicación y una aplicación más extendidas, de tal manera que inversamente el estudio de esas ciencias se revela necesario para un examen a profundidad de la filo-

sófia. En cambio el estudio de la filología, una vez que se ha metido en el detalle —lo que no debería ser más que un medio— posee algo tan particular y tan extraño con relación a las otras ciencias que no subsiste más que un lazo tenue y muy pocos medios de acceso a una ciencia y a una profesión efectiva.

Como ciencia propedeutica, la filosofía debe permitir especialmente la educación formal y el ejercicio del pensamiento; no puede hacerlo más que apartándose completamente de lo que procede de la imaginación, y ello a través de la determinabilidad de los conceptos y un procedimiento metódico consecuente. Debe poder realizar este ejercicio en mayor medida que las matemáticas, porque no tiene, como ésta última, contenido sensible.

Hablaba más arriba de *la edificación*, que a menudo se espera de la filosofía. Desde mi punto de vista, incluso si es enseñada a la juventud, no debe ser jamás *edificante*. Pero debe satisfacer una necesidad análoga que quiero mencionar brevemente. Cualquiera que sea la fuerza con que la época moderna justamente ha suscitado de nuevo la orientación hacia una materia consistente, las ideas elevadas y la religión, no es menos cierto que la forma del sentimiento, de la fantasía y de los conceptos desordenados son suficientes, y ahora menos que nunca. Legitimar lo que es rico en contenido como digno de un examen, aprehenderlo y concebirlo en pensamientos determinados y evitar así comprometerlo por caminos oscuros, esa debe ser la ocupación de la filosofía. Considerando tanto esto como el contenido de la filosofía, no quiero para terminar sino mencionar ese fenómeno notable de ver que un filósofo enseña en filosofía algunas ciencias de una forma más o menos amplia que otro, o incluso que enseña otras. La materia, el mundo del espíritu y de la naturaleza, es siempre el mismo, y es por lo que la filosofía debe también descomponerse en esas mismas ciencias particulares. Ciertamente, es sobre todo a la confusión a la que conviene atribuirle esa disparidad, confusión que no conduce a conceptos determinados y a distinciones sólidas; a ello contribuiría también el desamparo si al lado de la filosofía trascendental más moderna, se debiese enseñar la antigua lógica, y al lado de una metafísica escéptica la teología natural. Y he subrayado que el material antiguo tenía seguramente necesidad de una transformación efectiva y no podía solamente hacerse a un lado. Por otra parte, es de sobra conocido en cuáles ciencias debe repartirse la filosofía: lo universal totalmente abstracto pertenece a la *lógica*, con todo lo que anteriormente comprendía la metafísica;

lo concreto se divide en *filosofía de la naturaleza*, que no es más que una parte del todo, y en *filosofía del espíritu* a la que pertenecen además de la psicología y la antropología, la doctrina del derecho y los deberes, la estética y la filosofía de la religión, a la cual conviene añadir incluso la historia de la filosofía. Con relación a lo que podría aparecer como divergencia en los principios, la naturaleza del objeto proporciona una división que se aplica a las ciencias que hemos nombrado, así como la manera como se les debe tratar.

Por lo que se refiere a las disposiciones externas destinadas a apoyar el curso, por ejemplo la cuestión de las *conversatoria*, me abstengo de agregar nada porque veo con estupor cuánto he sido ya prolijo y cuánto he usado de su indulgencia. Sólo agregaré mis deseos más sinceros en la continuación de vuestro viaje y la seguridad de mi más alta consideración y devoción.

Nuremberg, 2 de agosto de 1816

CAPITALISMO — MERCADO — SOCIALISMO *

Jacques Bidet

Hace ya tres años que terminé de escribir este análisis de las categorías de *El capital*. Con la retrospectiva que permite el transcurso del tiempo, hoy aparecen ciertas conclusiones adicionales que se refieren a esta constatación: la forma determina el contenido; la forma de exposición de *El capital* determina la definición de su objeto: "el capitalismo".

Marx parece unir correlativamente capital y mercado del mismo modo que un socialismo y plan. De acuerdo con el orden de su exposición y con toda su estrategia de escritura, Marx tiende a hacer de las relaciones de producción mercantiles (o de la estructura concurrencial) una determinación propia de la sociedad capitalista y, al mismo tiempo, no las sitúa en el "núcleo esencial" de ésta, sino más bien en su "superficie". Su metodología totalizadora valoriza como esencia la relación entre las clases y coloca en segundo plano la mediación interindividual de la relación de clases.

Al menos esto es válido en los *Grundrisse*, en donde la exposición comienza por la "circulación simple" considerada como "superficie". Porque en *El capital* Marx, al avanzar en el dominio lógico de los problemas, comienza, por el contrario, por las relaciones de mercado en general, en tanto que forman el estrato más inconcreto del orden capitalista. Este procedimiento si es llevado hasta el final, hace aparecer dos resultados importantes y aparentemente contradictorios. En primer lugar, el mercado no es el

* Prefacio a las ediciones japonesa y croata del libro *¿Qué hacer con El Capital?*, de Jacques Bidet.

“fenómeno” del capital, sino más bien su fundamento. En segundo término, el mercado, en relación con el capital, categorialmente autónomo, es condición para que pueda ser realmente su fundamento, por ejemplo, en el marco de una sociedad socialista.

Ya he demostrado que Marx no asume plenamente esas limitaciones lógicas, o por lo menos no de una manera suficientemente explícita. Quisiera dejar aclaradas las deficiencias teóricas que se derivan de esta carencia.

1. Primero es necesario recordar un argumento esencial. Al exponer la categoría de la plusvalía relativa, al inicio de la Sección 4 del libro 1, Marx la relaciona con la categoría de la plusvalía diferencial. La primera designa el proceso global tendencial que resulta de las prácticas individuales cuyo cuadro está definido por el dispositivo estructural “diferencial” de la libre competencia en la rama. Curiosamente Marx adelanta que la plusvalía diferencial es a la plusvalía relativa lo que el curso visible de los astros es a su curso real, o lo que es el fenómeno a la esencia.

Marx se niega a introducir explícitamente aquí las categorías correspondientes a la libre competencia, mismas que no desarrollará de manera sistemática sino hasta el Libro 3. Sin embargo, a pesar de su aparente reticencia, son en realidad estas categorías las que movilizan (y con justa razón) la explicación del desarrollo capitalista. En efecto, sólo la estructura (plusvalía diferencial) puede explicar la tendencia (plusvalía relativa). Y lejos de poder ser relegadas al Libro 3, las categorías de la libre competencia ya son necesarias desde el primer Capítulo del Libro 1 para la explicación de las relaciones mercantiles en general.

Marx descubre poco a poco esta exigencia lógica del sistema que construye y retrocede hacia ella, pero no llegará a hacer una exposición adecuada de este primer momento. Lo que nos hace falta al principio de *El capital* no es solamente la introducción sistemática del conjunto de las categorías económicas que implica la noción del mercado en general, sino también la del conjunto de las determinaciones jurídicas, ideológicas y políticas conexas. Sin embargo, Marx escribió fragmentos decisivos, sobre todo a partir del proyecto explícito de la exposición multidimensional de ese primer momento.

Con estas carencias, con estos rechazos, se relacionan los efectos teóricos que marcaron la tradición marxista y que conciernen tanto al análisis sociopolítico del capitalismo como a la problemática del socialismo.

2. En efecto, el estatuto de fenomenalismo que afecta la libre competencia, en tanto que sistema de relaciones económicas interindividuales, tiende a contaminar la esfera jurídica y política.

A medida que Marx avanza en sus redacciones sucesivas "consolida" el terreno de lo mercantil. Corrige el proyecto inicial de los *Grundrisse*, es decir, el de proceder de la *superficie* de las relaciones capitalistas hacia su *esencia* interna. La superficie era entonces comprendida como mercantil y cambiaria, y la esencia productiva, como capitalista. A la superficie pertenecía la apariencia de igualdad y de libertad; a la primera, la propiedad, y a la otra, la apropiación, etcétera.

De una redacción a otra, Marx avanza sobre un camino que, si él lo hubiera seguido explícitamente hasta su término, lo habría conducido a un total cuestionamiento de esta problemática. En efecto, si estamos de acuerdo con que el primer momento no es el del fenómeno de lo aparente o de la superficie, y que tampoco es el del intercambio sino el de las relaciones abstractas de producción y de intercambio mercantiles, las categorías ulteriores, las relaciones mercantiles aparecen entonces, en su emergencia histórica, como instaurando el orden del individuo, de su propiedad. Esas relaciones desarrolladas de manera abstracta en su pureza "conceptual" implican un orden jurídico en el que cada individuo es libre propietario inalienable (aunque no sea más que de su fuerza de trabajo), universalmente reconocido como tal, así como un orden político cuya función es asegurar el ejercicio de las relaciones contractuales entre estos propietarios. Lo específico de las categorías de un modo de producción es ser simultáneamente económico-político-jurídicas. No pueden ser de otra manera las categorías de la Sección 1.

Ahora bien, Marx no llega hasta las últimas consecuencias de esta lógica; su teoría política explícita se sitúa de golpe en el nivel de la Sección 3: es la teoría de una articulación de clases, una dominante y otra dominada. Este enfoque presenta la ventaja de mostrar que el "contrato" salarial encierra un contenido no contractual de "dominación-explotación" y por lo tanto hace ilegítimo el contrato social liberal, fundamento que se supone de orden político, cuyo objeto sería el de asegurar que la vida social entera pueda descansar sobre estos contratos individuales. Este enfoque hace recaer la sospecha más radical sobre la "legalidad" burguesa y autoriza a los revolucionarios a liberarse de ella. Sin embargo, Marx abre un espacio incontrolable desde el momento en que su crítica

política tiende a inscribir la articulación mercantil y las categorías jurídico-políticas, que están íntimamente unidas a ella, en el orden del fenómeno o de la "superficie". Si por el contrario se considera, como se debe, el primer momento de la exposición, (el de las relaciones de la producción-circulación mercantiles) como afectado por el mismo índice de realidad que el segundo, (el de la articulación de clases) uno no puede oponerlos como fenómeno y esencia, como superficie e interior, sino como dos momentos igualmente reales de una estructura, entre los cuales la relación es funcional-contradictoria; funcionalidad de un sistema capaz de reproducirse, contradicción de las condiciones en las cuales se efectúa esta reproducción; contradicción entre la igualdad y la libertad de los librecambistas, y la desigualdad y falta de libertad de los asalariados. Contradicción entre dos niveles igualmente reales de las relaciones sociales y no abolición ni "*Aufhebung*". Si estas relaciones mercantiles son afectadas por el mismo índice de realidad como las determinaciones propiamente capitalistas expuestas posteriormente, estas relaciones mercantiles no pueden, en sus dimensiones jurídica y estatal, ser pensadas ni como las relaciones dominantes (como lo pretende el liberalismo), ni como "invertidas" o contrarias en esas relaciones lógicamente posteriores. Como tampoco, en el plan económico, la "transformación del valor en precio" es una inversión, no hay en el plan jurídico-político transformación de la igualdad o de la libertad en sus contrarios, porque en la relación salarial, bajo la ilusión del intercambio equitativo, la forma jurídica permanece, y eso es muy significativo. Entre el primer momento de la exposición teórica (relaciones mercantiles) y el segundo (relaciones capitalistas) no hay inversión sino contradicción. De uno a otro no se pasa de la superficie a la esencia, sino de un nivel esencial a otro igualmente esencial, entre los cuales existe una tensión contradictoria. Legítimamente, no se puede tratar este estrato mercantil como apariencia o aspecto superficial, ni oponerlo a la realidad de la explotación y de la subordinación, ya que es completamente real y profundo. Precisamente es ese estrato el que define el campo más general de las posibilidades que se ofrecen a los asalariados en el interior del capitalismo. Posibilidad de hacerse reconocer efectivamente como sujeto de contratos cuyo poder público asegura el respeto. Poder público del que cada individuo forma parte como elemento constitutivo. Esta determinación, ciertamente, no tiene significación revolucionaria más que en su relación con otras determinaciones que conciernen a la dinámica de

desarrollo de la clase obrera y a las condiciones prácticas de la lucha de clases. Pero la libertad "formal" de la relación mercantil en general es un elemento decisivo de esta dinámica.

A estas determinaciones jurídicas pertenecen las condiciones políticas específicas. Nada autoriza a Marx a situar su teoría política solamente en el nivel de la Sección 3, el de la articulación capital-trabajo. Sabemos a partir de Hobbes que desde que se planteó un orden contractual interindividual generalizado se presupone una forma dotada del monopolio de la violencia legítima. Ahora bien, Marx definió en el Capítulo 2 de *El capital* los atributos jurídicos del libre cambista (y es necesario subrayar que él lo hizo en el registro de la "apariencia" y sin hacer alusión a la forma estatal que los garantiza. Sin embargo, se observará que no puede desarrollar esta Sección 1 sin mencionar el Estado. Pero él no recurre a esta noción esporádica e incidentalmente, por ejemplo, al hablar de la moneda él enuncia que bajo la forma del circulante numérico se presupone al Estado y, por tanto, también la noción de frontera, de territorio nacional, etcétera.

En este nivel de exposición, Marx no pretende siquiera desarrollar adecuadamente la forma del Estado inherente al sistema, es decir, la del Estado de los propietarios, de todos los propietarios incluyendo aquéllos que no posean más que su fuerza de trabajo. A pesar de una serie de correcciones sucesivas a los *Grundrisse*, en las últimas versiones de *El capital* tiende a hacer de las relaciones mercantiles un elemento fenomenológico, oponible a la relación capitalista y constitutivo de la esencia. Así, él da prioridad a una definición económica y política del modo de producción capitalista, que coloca en el centro del análisis la relación entre clases sociales, opuesta como esencial a la relación no esencial entre los individuos. Por este hecho, Marx no puede explicar las formas específicamente democráticas que han podido desarrollarse dentro de un gran número de sociedades burguesas.

Ciertamente se encuentran en los escritos políticos de Marx numerosos textos elogiando no solamente el papel histórico de la burguesía, sino especialmente las libertades burguesas y su valor positivo para el proletariado; sin embargo, resulta que en su obra maestra Marx no suscribe sus "consideraciones" en un marco teórico que los retome y que sólo puede definir su pertinencia. Evidentemente es necesario cuidarse de mitificar esta virtualidad democrática. Al principio, el mundo capitalista fue asalariado en el centro y esclavista en la periferia, formando ambos concretamente

un sistema. Por lo demás la polaridad se perpetúa. Y en el centro mismo florecen no solamente la explotación sino también la opresión política, sin hablar de la guerra. Pero no es válido definir al Estado capitalista solamente por la articulación de una clase dominante y de una clase dominada”, ni de una manera más general la articulación de clases, porque no es legítimo definir las relaciones mercantiles como fenómenos oponibles a una esencia, como relaciones de clases que revelarían la clave del sistema. La forma política del Estado capitalista se determina por la relación contradictoria entre estos dos momentos, el mercantil y el capitalista. El objetivo histórico de la clase asalariada no puede ser más que el de la superación radical de la propiedad privada de los medios de producción de esta forma de mercado. Marx justifica indiscutiblemente la tarea revolucionaria, pero una parte de la fuerza necesaria para esta empresa se debe sacar de esta misma forma de mercado, de su forma jurídica que condiciona en su origen la forma económica. No se puede pensar esta empresa partiendo solamente de la idea de que la clase dominante en el proceso de acumulación cava su propia tumba. Porque estas virtualidades históricas y revolucionarias se arraigan en una matriz más general-abstracta que la relación de clases, pero al mismo tiempo tan real, en este acontecimiento histórico y pasajero pero importante en la historia humana, como es la emergencia de la estructura político-económica del mercado.

En su crítica a la teoría hegeliana y en formulación de la problemática del materialismo histórico, Marx desmistifica al Estado moderno como lugar del dominio burgués; así hace aparecer a la sociedad entera como víctima de las contradicciones de clases. Estos avances decisivos tienen en contrapartida un relativo relegamiento de las categorías de la “sociedad civil” que, sin embargo, de un escrito a otro tienden a apoderarse del espacio designado como el de la “base económica”. Es necesario retomar y prolongar este movimiento y desarrollar a partir de ahí la teoría del Estado capitalista a un nivel más destacado que el definido por las actuales temáticas de la derivación (*Ableitung*) basadas en la articulación entre clases.

3. Un elemento de la tradición marxiana y marxista viene a complicar aún más el cuadro. Marx, tiende, por todo un aspecto de su estrategia discursiva, a marginalizar el lado mercantil y sobre todo el concepto de la libre competencia; por otro lado y de manera indirecta en otro conjunto de contextos, él caracteriza definitiva-

mente, incluso ontológicamente, nuestra sociedad como mercantil. Recordemos su división tripartita del curso de la historia, evocada en diversos textos, en las fases premercantil, mercantil y post-mercantil. Correlativamente se afirma la pareja decisiva mercado-plan desde el momento en que se trata de pensar en el porvenir socialista.

Como el capitalismo se encuentra determinado por el mercado, el socialismo lo está por el plan. El proyecto socialista aparece como un contrato-político-económico, principio de una distribución general de las labores. Y por todas partes, o casi en todas partes, sabemos que los "discípulos de Marx" han considerado en principio que la primera tarea del poder socialista era la de sustituir al mercado por el plan.

En resumen, pues, Marx tiende a hacer del mercado un fenómeno, pero un fenómeno intrínsecamente capitalista. Yo me propongo lo contrario: por una parte el mercado es claramente el fundamento del capitalismo y por otra parte, sin embargo, se le puede separar. Al menos yo quisiera esbozar un programa de cuestionamiento sobre las condiciones en las cuales la forma del mercado se agregaría teóricamente al concepto del capitalismo, la forma del plan a la del socialismo, sobre las perspectivas de una disgregación teórica y práctica de estos acoplamientos heredados de la historia.

En los *Grundrisse*, la exposición va de la "circulación simple" a la "producción capitalista". Esta progresión dialéctica es interna a la teoría del capitalismo. La circulación aquí considerada es la del capitalismo, pero las relaciones mercantiles son definidas de manera inadecuada puesto que falta la dimensión productiva, apenas evocada, que no surgirá más que en la exposición de la producción capitalista.

Esta es la razón por la que este enfoque no permite establecer la noción de relaciones mercantiles en general, ni tampoco situar el orden mercantil en relación con el orden propiamente capitalista.

El capital tiende a exponer en primer lugar un orden abstracto de la producción-circulación mercantil. Si se lleva a término esta tendencia no se llega al esquema de una sociedad mercantil pre-capitalista porque no nos pronunciamos sobre las determinaciones ulteriores que afectan este orden categorial, sino sobre el concepto general e indiferenciado de relaciones mercantiles de producción-circulación. Marx no mantiene hasta el final su impulso de corre-

gira, se queda en una exposición incompleta, evoca ciertas categorías, tales como las de valor-trabajo, tiempo de trabajo socialmente necesario, pero una parte importante de las nociones que por derecho forman en conjunto el sistema (productivo) del mercado, especialmente los de la libre competencia, no aparecen más que en el Libro 3. Su esquema mercantil queda pues todavía implicado en el esquema del capital, el mercado no parece ser más que un elemento del sistema capitalista. Correlativamente, le falta proporcionar el concepto de mercado en general. Agreguemos que por lo demás, era necesario comenzar por "el mercado", no por la mercancía y para un pensador tan "relacionista" como Marx (para retomar un término de W. Hiromatsu), él era sin embargo el más capaz de comprenderlo.

Una exposición ordenada de la teoría definiría el estrato mercantil como un momento *categorialmente* autónomo, es decir, que no implica para su constitución ninguna referencia a las categorías superiores del capital. Eso implicaría una doble enseñanza.

El pondría de manifiesto que estas relaciones, en su conexión conceptual, no solamente pertenecen a la esencia del capitalismo sino que constituyen su fundamento. En efecto, las relaciones superiores, o relaciones propiamente capitalistas, no son más que su transformación. Su concretización ya sea real o imaginaria. El demostraría en consecuencia que las formas sociales que cuestionan las relaciones mercantiles afectan al mismo tiempo las relaciones capitalistas de las que son fundamento. Desde luego, la emergencia de estatización de la economía no es unilateralmente destructora de las relaciones capitalistas. Al contrario, la clase económicamente dominante tiende a constituir al Estado como instrumento de su poder. La clase dominante no puede, sin embargo, hacerlo sin comprometerse en un proceso ambiguo y contradictorio sobre una frontera variable, donde cada distanciamiento en relación con el orden del mercado, si significa una iniciativa tomada para conservar, no es menos arriesgada históricamente: constitución de un conjunto concentrado de poderes y de saberes sobre el cual podrá ejercerse la fuerza concentrada de la clase adversa.

En segundo lugar, esta colocación en la posición inicial, separada de los relaciones mercantiles como relaciones producción-circulación en general, haría posible el examen de su separabilidad en relación con el capitalismo y el estudio de las condiciones estructurales diversas en las cuales pueden insertarse (y encontrar las condiciones reales de existencia) ya sea a título de elemento primordial,

ya sea a título más marginal o subalterno. No es que se pueda aislar el mercado como un tipo ideal ahistórico ni con mayor razón consagrarlo como el modelo de la actividad económica racional. Se trata más bien de una forma social particular, nacida en unas condiciones históricas determinadas. Tampoco trato de sugerir que la forma mercado, que es el fundamento del capitalismo, con la individualidad del propietario que presupone, constituiría el principio de todo orden democrático. El socialismo se define al contrario, por la búsqueda de un principio superior de individualidad. Yo quisiera solamente someter teóricamente a prueba la idea que esta forma expresa sus virtualidades últimas en el capitalismo.

Eso supondría una revaloración radical de las categorías de plan y de mercado. Nos contentaremos con señalar que la pura teoría del mercado no se identifica con la del mercado puro de concurrencia pura y perfecta.

El mercado define de golpe un cuadro en el cual pueden constituirse compromisos, intervenciones de una racionalidad "apriori" en unión con la instancia estatal requerida por la estructura mercantil misma. Por otra parte, un presupuesto constante de Marx parece ser la oposición entre el carácter oscuro y anárquico del mercado y el carácter transparente y ordenado del plan. Oscuridad porque la producción mercantil no manifiesta espontáneamente su contenido de trabajo (fetichismo). Anarquía porque por esta razón no es nunca objeto más que de reajustes posteriores. En el socialismo, por el contrario, conviene en su opinión el plan, que se establece a partir de la consideración del conjunto de las necesidades, de los medios y de los objetivos. Sin embargo, la experiencia histórica nos ha enseñado que la planificación socialista comportaba también oscuridad y anarquía porque no existe conocimiento de las necesidades y de los medios más que sobre la base de las declaraciones de los agentes económicos, quienes en los diversos niveles tienen sus intereses, sus responsabilidades y propias estrategias. El control del conjunto planificado por los trabajadores asociados encuentra obstáculos que son de naturaleza estructural. El plan no se opone al mercado como el medio del socialismo al del capitalismo. Vemos en qué condiciones, en el seno del escrito de Marx, principio de toda una tradición analítica, se articularon mercado y capital formando una sola entidad dialécticamente integrada. Comprendemos también que la exposición de la teoría del modo de producción capitalista no puede ser conducida adecuadamente así. En efecto, conlleva por derecho un primer momento que debe ser for-

mulado en términos político-económicos del materialismo histórico, el del conjunto categorial de la producción-circulación mercantiles en general, definido ante cualquier especificación capitalista. He tratado de expresar la necesidad de retomar sobre nuevas bases el proyecto de una exposición de la teoría del modo de producción capitalista "según el orden de las razones". Esta exigencia de una exposición ordenada, fuertemente sentida por Marx pero ampliamente desconocida después, fue expresada de manera brillante por Kozo Uno.

El procedimiento aquí propuesto difiere sin embargo del que propuso el maestro japonés. El primero tiende a manifestar la autonomía categorial de las relaciones de producción mercantil, a demostrar que el capitalismo no puede identificarse con la "economía del mercado" sino que más bien representa un tipo histórico particular del desarrollo de la forma de mercado. Esta revalorización se funda sobre el conjunto de los análisis propuestos en este libro, y en primer lugar reconsiderando la categoría "política del valor del trabajo" por la que comienza. Ella no pretende de ninguna manera conducir hacia un socialismo de mercado que pueda oponerse a los socialismos planificados. El asunto del socialismo, que es el de la emancipación del hombre moderno, va más allá de esta alternativa. Ella pretende únicamente proporcionar algunas consideraciones previas a la discusión actual, mostrando qué "obstáculos epistemológicos" implica la formulación clásica de la teoría y bajo qué condiciones pueden superarse.

(Traducción de Guillermo Aragón Loranca)

LIBROS

Enrique Dussel. *La producción teórica de Marx: un comentario a los Grundrisse*. México, Siglo XXI, 1985. (Biblioteca del pensamiento socialista, serie estudios críticos), 424 pp.

Rubén García Clark

1. Este texto, impreso en noviembre de 1985, fue anunciado en el mismo mes de su impresión durante los Congresos Nacional e Interamericano de Filosofía, celebrados en la ciudad de Guadalajara y en los que participó el autor. En los meses de diciembre y enero siguientes, el autor fue entrevistado por diversos medios de prensa ante los cuales sostuvo que la intención de su estudio sobre los *Grundrisse* es ir a Marx mismo, es decir, al Marx histórico y concreto, sin intermediación de interpretaciones dogmáticas que rehúyen del Marx autocrítico y que buscan aplicar mecánicamente su pensamiento a la realidad latinoamericana en lugar de continuarlo, tomando de él los elementos teóricos cuyo desarrollo permita explicar, por ejemplo, la cuestión de la dependencia, el problema de la deuda y la situación en Centroamérica.* Estos dos últimos puntos no son abordados en el texto. En las "Palabras preliminares" se pueden ver con más detalle estas consideraciones del autor sobre su obra.

* *Cfr. La Jornada*, 26 de diciembre de 1985, p. 17. *Proceso*, núm. 479, 6 de enero de 1986, p. 63. *Gaceta UNAM*, 16 de enero de 1986, p. 14. En *La Jornada*, 8 de febrero de 1986, se anuncia la presentación del libro que reseñamos, a celebrarse en la Casa de la Cultura de Coyoacán, el 12 del mismo mes, con la participación de Agustín Cueva, Cesáreo Morales, Gabriel Vargas Lozano y el autor.

2. Dentro de la trayectoria intelectual de Dussel, *La producción teórica de Marx* viene a ser un momento de su acercamiento al pensador alemán. Ya en su seminario de Filosofía Política de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el profesor Dussel había abordado los *Manuscritos del 44* y en los años de 1984 y 1985 publicó breves estudios sobre el *Cuaderno tecnológico-histórico* de 1851, escrito por Marx en Londres. Además tiene proyectado continuar sus investigaciones hasta *El capital*. Enrique Dussel llega a Marx, según confesión propia, después de una fase de "antimarxismo antidogmático", antiestaliniano y antialthusseriano. Esta opción antimarxista, según el mismo Dussel, estuvo motivada por errores coyunturales del PC argentino, pero ha sido superada por aquél a partir de su encuentro con Marx mismo, al que en ese momento desconocía (*Cfr. PTM*, p. 454). El citado rechazo inicial del marxismo tiene también explicación en las dificultades que se le presentaron a Dussel para incorporar a Marx dentro de su matriz filosófica. En 1972 considera Dussel al marxismo como un sistema interpretativo no viable para América Latina, en tanto que en ese momento nuestro autor ubica a Marx en el horizonte de la ontología moderna, europea, es decir, dentro del sistema hegeliano, al que invierte Marx pero no supera (*Cfr. La dialéctica hegeliana*. Mendoza, Ser y Tiempo, 1972, pp. 159-161). Sin embargo, en los *Grundrisse*, Dussel "descubre" que Marx se encuentra más allá de dicho horizonte y que es, por tanto, rescatable. Cabe destacar que Dussel ya no verá en Marx europeísmo simplemente sino un tratamiento de la cuestión nacional en el nivel abstracto del capital en general (*Cfr. PTM*, p. 405).

3. Lejos de ubicarse más allá del conflicto de las interpretaciones, como pretende su autor, *La producción teórica de Marx* es un texto sumamente polémico y discutible. Sin reparar en el carácter preparatorio e inédito, en vida de Marx, de los *Grundrisse*, Dussel enfrenta a partir de ellos, en tanto que según él muestran al Marx definitivo, a diversos autores, entre ellos a algunos de los voceros del llamado materialismo dialéctico (Politzer y Konstantinov), a Althusser y en especial a Horacio Cerutti, quien en su *Filosofía de la liberación latinoamericana* hizo una evaluación crítica de la obra de Dussel.

a) Contra el materialismo dialéctico Dussel sostiene que el problema de la anterioridad o posterioridad de la materia respecto de la conciencia es ajeno a Marx, a quien más bien le interesa la relación productiva entre el sujeto que trabaja y la materia

prima (que no es naturaleza sino ya producto), relación en la cual el sujeto es anterior, *a priori*. (Cfr. especialmente pp. 177 ss).

b) Contra Althusser rechaza Dussel, sin mayor explicación, el concepto de práctica teórica y lo sustituye por el de producción teórica (Cfr. PTM, p. 51). También rechaza contra Althusser y contra el Marx de la *Contribución*... la metáfora de la base y la superestructura, diciendo que para Marx la metáfora apropiada es el círculo (Cfr. p. 47 n.). De igual forma, se opone a que se le asigne al concepto de modo de producción el carácter de supercategoría en detrimento de categorías paralelas como modo de intercambio, circulación, consumo o apropiación. Sin embargo el mismo Dussel usa más adelante el concepto de modo de producción en sentido genérico y repite hasta el cansancio que el nivel de la producción es la instancia esencial del sistema capitalista. En oposición de Althusser e implícitamente del Marx de la *Ideología alemana* sostiene Dussel que lo ético es un momento esencial de lo económico, de ahí que la ética (o la moral) no pueda ser relegada a un nimbo superestructural de normas (Cfr. p. 228 n.). Finalmente destaca la tesis antialthusseriana de que la problemática antropológica en Marx siguió ocupando un lugar central aún después de la llamada época de ruptura. Marx fue siempre filósofo y economista a la vez.

c) Contra Cerutti señala Dussel, siempre a pie de página, interminables "muestras" de que su coterráneo hizo una lectura dogmática, confusa y deficiente tanto de Marx, especialmente en lo que toca a la exterioridad del trabajo y a sus conceptos de pobre y de pueblo, como de Dussel mismo, en cuanto a su supuesta concepción elitista y acientífica de la filosofía y en cuanto a su posición política.

4. Dentro de los objetivos generales de *La producción teórica de Marx* podemos enumerar los siguientes: demostrar que en los *Grundrisse* se da una ontología del capital, una metafísica del trabajo y elementos para reconsiderar la cuestión de la dependencia.

a) En Marx se presenta la primera ontología del capital, según la cual el ser fundamental del capital es el valor en cuanto valor, el cual se manifiesta fenoménicamente, en distintos niveles y subniveles de abstracción y concreción, de diversas formas (como dinero, como trabajo objetivado, como mercancía, como medios de producción...). Dussel pone especial énfasis en la prioridad del proceso de producción (esencial) sobre el proceso de circulación (fenoménico) del capital, en tanto que en el primero se crea

plusvalor, el cual determina la ganancia que ocurre en el segundo. Destaca el doble proceso de valorización y desvalorización (este último descuidado por Rosdolsky) del capital, señalando de qué manera influyen en tal proceso la dimensión tecnológica (capital constante) y las dimensiones de la espacialidad y temporalidad del capital. Asimismo aclara que cuando Marx expone los modos de apropiación precapitalistas, la acumulación originaria no se da bajo la forma capitalista sino la forma dineraria (tesoro) que será subsumida por el capital. En este contexto Dussel observa que en los *Grundrisse* predomina el enfoque lógico (ontológico) sobre el histórico.

b) En Marx se desarrolla una metafísica del trabajo, en tanto que el trabajo vivo se encuentra más allá del horizonte ontológico del capital, al que se le enfrenta como subjetividad, como el no-ser del capital, como exterioridad. La exterioridad metafísica del trabajo se da a tres niveles: como trabajo libre (despojado de medios de producción en el momento precapitalista), como opuesto al capital, como trabajo enajenado, desposeído (momento capitalista) y, dentro del horizonte crítico-utópico, que no ideológico, de Marx, como trabajo emancipado del yugo del capital que se levanta libre sobre las bases del tiempo libre que trae consigo el desarrollo de las fuerzas productivas bajo el poder civilizador del capital.

Marx mismo, al instalarse en la perspectiva práctico-política de la exterioridad del trabajo, habiendo optado por el pobre (posición de clase, distinta a su situación pequeñoburguesa de clase), puede superar a la economía política burguesa, instalada en el horizonte ideológico del capital. Este movimiento operado por Marx bien podría llamarse la dimensión metafísica del trabajo teórico. Marx revela el secreto de la explotación, que no sólo es un fenómeno económico sino también moralmente perverso en tanto "robo", en tanto enajenación del trabajo y del trabajador y en tanto sometimiento de éste al poder de la máquina (manifestación objetiva del rostro del capitalista). Con esta revelación pone Marx las bases para emprender el proceso liberador de desenajenación.

c) Dussel propone, a partir de los *Grundrisse* que la cuestión de la dependencia se aborde tanto a nivel abstracto (capital nacional, especialmente en cuanto a la escasa composición orgánica del capital periférico) como a nivel concreto (competencia de capitales, enfrentamiento entre el capital central, supervalorizado, y

el capital periférico, menguado por la transferencia de valor). Así planteada la cuestión de la dependencia no queda lugar para abogar por el desarrollo del capital periférico (contra el etapismo), imposible dentro de la totalidad concreta del capital global mundial. La alternativa habrá de ser, nuevamente desde la exterioridad, el pueblo (bloque social dominado, clases oprimidas), éste es el sujeto revolucionario que subyace a los cambios en las formas de apropiación.

5. En términos generales podemos concluir diciendo que la lectura que hace Dussel de Marx es cuestionable en diversos sentidos.

a) Dussel supone en Marx una utilización acrítica de la lógica de Hegel ya que ontologiza, en apego obsesivo a las palabras, los distintos momentos metodológicos del discurso de Marx. Tal ontologización le permite a Dussel hipostasiar un momento abstracto (exclusivamente lógico) como el de la subjetividad pura del trabajo. Una vez hipostasiada la subjetividad pura del trabajo cuenta Dussel con el fundamento de su categoría de exterioridad por vía del contraste: el capital es el ser puro, excluyente, el trabajo vivo el no ser, la exterioridad. La traducción real que trata de hacer Dussel de esa subjetividad abstracta lo lleva nada menos que a los marginados (sin trabajo), que son potencialmente, como ejército de reserva, aliados del capital y actualmente, en tanto pasivos, como la negación del trabajo vivo.

b) En su lucha encarnizada contra el mecanicismo estaliniano y contra el althusserianismo, Dussel cae en el subjetivismo. Es el pueblo, en tanto sujeto y substancia de la historia y en tanto exterior a las leyes de la totalidad (ontológica), el motor de la revolución que habrá de realizar la utopía. Por otra parte, en contra del "antihumanismo teórico", Dussel convierte a los agentes de la producción en sujetos morales o personas que en el seno mismo de la relación económica sostienen una relación ética.

c) Dussel pone a la exterioridad del trabajo como supuesto y bajo tal supuesto la liberación se torna tautológica, en tanto que antes, durante y después de la subsunción del trabajo por el capital, el trabajo como trabajo vivo o como no-capital o como horizonte utópico sigue siendo libre, al menos en sentido metafísico. El trabajo no busca ser otro que el capital porque ya lo es, y para ser exterior al capital necesita de él como punto de referencia. En cambio, para Marx, la libertad no es punto de partida sino punto de llegada, el trabajo como negación del capital forma

parte de él y dentro del sistema tendrá que agudizar su relación contradictoria con él para asumirlo-superarlo; sólo así podrá devenir realmente libre.

d) Políticamente la consagración dusseliana de la exterioridad del sujeto (trabajador o sujeto-pueblo) condena a este sujeto revolucionario a mantenerse fuera de la objetividad, fuera del sistema, y por tanto imposibilitado para transformarlo. El destino final de este sujeto que ha renunciado a los medios objetivos de transformación es el voluntarismo y el marginalismo.

La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel

Carlos Figueroa Ibarra

Hace algún tiempo, la Universidad Autónoma de Puebla editó el libro de Dora Kanoussi y Javier Mena que tiene por título el mismo que encabeza esta reseña. Varios son los méritos de este texto, el principal acaso sea el que en el contexto de una densa redacción ofrece al lector una original interpretación del ordenamiento interno del pensamiento de Antonio Gramsci en los *Cuadernos de la cárcel*.

Cabe destacar que siendo, como sus mismos autores apuntan, un trabajo filológico que pretende hacer un estudio del pensamiento gramsciano "desde adentro" a efecto de encontrar su propia coherencia, *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la cárcel*, resulta ser una obra de propósitos ambiciosos, que coloca a sus autores en la discusión que desde hace varios años mantienen los más prestigiados del tema. El que Guiseppe Vacca así lo vea —al plantear que el libro de Mena y Kanoussi sea rico en nuevas posibilidades, incluso comparándolo con las aportaciones de Franco de Felice— resulta ser para los autores un comentario sumamente elogioso. El que Vacca agregue que se trata de un trabajo pionero en la ordenación del pensamiento de Gramsci a través de las categorías gnoseológicas que lo guiaron y que valore la utilización peculiar de los *Cuadernos* 10. y 11, se convierte en la confirmación del espaldarazo.

Desde un perspectiva latinoamericana, encuentro otros elementos positivos en el libro de Kanoussi y Mena. En un momento como el que vivimos ahora en la región, en el cual la experiencia de las dictaduras militares hizo oscilar a las ciencias sociales, y a

buena parte de la izquierda hacia posiciones más moderadas, y en el que la fundamentación teórica de dichas perspectivas pasa por descartar de una buena vez al leninismo y el de hacer una lectura reformista de Gramsci, la que hacen los autores nos ofrece al mismo tiempo una visión novedosa del pensamiento de éste sin que ello implique el sacarlo del terreno del marxismo revolucionario. En efecto, para los autores, Gramsci sería el “tercer momento” del marxismo revolucionario, lo que quiere decir que sin incurrir en la interpretación de un Gramsci leninista —que lo ubicaría en el terreno exclusivo de las premisas leninistas—, tampoco el pensador italiano es concebido como expresión de la ruptura plena con respecto a Lenin, sino más bien su “continuación-superación”: “Si Gramsci es impensable sin Lenin, el pensamiento de aquél constituye la superación dialéctica de éste” (p. 73).

Esta superación se puede observar en diversos temas: en la teoría de la revolución pasiva como canon de interpretación histórica en la que se observa un desarrollo de la concepción de Lenin con respecto al ciclo de las revoluciones burguesas; derivado de lo anterior, en su teoría del Estado y de partido (teoría de la hegemonía) y por tanto en su teoría de la revolución (guerra de posiciones); finalmente en la teoría del imperialismo, en que la concepción de Lenin se ve enriquecida por la aportación gramsciana con respecto al americanismo (taylorismo, fordismo, neofordismo) como revolución pasiva en la etapa descendente del capitalismo.

Veo en el libro de Kanoussi y Mena una interpretación de Gramsci consecuente con la idea de Gramsci que ha tomado de Labriola: “Que la filosofía de la praxis es autónoma, original e independiente, y en cuanto tal, por lo tanto, está predispuesta a ulteriores desarrollos, según sus propios principios y según las relaciones sociales a las que corresponde” (p. 19). Lectura ortodoxa, mas no hecha pensando nuevas realidades con viejos conceptos (p. 41), es decir, dogmáticamente.

Los autores han dividido su trabajo en seis partes; una introducción, tres capítulos centrales (II, III, IV), una parte conclusiva (V) y un capítulo complementario (el VI). Siendo los capítulos II y III, preparatorios del IV, es éste último precisamente el clímax de su discurso. Es en este capítulo en el que abordan la categoría de *revolución pasiva*, la cual a juicio de los autores —he aquí la principal novedad en su lectura— es la categoría central, la que vertebra a los *Cuadernos de la cárcel*. Para ellos, “el orden interno o ritmo interior de los *Cuadernos* consiste

precisamente en los tres niveles en los que Gramsci teoriza sobre la revolución pasiva y en la centralidad del nivel o "lenguaje científico" de la filosofía y, por tanto, de los cuadernos 10 y 11". Estos cuadernos son, según los autores, la síntesis de la reflexión de la que se desprenderán los desarrollos temáticos que Gramsci efectúa en los cuadernos monográficos posteriores (p. 14).

En el capítulo II (La filosofía de la praxis), los autores se esfuerzan por expresar la visión gramsciana de las fuentes originarias del marxismo y los principios generales de esa nueva filosofía. Con respecto al primer punto resaltan que Gramsci ve a Hegel y a Ricardo como las fuentes fundamentales. El primero porque es la expresión filosófica superior que trasciende el dualismo materialismo-idealismo —hecho que escapa a Bujarin y es la raíz de su vulgata— al plantear la identidad entre lo real y lo racional (aunque tal superación en la medida en que se hace de modo especulativo y en el terreno del idealismo hace surgir al hombre pero lo hace "caminar de cabeza"). El segundo, porque proporciona al marxismo la ley de tendencia y con ella se libra a la dialéctica de su carácter especulativo, mientras que a su vez la dialéctica permite pensar la ley de Ricardo de manera concreta, real e historicista. El resultado de todo ello es una "nueva inmanencia", la que supera el dualismo, pero que también coloca al hombre sobre sus pies. Con respecto al segundo punto, los principios generales de la nueva filosofía estarían centrados básicamente en los cánones de interpretación de la historia y de la política dados por Marx en el *Prólogo del 59*, los que en opinión de Kanoussi y Mena son las "fuentes más profundas y directas de Gramsci". Tales cánones son: *a*) que los hombres adquieren conciencia de los conflictos de la estructura y de la necesidad de resolverlos, en el terreno de las ideologías, *b*) que ninguna sociedad desaparece sin antes haber agotado todas sus posibilidades de desarrollo, y *c*) que ninguna formación social surge sin que existan ya las condiciones materiales de su existencia (p. 32). De estos principios partiría la idea gramsciana de la "traducibilidad" de los tres lenguajes científicos del marxismo: el de la historia, el de la política y el de la filosofía. La "traducibilidad" será tema recurrente a lo largo del libro y por tanto en el capítulo III será retomado. La *filosofía* devendrá *política* si se convierte en concepción del mundo por la dialéctica de la alta y baja cultura, la filosofía será verdadera sólo si se realiza *históricamente* (pp. 33, 34) y la filosofía sólo se transforma en *historia* por mediación de la *política*, la cual a través de

los intelectuales es elaborada y difundida (convertida en hegemonía) y culmina en la fundación de un nuevo Estado.

Este punto nos lleva a una idea fundamental expresada en el capítulo III. En la medida en que Croce —haciendo crítica revisionista del marxismo y reduciéndolo a economicismo— hace énfasis en el momento “ético-político” de la historia, esto es en el momento de la cultura, del Estado, del pensamiento como elementos del dominio político, Gramsci “retraduce” el pensamiento croceano y convierte ese énfasis de connotación idealista en el fundamento de su teoría de la hegemonía, la cual es la forma necesaria de un bloque histórico concreto (p. 56). Al revertir la crítica croceana al marxismo Gramsci construye la teoría de la hegemonía, la cual se constituye en la superación de Lenin y de su centralidad de la política expresada en el *¿Qué hacer?* y en *El Estado y la revolución*.

Croce hace hipóstasis de la hegemonía, Gramsci la convierte en un momento de la *historia total* de una formación y de esa manera, continuando los pasos de Lenin, enriquece al marxismo y elimina la connotación economicista-mecanicista que su vulgarización le había adjudicado (p. 58). La importancia de la teoría gramsciana de la hegemonía es vista por los autores como la importancia que el pensador italiano le concede a la *voluntad* en el devenir social. Contrariamente a lo que Croce afirma (que para el marxismo la estructura es el “dios oculto”), la estructura es solamente el escenario de los conflictos que los hombres aprehenden en el terreno de las ideologías, las cuales a su vez se transforman en voluntad política, en acción concreta, en historia en acto, en lucha por la hegemonía, en expresión de la catarsis. Las contradicciones económicas se convierten en contradicciones políticas, las que se resuelven a través de “la subversión de la praxis” (p. 119) o de su consolidación. En esta consolidación o subversión juegan papel importante los intelectuales, los mediadores o “cemento” que une la estructura o superestructura y que postulan y organizan la lucha por distintas alternativas: intelectuales y Estado en la revolución pasiva, o bien intelectuales y partido en la construcción de la nueva hegemonía (p. 70).

Este es momento en el cual los autores arriban al punto climático de su exposición: ni más ni menos que “la clave para la comprensión del pensamiento gramsciano” (p. 79). Los cánones del 59 evidencian el “historicismo absoluto” del marxismo porque ellos expresan la transitoriedad de las sociedades y la dialéctica de su

sucesión. Este es precisamente el conflicto que existe en la estructura: la confrontación entre lo viejo que no quiere morir y lo nuevo que pugna por surgir. Si no fuese porque los hombres toman conciencia de este conflicto en el terreno de las ideologías, el mismo no tendría visos de solución. La afirmación anterior, que tiene un valor gnoseológico y no solamente uno de carácter psicológico y moral, puede tener una expresión clara en el mismo pensamiento de Croce, el cual intenta una vasta operación de revolución pasiva en el terreno de la filosofía al pretender revertir al marxismo a una versión mutilada del hegelianismo (dialéctica de los distintos) en la cual la antítesis resulta siendo neutralizada por la tesis. “Una vez dilucidado el significado filosófico de la revolución pasiva, se puede afirmar que ésta en su conjunto constituye la teoría gramsciana de la transición, por ser un intento de explicar tanto la transición de la burguesía al poder, como su crisis general, base estructural de la nueva hegemonía” (p. 79). Es en este momento del discurso cuando “la traductibilidad” de los tres lenguajes y su expresión en la categoría de la revolución pasiva aparece de manera diáfana: ésta es una categoría histórico-política que no tiene sentido si no se entiende su carácter filosófico (*ibid*). En el plano filosófico, concretamente en Croce, la revolución pasiva es traducción de un largo proceso por el cual Europa ha transitado del *ancien regime* a la sociedad burguesa después de 1789. La revolución francesa tiene visos de claridad mas no por ello de generalidad. Por el contrario, el horror burgués a la presencia de las masas campesinas y urbanas y al radicalismo jacobinista lleva a efectuar la transición a través de la alianza de viejas y nuevas clases que excluyen la reforma agraria, y no a través de una lucha de clases opuestas en la cual las viejas resultan derrotadas por las nuevas, las cuales logran convertir su propio interés en el interés de la mayoría de la nación. Lo que ocurre durante el ascenso burgués tiene su “paragón elíptico” (p. 127) en la declinación del capitalismo a través de la ampliación del Estado y de las reformas profundas al proceso de trabajo (taylorismo, fordismo, neofordismo) que contrarrestan la ley de la tendencia decreciente de la cuota de ganancia.* Todo ello en el contexto del surgimiento de un

* La aportación gramsciana a la teoría leninista del imperialismo resulta de vital importancia para estudiar la *internidad* del capitalismo imperialista. Sin embargo, la lectura del capítulo final del libro de Kanoussi y Mena (“Tendencias actuales”) revela que es insuficiente en la explicación de los factores que actúan como revolución pasiva al contrarrestar la ley

nuevo sujeto colectivo (el proletariado moderno) y de una nueva revolución triunfante (octubre de 1917).

La crítica de Croce al supuesto catastrofismo del marxismo, expresado a través de la ley de tendencia decreciente de la cuota de ganancia, llevó a Gramsci a estudiar factores de contratendencia a dicha ley y por tanto a lo que los autores consideran una aportación de éste a la teoría leninista del imperialismo: el americanismo (p. 118). Expansión estatal (sea a través del fascismo o del Estado de bienestar), americanismo, son todos ellos factores que llevaron a Gramsci hacia otra superación del leninismo: el planteamiento de una nueva estrategia o de manera más precisa, el planteamiento de una nueva concepción de la revolución (guerra de posiciones) (pp. 69, 118), y por tanto a un desarrollo de la teoría del partido (de un partido de clase a un partido que sea "expresión compleja de la sociedad civil").

Independientemente de los méritos del libro referidos a la lectura novedosa que evidencia la articulación del pensamiento de Gramsci con respecto a la categoría de revolución pasiva, el resaltarla puede resultar de gran utilidad metodológica en la investigación. Por supuesto que no se trata de encasillar la realidad latinoamericana en una teoría que por lo demás ha sido inspirada en el proceso histórico europeo. Pero en tanto que la historia es total y universal (p. 99), y en tanto que la realidad latinoamericana no ha sido ajena a la transición que Gramsci sintetiza en la categoría mencionada, ésta puede tener validez interpretativa. En la medida en que el capitalismo latinoamericano también muestra signos de su tendencia declinante, la categoría también puede ser útil en la interpretación de determinado tipo de procesos.

Lo anterior puede resultar válido, si se toma en cuenta que la transición en América Latina se ha efectuado sobre la base de

de tendencia decreciente de la cuota de ganancia. En ese sentido, pareciera que el proceso de trabajo resulta insuficiente como factor explicativo de ese nivel de revolución pasiva y que más bien habría que recurrir al sistema imperialista en su externidad: el flujo de valor de la periferia al centro a través de la maquilización (abatimiento del costo del capital variable), las cuantiosas remesas de utilidades, el drenaje de plusvalor a través del endeudamiento, son indudablemente factores que inciden

en el coeficiente $\frac{p}{c/v}$ y parte indudable de la base material imprescindible en la construcción del Estado ampliado.

acuerdos entre viejas y nuevas clases y, salvo honrosas excepciones, mediante una notoria ausencia de reforma agraria. Es éste precisamente uno de los rasgos más sobresalientes del Estado oligárquico-liberal, al extremo de que autores como Cueva no vacilen en interpretar el desarrollo capitalista de la región —partiendo en este caso del bagaje leninista— como algo encausado en la vía reaccionaria de desarrollo capitalista que en América Latina aune la modalidad de *oligárquico-dependiente*. El problema ciertamente se complica en la región latinoamericana, pues la elipsis que permite el paragón no es totalmente clara. En tanto que desenvuelto en un contexto de dependencia y subdesarrollo, el capitalismo no ha terminado de expandirse como régimen específicamente capitalista (desarrollo pleno de la subsunción real y de la plusvalía relativa) ni tampoco, obviamente, tiene posibilidad alguna de arribar a una fase imperialista. Sin embargo, tendencialmente muestra síntomas de su superación, en unos casos en el contexto de una transición socialista, en otros, más bien en el contexto de transformaciones sociales que cumpliendo tareas democráticas, nacionales y populares también tienden al socialismo. La revolución cubana en 1959, el auge insurreccional que le siguió, la revolución sandinista de 1979, el proceso revolucionario observado en Centroamérica, la conflictiva situación en Colombia y Perú, la presencia de masas organizadas en la transición a la democracia en Chile, son algunos de los factores que han fomentado el gatopardismo en el imperialismo y en los sectores modernizantes de las clases dominantes locales. Una evidencia muy clara de ello se observa en la crisis del modelo del *Estado de seguridad nacional* y en su relativa sustitución por el de las *democracias restringidas*, procesos de apertura inspirados en las banderas más progresistas, pero que se inscriben en un programa conservador, en muchos casos de contenido abiertamente contrainsurgente (Cerezo en Guatemala, Duarte en El Salvador, y por supuesto, Manigat en Haití). Ciertamente la construcción de un Estado ampliado en América Latina, sobre todo en los países más pobres y atrasados de la región, tiene serias dificultades en un momento en el cual “el adelgazamiento del Estado” y el ajuste de cuentas con el “populismo” son los vientos predominantes. Las dificultades aumentan cuando observamos que en la región la fuga de excedente más que atenuarse en los últimos años se ha multiplicado al extremo de originar profundas crisis económicas. Sin embargo, la modernización estatal en Guatemala demuestra que aun en el contexto de una amplia pobreza y escasos recursos, la ex-

pansión es posible. El millón de personas organizadas en las otrora llamadas Patrullas de Autodefensa Civil, la proliferación de los llamados Consejos de Desarrollo en toda la geografía del país, la búsqueda de la corporativización del movimiento sindical y popular, la cooptación molecular de intelectuales antaño vinculados al proceso revolucionario son algunos datos elocuentes.

En suma, el libro de Dora Kanoussi y Javier Mena, además de contribuir a la interpretación del pensamiento de Antonio Gramsci, puede resultar especialmente sugerente al aportar elementos teóricos para la investigación de realidades concretas. He aquí dos buenas razones para acercarse al texto y estudiarlo.

Dora Kanoussi y Javier Mena, *La revolución pasiva: una lectura de los Cuadernos de la Cárcel*, Colección Ciencia Política, Universidad Autónoma de Puebla, México 1985.

NOTAS

LA REVISTA *DIALECTICA*, LA UAP Y LA CULTURA DE IZQUIERDA EN MEXICO

Gabriel Vargas Lozano

El pasado mes de julio, la revista *Dialéctica*, órgano de la Escuela de Filosofía y Letras de la UAP, cumplió diez años de existencia. Con este motivo, quisiera recordar en qué condiciones surgió nuestra revista y cuáles son algunas de las características que ha adquirido a lo largo de estos diez años hasta lograr su fisonomía actual.

Dialéctica fue creada en un momento preciso en la historia de la Universidad. El momento en que la UAP sufría serias agresiones tanto por parte del gobierno como de la burguesía debido a su compromiso político, ideológico y social con las clases oprimidas. La UAP había sido, como ocurrió con otras universidades del país a finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, un centro sensible de resonancia de los conflictos sociales debido no sólo a su propio carácter de centro educativo sino también a la ausencia de otros lugares de la sociedad civil en que pudiera manifestarse la disidencia política. Las universidades fueron entonces los bastiones en que las fuerzas de izquierda se refugiaron al no encontrar formas legales de expresión. Los otros lugares de disidencia fueron los que abrieron la lucha armada, que como sabemos sucedió a la represión del movimiento estudiantil-popular de 1968. La universidad representaba para la izquierda o, si se quiere, para las izquierdas, un doble desafío: por un lado, se trataba de preservar su función crítica, entendiendo por esto su capacidad de análisis y movilización en apoyo de las demandas populares, y por otro, la posibilidad de transformar sus estructuras tanto académicas

como de gobierno interno en un sentido nuevo. Hoy podemos examinar, a distancia, los resultados de esos dos movimientos. En relación con el compromiso político, las fuerzas de izquierda han podido lograr tanto la legalización de la lucha política como su expresión a través de diversos medios. En lo que respecta a la universidad, se ha logrado consolidar el sindicalismo como instrumento de lucha de los derechos de los trabajadores administrativos y académicos pero aún no se ha logrado, más allá de principios generales, definir una estructura revolucionaria en el campo de la educación superior.

A principios de los setentas, la UAP luchaba también por consolidar su autonomía como institución. Es en ese contexto que un grupo de profesores de la Escuela de Filosofía y Letras formado por Alfonso Vélez Pliego, Angel Altieri, Roberto Hernández Oramas, Oscar Walker, Raúl Dorra, Juan Mora, Oscar Correas, Hugo Duarte, Rafael Peña, Víctor M. Fernández, Martín Pérez Zenteno y el que esto escribe, se dieron a la tarea de crear una revista.* Este grupo de profesores tenía una clara conciencia de que no se trataba sólo de constituir un instrumento de difusión de las ideas que normalmente surgen de una escuela de filosofía y letras sino, principalmente, de intentar defender a la universidad en el terreno académico (no academicista) mostrando que una universidad crítica también generaba un trabajo teórico progresista de alto nivel. En efecto, en el editorial del primer número, fechado en julio de 1976, se decía, entre otras cosas, que se buscaba constituir un instrumento abierto a todo aquel que quisiera utilizarlo a condición de cumplir las mínimas condiciones de calidad y asimismo que se partía de una concepción revolucionaria que tenía como referencia los nombres de Marx, Engels y Gramsci.

Dialéctica surgió entonces como producto genuino de las condiciones que generaba una universidad crítica y contando con una libertad inusual. Una de las conductas que más ha honrado a los rectores ingeniero Luis Rivera Terrazas y licenciado Alfonso Vélez Pliego, así como a los coordinadores generales de la Escuela de Filosofía y Letras, es que jamás han intervenido en la política editorial diseñada por el Consejo de Redacción de la revista.

* Después se agregaron Oscar del Barco, (en el Comité Directivo), Javier Torres (en las labores de edición), Adrián Gimete y Javier Mena (en el Consejo de Redacción).

Esta actitud ha permitido el desarrollo de iniciativas o el desempeño de las funciones editoriales con toda libertad. Si en la revista se han cometido equivocaciones, éstas han corrido a cargo del Consejo y no de otras instancias.

Durante su existencia, *Dialéctica* ha publicado 4,300 páginas a lo largo de 18 números. En ellas han publicado autores de renombre nacional e internacional que en forma espontánea y desinteresada (porque no han recibido remuneración alguna por sus trabajos) han prestado su generosa colaboración. Los nombres de algunos de ellos son: Angel Altieri, Adolfo Sánchez Vázquez, Adam Schaff, Pierre Vilar, Georges Labica, Ettiene Balibar, Dominique Lecourt, Izván Mészáros, Gerard Pierre Charles, Manuel Sacristán, Jaime Labastida, Luis Cardoso y Aragón, René Zavaleta, José Luis Balcárcel, Juan Carlos Portantiero, Enrique Dussel, Dora Kanoussi, Carlos Illescas, Cristina Buci-Gluksmann y muchos otros. Han concedido a *Dialéctica* valiosas entrevistas que tienen una dimensión internacional y que han sido re-publicadas en otros países: Pierre Vilar, Carlos Paris, Adam Schaff, Manuel Sacristán, Wenceslao Roces y Aldo Schiavone. Asimismo, en *Dialéctica* se han publicado materiales, dignos de un estudio detenido, de George Lukács, Louis Althusser, Marx, Engels, Lenin, Della Volpe, Lacan, Foucault, Perry Anderson, Giuseppe Vacca, Umberto Cerroni, etcétera. En el caso de Marx, se ha publicado una traducción inédita y lo mismo se hará con Antonio Gramsci.

En estos momentos está circulando el número 18 que contiene materiales sobre la recepción del marxismo en América Latina y están en prensa los números 19, (dedicado a reflexionar sobre la relación entre marxismo y cultura política) y 20, que contendrá materiales sobre el socialismo en el siglo XXI.

Durante estos diez años y a través de cada número, *Dialéctica* ha querido documentar algunas de las polémicas teóricas que han surgido en los campos de la filosofía, la historia, la literatura, la psicología y, en general, en las ciencias sociales. Estas intervenciones teóricas no han buscado ofrecer una opinión definitiva sino una reflexión polémica. Hagamos una relación de estas intervenciones:

En el número tres, correspondiente a julio de 1977, *Dialéctica* se ocupó de la concepción de Louis Althusser, que tanta influencia tuviera en América Latina, publicando no sólo un texto inédito en español del autor de *Lire le Capital* sino diversas opiniones sobre su obra. La concepción althusseriana nos parecía equivocada en diversos puntos pero suficientemente estimulante para hacer una

sería reconsideración de las características de cientificidad del legado marxiano.

En el número cuatro, de enero de 1978, publicamos una serie de textos de los clásicos que buscaban los diferentes sentidos en que se había empleado la categoría de dialéctica.

En el número cinco, correspondiente a octubre de 1978, se publicaron una serie de ensayos destinados a propiciar el desarrollo de una historia social de Latinoamérica. Quedan como testimonios los valiosos trabajos de Benoit Joachim, muerto en forma trágica, y los de su maestro Pierre Vilar, importante historiador marxista.

El número seis estuvo dedicado a temas de psicología, psicoanálisis y marxismo. Con ello se pretendía cubrir algunas necesidades teóricas sentidas en el Colegio de Psicología de la propia Escuela de Filosofía y Letras.

Desde el número ocho empezamos a publicar textos relacionados con la llamada "crisis del marxismo". En diversas notas advertimos que existía un amplio conjunto de problemas de diverso tipo, sobre los cuales era impostergable ofrecer una respuesta revolucionaria. Estos problemas eran: la naturaleza del periodo estalinista; las características del socialismo real; la relación entre democracia y socialismo; la invasión de Checoslovaquia; la crisis de Polonia; la escisión sino-soviética y el surgimiento del eurocomunismo en Italia, Francia y España, entre otras. Todos estos problemas habían dado origen a un fenómeno que se denominó "la crisis del marxismo" y sobre el cual Althusser o Claudín escribieron amargas páginas. Sin embargo, otros pensadores ofrecían otras perspectivas como ocurrió con Ettiene Balibar, Georges Labica, Umberto Cerroni y Perry Anderson. De Cerroni, Roberto Hernández Oramas tradujo la larga entrevista que le hiciera Roberto Romani en 1978, y de Anderson publicamos el texto de la conferencia que el director de *New Left Review* expusiera a invitación expresa de *Dialéctica*, en el auditorio Karl Marx de la propia Escuela de Filosofía y Letras. Todos estos textos intentaron, como en otros casos, más documentar la polémica que ofrecer una posición, a pesar de que ésta también fue expresada en las páginas de *Dialéctica*.

En el número nueve, *Dialéctica* abordó un problema que ha preocupado a la filosofía latinoamericana: ¿Existe o no tal filosofía? ¿Por qué ha predominado una posición receptiva o repetitiva? ¿En qué condiciones puede desarrollarse una concepción original y creativa, De igual forma, se intentó hacer un diagnóstico del desarrollo de la filosofía en los últimos años.

En la década de los ochentas, *Dialéctica* empezó a difundir con mayor intensidad las polémicas generadas en el marxismo italiano. Estas polémicas abordaban tanto problemas teóricos de tipo abstracto como cuestiones vinculadas a la vida del PCI, que como sabemos es el mayor partido comunista del mundo capitalista.

No es casual esta riqueza teórica del marxismo italiano ya que está vinculada a los problemas prácticos que surgen de una apropiación creativa de la realidad. Nos pareció que era necesario profundizar nuestro conocimiento de esta actitud y esta posición. Es por ello que textos de filósofos como Vacca, Paggi, De Giovanni, Badaloni, Cerroni y otros, han sido publicados en *Dialéctica* con frecuencia.

En los números trece y el doble catorce-quince, *Dialéctica* tomó a su cargo no sólo la difusión sino también la organización de lo que fue la actividad central de México en torno a la conmemoración del centenario de la muerte de Marx. *Dialéctica* fue el primer organismo que tomó la iniciativa de integrar un comité nacional para la conmemoración del centenario, cuya constitución tuvo lugar en noviembre de 1982. Este comité fue integrado por las más importantes personalidades y partidos de la izquierda de nuestro país y sus actividades culminaron en un gran acto de trascendencia histórica que se llevó a cabo en el Palacio de Bellas Artes el 14 de marzo de 1983. Independientemente de las críticas que se hicieron a la integración de los oradores y que se centraban en la no intervención de Rosario Ibarra de Piedra, digna luchadora por las libertades democráticas, el acto tuvo una gran representación como lo muestran las personalidades que figuraban en el presidium y de las cuales sólo cito algunas: Valentín Campa, Demetrio Vallejo, Miguel Angel Velasco, Pablo González Casanova, Wenceslao Roces, Adolfo Sánchez Vázquez, Eli de Gortari, Juan de la Cabada, Luis Cardoza y Aragón, Heberto Castillo, Arnoldo Martínez Verdugo, Rafael Carrillo, Pablo Gómez, Suzy Castor, Francoise Perus, etcétera. Algunos de los textos pronunciados en aquella ocasión fueron publicados en *Dialéctica* núm. 14-15. Para la organización, *Dialéctica* contó con el apoyo decidido de la rectoría de la universidad.

En los dos últimos números mencionados publicamos dos entrevistas que también pueden calificarse de importantes: las de Wenceslao Roces, el traductor de *El capital*, y la de Manuel Sacristán (recientemente fallecido), uno de los pensadores más profundos del marxismo hispánico.

En el número 16 se publicó el discurso del filósofo Adolfo Sán-

chez Vázquez, permanente colaborador de *Dialéctica* y al que se había honrado con el doctorado honoris causa de la UAP. En ese discurso, Adolfo Sánchez Vázquez no sólo definió al marxismo como una racionalidad práctica que se distingue nítidamente del racionalismo tecnológico o del irracionalismo, sino que proporcionó explícitamente una fundamentación teórica revolucionaria al lema de la UAP: "Pensar bien para vivir mejor".

Finalmente diríamos que *Dialéctica* ha estado siempre comprometida con dos causas que han orientado su acción: la defensa de la UAP y el anti-imperialismo. Tanto en relación al primer aspecto como al segundo, basta leer los editoriales publicados a lo largo de estos diez años dedicados invariablemente a estos dos temas.

Desde el primer número se asume tanto la defensa de las universidades democráticas como se critica a las acciones del gobierno norteamericano en contra de México, Nicaragua, Granada, Cuba y otros pueblos. En el número 11, correspondiente a diciembre de 1981, publicamos una "Crónica de una elección anunciada y otros materiales en torno al proceso de elección del rector de la UAP", y en el número 9 se publicó un largo ensayo de José Luis Balcárcel titulado "El fantasma de la revolución recorre Latinoamérica: Nicaragua hoy". A pesar de ello nos ha faltado, en mi opinión, un análisis más intensivo de problemas teóricos latinoamericanos.

¿Cuáles han sido entonces las principales características de *Dialéctica*?

Se trata de una revista que nace en el seno de una universidad democrática y que es un producto original de ella.

Se trata de una revista que sin dejar de ser un instrumento de difusión de las inquietudes teóricas de los diversos colegios que integran a la Escuela de Filosofía y Letras ha logrado una repercusión nacional e internacional.

Se trata de una revista que publica materiales desde una perspectiva que otras revistas culturales de la izquierda no cubren: la reflexión filosófica y política revolucionaria.

Dialéctica ha crecido con la universidad. En una primera etapa se trataba de sobrevivir. En una segunda de integrar, organizar y dar un curso a su propio movimiento. Ahora se encuentra ya en plena consolidación. Si *Dialéctica* ha logrado contribuir a la conformación de una imagen para la UAP, nos damos por satisfechos.

En el panorama universitario del país sólo pocas revistas han permanecido con una cierta continuidad: *Filosofía y Letras* de la UNAM, *La palabra y el hombre*, de la Universidad Veracruzana;

la revista *Crítica* de la propia UAP. Si ahora desapareciera *Dialéctica* ya podría figurar como una de las pocas revistas que han podido, gracias al apoyo de la universidad, sobrevivir más allá del segundo número.

Agosto de 1986.



CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE HORKHEIMER. UNIVERSIDAD J. W. GOETHE DE FRANKFURT/M.

Agapito Maestre-Sánchez

UN HOMENAJE PARA LA CRITICA

Con el título "Crítica de la razón instrumental" se ha celebrado en el mes de septiembre del presente año (1985) un congreso internacional sobre la obra de *M. Horkheimer*, para recordar la fecha de su nacimiento hace noventa años. Las sesiones han tenido como marco una de las universidades más famosas de Alemania, la J. W. Goethe de Frankfurt, uno de los lugares más citados cuando se habla de las frustradas revueltas del sesenta y ocho, así como uno de los centros geográficos donde se desarrolló la llamada "Teoría crítica de la sociedad" de la Escuela de Frankfurt, de la que *M. Horkheimer*, como es sabido, era cabeza de fila junto con Adorno y Marcuse. Una triada a la hegeliana, que se ha hecho famosa en las citas y manuales universitarios de todo el mundo, y de la que sería deseable ir prescindiendo en el futuro, a tenor de lo dicho en este congreso.

La propuesta frankfurtiana, que se despliega en torno del Instituto de Investigaciones Sociales de la ciudad de Frankfurt a partir de los años treinta, después en el exilio en Nueva York y California, para regresar de nuevo a Frankfurt en la década de los cincuenta, el "paradigma" que se va formando en estos años tiene un marcado interés crítico, materialista y emancipador; sin embargo, esta teoría, como es desde hace tiempo conocido, no es homogénea y uniforme, como en general casi todo lo que se refiere al pensamiento y a la crítica. Existen, por ejemplo, grandes

diferencias entre la primera teoría crítica y el trabajo conjunto de Horkheimer y Adorno del año cuarenta y cuatro titulado *Dialéctica de la ilustración* —auténtico nudo gordiano de cualquier interpretación crítica de este pensamiento—, por no decir nada de las distancias abismales entre la obra citada y la conocida *Teoría de la acción comunicativa* de Jürgen Habermas, considerado, otra vez en los odiosos manuales, como el representante más egregio de la segunda generación de la, posiblemente falaz, Escuela de Frankfurt, cuando en realidad la propuesta habermasiana se debería considerar como una alternativa no sólo a la *Dialéctica de la ilustración*, sino también a toda la perspectiva marxista que ha hecho de la teoría de la cosificación (y alienación) lugar central de su reflexión.

Y si bien sería importante que las consideraciones anteriores las tuviesen en cuenta, de vez en cuando, nuestros más queridos profesores, la cosa no termina aquí. Es necesario añadir a esta falta de homogeneidad en el pensamiento crítico, que existen también diferentes versiones y matizaciones —y el matiz, quisiera recordar de pasada, es algo que distingue al pensamiento de lo que no es sino mera palabrería— en el mismo núcleo del paradigma que conocemos como “teoría crítica de la sociedad”. Y, ésta ha sido, seguramente, la conclusión más relevante de estas jornadas, si es que conclusiones “rápidas” se pueden extraer de cualquier reunión filosófica de esta categoría. Pero no deseo hacer valoraciones personales de este congreso, sino más bien informar de las circunstancias y de algunas ponencias presentadas en el mismo.

La organización del homenaje póstumo a Horkheimer tuvo como coordinador a la figura de Alfred Schmidt, decano de la Facultad de Filosofía de Frankfurt, responsable del Archivo-Horkheimer y una especie, si se me permite, de albacea testamentario de la obra del filósofo amante del vino, de Kant y de Goethe, que ellos mismos también, dicese, “fueron muy entendidos en vinos” (Horkheimer, 1963). En dos palabras, Schmidt pasa por ser el “filólogo” e intérprete más fiel del texto horkheimeriano. En la actualidad este profesor es el director de la edición de las obras completas de Horkheimer, edición, esperamos, tan magníficamente cuidada como los dos volúmenes ya aparecidos en las librerías.

Junto a Schmidt estuvieron, por así decir, la *crema de la crema*, por ejemplo, Habermas, Schnädelbach, Lenk, Brandt, Fetscher, Lorenzer, etcétera. No obstante, las malas lenguas, en todas partes las hay para bien de cierta “humanidad” y de algún tipo de pro-

greso, comentaban que faltaban determinados intérpretes, mire usted por donde éstos serían los más radicales defensores de posturas izquierdistas y ortodoxas por un lado, y, por otro, algunos “modernillos” destructores de la razón occidental, representados, según las mismas lenguas, por el grupo “Konkursbuech” de Tübingen, considerados como enterradores de lujo de la modernidad.

Pero todos estos detalles son minucias al lado de la atmósfera que se creó en el congreso al conocerse una noticia, pura casualidad histórica de cuyos contenidos simbólicos sólo podrán hablar los que se dedican de verdad a la investigación y a la militancia, al estudio del movimiento obrero y a la reflexión sobre el contenido de la razón. Había muerto un “catedrático partisano”, de los pocos que así se puede llamar en Alemania, que había dedicado toda su vida al análisis del movimiento obrero y al estudio de la democracia dentro de los partidos, en este último campo ha quedado elaborado científicamente, como ha dicho Habermas, un doloroso fragmento de su propia experiencia biográfica: bajo la influencia de Wehmer, el partido socialdemócrata alemán había expulsado a sus estudiantes socialistas y a los mentores de éstos, entre ellos a *W. Abendroth*. En fin, que a horas parecidas, y como cosa del destino, se abrían las jornadas para recordar a Horkheimer y, por otro lado, se rendía en el cementerio de Frankfurt la última despedida al maestro de ciencia política que fue *W. Abendroth*.

Horkheimer y Abendroth representaban dos formas diferentes de reflexionar y actuar en la vida, procedentes de un mismo origen intelectual que podríamos denominar “Ilustración”, que va de Kant a Marx. Eran dos personalidades muy distintas en el seno de la izquierda europea; socialdemócrata —de verdad y de los de antes— y comprometido con una praxis política el uno; radical y elegante crítico de la cultura —que puede acabar negándose a sí mismo en esa constante “ilustración sobre la ilustración”— el otro. Ambos tenían un tema común: el capitalismo, cuáles son las limitaciones que éste impone a la mayoría de los hombres y cuáles son las condiciones de posibilidad para superarla. Ambos tenían, también, sus propias teorías emancipatorias de las cadenas capitalistas. ¿Cuál era la versión exacta de las dos propuestas? Nadie se habría comprometido a decirlo en este congreso, pero hubiera sido interesante contrastar ambas posiciones, en la hora del último adiós de uno y en el recuerdo del otro. Sin embargo, sobre esto no se discutió, al menos no oficialmente.

El congreso, en general, resultó muy crítico y severo con res-

pecto a la obra de Horkheimer, lo cual contrasta con la vida filosófica en nuestras latitudes. En este tono cabe recordar la ponencia de I. Fetscher acerca de las ambiguas posiciones de Horkheimer en tiempos de la República de Weimar, enfrentando su interpretación del liberalismo y del fascismo con las de F. L. Neuman, otro miembro destacado del círculo frankfurtiano. Estos tonos continuaron con la intervención de G. Brandt sobre el proyecto de una teoría de la sociedad materialista, que este autor consideró totalmente fracasada en la obra de Horkheimer. Pero, sin lugar a dudas, la crítica alcanzó su máxima brillantez en la conferencia de J. Habermas, titulada: "Observaciones en el desarrollo histórico de la obra de M. Horkheimer". Habermas subrayó con la precisión analítica que lo caracteriza los cambios y debilidades que van del primer Horkheimer revolucionario y seguidos de Rosa Luxemburgo; pasando por el escepticismo ante la razón instrumental, hasta llegar al contradictorio y conservador último Horkheimer del anhelo y ansiedad de lo totalmente otro, de la búsqueda de una sabiduría total, capaz de diferenciar lo verdadero de lo falso, lo inmoral de lo moral.

Ciertamente, también hubo en este congreso bastantes ponencias de carácter exegetico, movidas más por un ánimo comprensivo que polémico, por ejemplo, las contribuciones de K. Lenk, Lorenzer, del ya citado Schmidt, Schnädelbach, por no alargar más la lista. De la que quisiera resaltar lo siguiente. A. Schmidt mantuvo, frente a los que consideran el pesimismo de Horkheimer reaccionario, textualmente: que el pesimismo no es en Horkheimer un derrotismo general, sino una potencia crítica de primer orden. Dentro de este grupo de autores situaría la ponencia de Schnädelbach sobre Horkheimer y la filosofía moral del idealismo alemán, sin embargo, creo que esta ponencia tuvo *algo*, que no sabría definir, que la convierte en superior a las demás en algunos aspectos.

Schnädelbach es un autor poco conocido en nuestra lengua a pesar de ser un pensador relevante en Alemania, formado en la tradición frankfurtiana y, sobre todo, adorniana; es un gran conocedor de la ética aristotélica y del llamado neoaristotelismo, no sin espíritu crítico frente a este último, a la par que es uno de los mejores historiadores de la filosofía alemana contemporánea; destaca su brillante trabajo sobre *La filosofía en Alemania de 1831-1933*, un trabajo del año ochenta y tres, que bien merecía la pena traducirse al castellano. Schnädelbach realizó una

bella lectura de la crítica de Horkheimer a la filosofía moral kantiana, convirtiéndose en un crítico directo del discurso ético que no puede fundamentar suficientemente el interés por la justicia. Lo racional no necesita siempre la apoyatura de lo bueno para ser considerado tal, del mismo modo que la consistencia argumentativa para ser explicada no requiere necesariamente del bien. En otro contexto ya había señalado Schnädelbach la inconsistencia del discurso ético —y aquí se refería directamente a Habermas— que paga un alto precio por su cognitivismo, al tener que basar todas sus tesis en una pragmática formal o trascendental. Era una crítica también al discurso ético de Habermas.

Hubiera sido bonito y gratificante para el oyente una discusión entre Habermas y Schnädelbach, teniendo a Schmidt como coordinador. ¡Pena!, esto no fue posible. Del ambiente que rodeó estas relaciones puede darse cuenta a través de dos *lapsus-linguae* muy significativos. El primero se produjo cuando Habermas traducía muy amistosamente la ponencia de Schnädelbach, presentándolo como un *ex-filósofo* de Frankfurt. Por la noche del mismo día se tomó la revancha Schnädelbach, cuando en la discusión de la ponencia de Habermas le llamó a éste *Herr Horkheimer*.

En fin, que no fue este un congreso para tomar café y “Kuchen”, y saludar de paso a los amigos. Entre otras cosas, porque este personal continúa tomándose en serio aquella pregunta de Horkheimer y Adorno: ¿“por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, desembocó en un nuevo género de barbarie”? Una pregunta que hoy se hace más apremiante que nunca el intentar contestarla, ante el peligro inminente de una guerra nuclear y la catástrofe ecológica. Horkheimer dio una respuesta a ese proceso de autodestrucción de la humanidad: no hay lugar para la *esperanza*. Una contestación tan lúcida como pesimista, a la que cabría apostillar, aunque no sé si soy yo el más indicado, que *la esperanza a lo mejor no es lo falso sino el camino*.

LA POLEMICA OCASIONADA POR KRAUZE SOBRE CARLOS FUENTES

María Teresa Colchero Garrido

En los últimos tiempos ha aparecido, más que antes, el nombre de Carlos Fuentes en las páginas de los periódicos y revistas mexicanas.

En 1987 publica Fuentes el discurso novelesco *Cristóbal Nonato*, obra que no tiene resonancia entre los críticos literarios; sin embargo, a raíz de que Fuentes obtuvo el Premio Cervantes en España, el que constituye el reconocimiento más importante en el ámbito literario de la lengua castellana, sus dotes generan un especial interés. Así en el número 139 de la revista *Vuelta* aparecen tres artículos sobre Carlos Fuentes: uno de Enrique Krauze intitulado "La comedia mexicana de Carlos Fuentes" y otros dos dedicados a *Cristóbal Nonato* de Adolfo Castañón y Julio Ortega.

Me parece sintomático el hecho de que el ejercicio literario de la crítica en torno de la obra de Fuentes se revive de manera más intensa cuando el escritor mexicano es galardonado con un premio, ya sea de carácter nacional o internacional. Cuando Fuentes logró el Premio Nacional de Literatura en México (1984), los críticos respondieron con una actitud, si no tan arremetedoras como la de hoy, sí dirigida en el mismo sentido. ("Carlos Fuentes el Novel-isto", en *Siempre*, enero de 1985).

De ningún modo quiero decir que el ejercicio crítico parezca negativo, pero sugiero que debe ser más gradual y más constante, menos oportunista y sobre todo, en algunos casos, no debe ser tan descarnado, incurriendo en el subjetivismo obvio. Aunque me parece loable que un historiador se aboque a la crítica literaria, el hecho también es bastante significativo. ¿En qué estado se encuentra la crítica literaria mexicana cuando en un mismo número de

Vuelta Krauze da el "Do de pecho" frente a los dos artículos tardíos sobre *Cristóbal Nonato*?

Por otra parte, la técnica que Krauze ha utilizado para emitir juicios de ninguna manera nos sorprende, ya que la ha practicado otras veces. Esta técnica consiste, en gran parte, en la descontextualización-presentación de citas seleccionadas de distintos trabajos de Fuentes siguiendo una secuencia cronológica, en ocasiones fallidas,¹ con el propósito de demostrar que los años no han provocado evolución en el pensamiento de Fuentes; todo ello en contraste con el super eficaz progreso alcanzado por ese otro pensamiento que un día hizo semilla para las primeras obras de Fuentes.

Sin embargo, si hacemos una revisión de los ensayos dedicados a la obra fuentiana y donde todos los esfuerzos iban dirigidos al señalamiento de la calidad de la poética de Fuentes, ensayos que por otra parte cubrieron en su momento la función de dar a conocer y encumbrar la obra del mexicano. Baste recordar: "La máscara y la transparencia", prólogo de Octavio Paz a la selección de varios fragmentos de distintos relatos recogidos en *Cuerpos y ofrendas* (1972); la reseña de Juan Goytisolo dedicada a *Terra Nostra* (1975); el estudio de Emanuel Carballo en *Protagonistas de la literatura mexicana* (1981).²

¹ Krauze parte del conocimiento de la *Revista mexicana de literatura*, dirigida por Carballo y Fuentes en 1955, para entonces Fuentes ya había publicado *Los días enmascarados*, cuya fecha es de 1954.

² Estos son algunos de los críticos:

Durán, Gloria: "La magia y las brujas en la obra de Carlos Fuentes"

García Gutiérrez, Georgina: *Los disfraces en la obra mestiza de Carlos Fuentes*, El Colegio de México, México, 1981.

Pamies N. Alberto y Berry Dean L.: *Carlos Fuentes y la dualidad integral mexicana*, Ediciones Universal, 1969.

Loveluck, Juan: *Novelistas hispanoamericanos de hoy*, Taurus, España, 1976.

Boschi, Befuno y Calabrese, Liliana: *Nostalgia en el futuro de la obra de Carlos Fuentes*, García Cambeiro editores. Argentina, 1974.

Gordon Wing, George: *Some remarks on the literary criticism of Carlos Fuentes*.

Fell, Claude: "Mito y realidad en Carlos Fuentes", en *Homenaje a Carlos Fuentes*.

López-Sanz, Jaime: "Carlos Fuentes: Zona sagrada".

Kerr, Lucille: "The Paradox of Power and Mystery: Carlos Fuentes, Terra Nostra".

Goytisolo, Juan: *Contemporary literary criticism*. Vol. XX. *Contemporary Authors*, Carlos Fuentes.

La existencia de pluralidad de criterios en torno de la obra de Fuentes es constructiva, al mismo tiempo positiva, en última instancia el fiel de la balanza se ha inclinado hacia Fuentes.

El gran desconcierto de los lectores en cuanto a la apreciación de la poética de Fuentes por parte de los críticos surgirá a partir de la publicación del artículo de Krauze, donde el historiador sostiene una tesis de controversia ya que el valor de la obra de Fuentes se coloca en entredicho después de la publicación del ensayo *Tiempo mexicano* (1971). En el artículo de Krauze se percibe un claro empeño por desacreditar lo hasta entonces considerado como valioso por muchos otros autores que abordan la obra de Fuentes antes y después de la negra fecha señalada.

Si bien es cierto que en *Tiempo mexicano* Fuentes no da espacio al acontecimiento acaecido el jueves de Corpus de 1971, sin embargo la "inconsecuencia" de la interpretación de los acontecimientos políticos por parte del escritor se marca y está ligada, a mi modo de ver, con la renuncia al cargo de embajador de México en Francia en el año de 1976, cuando Fuentes se pronuncia en contra del nombramiento del ex-presidente Díaz Ordaz como embajador de México en España. De ahí que la pregunta a formular es: ¿por qué Fuentes repudia los acontecimientos de Tlatelolco en 1968, y no denuncia los de Corpus de 1971?

La tarea literaria de Fuentes en los primeros años de la década de los setenta no se limitó a la creación de *Tiempo mexicano*, pues el primer capítulo de *Terra Nostra* data de los años 1968-1969, publicado en la *Revista de la UNAM* y en la *Revista de Occidente*, respectivamente, con el título de "Carne, esferas, ojos grises junto al Sena", reformado e integrado a *Terra Nostra*. Asimismo, en 1972 aparecieron otros capítulos de *Terra Nostra*, esta vez

Contemporary Authors, New review series, Vol. 10.

Contemporary Literary Criticism.

Contemporary Literary criticism: "Fuentes is a modern mexican author".

Malva E., Filer: "A change of skin and shaping of a mexican time".

Leal, Luis: "History and myth in the narrative of Carlos Fuentes".

Reeve, Richard: "Terra Nostra", U. de California.

Durán, Manuel: "Carlos Fuentes as an art critic".

Janes, Regina: "Terra nostra", *The Literary review*.

Contemporary Literary Criticism, Vol. 13.

Genn H., Bell: "Terra Nostra" *New Republic*, V. 176, April 9, 1977, p. 30.

"Terra Nostra, Paperback". *The New York Times Review*, october 16, 1972.

bajo el título de "Nowhere" en *Cuerpos y ofrendas*, cuyo prólogo como antes he señalado fue escrito por Octavio Paz. Además en aquellos años Fuentes también esbozó el ensayo *Cervantes a la crítica de la lectura*, publicado en 1976.

En cuanto a la comparación que establece Krauze entre Balzac-Fuentes y que cierra con las líneas siguientes: "Los personajes de Balzac sobreviven aún en la memoria literaria y popular europea, pocos retienen en México a los de Fuentes", esta afirmación es poco procedente. En primer lugar, ¿dónde están las estadísticas que justifiquen tan contundente postulado?, y, en segundo, pretender colocar en el mismo plano la obra del escritor francés de principios del siglo XIX con la del contemporáneo Fuentes tampoco me parecen procedente. Si bien, Fuentes ha declarado la motivación que le ha producido la lectura de *La comedia humana*, no ha pretendido calcar la técnica balzaciana. Por otra parte, cuando Fuentes se ha referido a su propia obra la ha inscrito dentro del realismo simbólico.

El análisis de Krauze presenta dentro de una secuencia cronológica observaciones sobre *La muerte de Artemio Cruz*, y posteriormente trata por separado, dando la impresión de un deslizamiento del tiempo, la publicación de *Aura*: "Tiempo antes de salir, casado ya con la hermosa actriz Rita Macedo, Fuentes publicaba una pequeña obra maestra sobre el tema de la tenacidad del amor a través del tiempo: *Aura*".

Cabe recordar que tanto *Aura* como *La muerte de Artemio Cruz* se publicaron en el mismo año, 1962. Los críticos han señalado que el éxito de *La muerte de Artemio Cruz* restó importancia al relato *Aura*, el que no por eso es objetable ya que es una de las obras mejor logradas de Carlos Fuentes

También me parece muy atrevida la afirmación que hace Krauze cuando dice: "En *Agua quemada* Fuentes no representa a nadie más que a sí mismo.

El mismo Krauze utiliza el calificativo *perfecto* para referirse a lo que él nombra cuatro cuentos, y que son más bien cuatro relatos que ofrecen la posibilidad de leerse por separado pero que al mismo tiempo conforman una estructura novelesca en su conjunto. Luego Krauze nos dice: "el efímero paréntesis se cerró en los años ochenta". Sin embargo, *Agua quemada* fue publicada en 1981.

A tenor de la crítica de Krauze se desprende que hay una ausencia de conocimiento de la realidad mexicana, o por lo menos que ésta no se refleja adecuadamente en la obra de Fuentes: "*He knows*

so much about his country"... No podía saber, como nosotros sabemos, que Fuentes no sabe".

Krauze sustenta gran parte de su tesis en el hecho de que Fuentes ha vivido siempre fuera de México, como si el distanciamiento geográfico implicara una automática descalificación a la hora de abordar cabalmente la realidad del propio país. La relación de Fuentes con México nunca se ha truncado, asimismo sabemos muy bien del distanciamiento de la realidad mexicana por parte de algunos intelectuales con residencia perpetua en el país. Y en última instancia ¿desde qué parámetro se puede exigir a determinado escritor que se ajuste al tiempo y al espacio que deberán corresponderle? De la misma manera señala Krauze la carencia o nula influencia del maestro Alfonso Reyes en la Obra de Fuentes. Nos parece que la tarea literaria de Carlos Fuentes responde a dos de las exigencias máximas de Reyes: ficción e ideal estético.

EL IV CONGRESO NACIONAL DE FILOSOFÍA

Del 23 al 27 de noviembre de 1987, se llevó a cabo, en la ciudad de Toluca, Estado de México, el IV Congreso Nacional de Filosofía. Este congreso fue organizado por la Asociación Filosófica de México A. C., asociación que agrupa a los profesionales de la filosofía más connotados de nuestro país.

En el Congreso se presentaron más de 180 ponencias organizadas en diversas mesas redondas; se dictaron conferencias magistrales y comunicaciones libres. Las sesiones plenarias tuvieron como tópicos principales: "El existencialismo: Heidegger y Sartre"; "¿Crisis, muerte o renovación del marxismo?"; "Filosofía de la ciencia y problemas del cambio científico y tecnológico"; "La filosofía analítica, hoy" y "La filosofía latinoamericana".

Otros temas que se abordaron fueron: la fenomenología; perspectivas actuales de la filosofía marxista; el pensamiento de la postmodernidad; tareas actuales de la filosofía latinoamericana; filosofía y democracia; problemas actuales de lógica y matemáticas; derechos humanos; historia y filosofía de la ciencia en México; educación y hermenéutica; Nietzsche y Freud; filosofía y literatura y filosofía y educación. Se efectuaron asimismo, dos mesas redondas en honor de Isaac Newton y Antonio Alzate. La conferencia inaugural estuvo a cargo del Dr. Eduardo Nicol y la de clausura correspondió al Dr. Fernando Salmerón.

En el congreso intervinieron también, como es usual, filósofos invitados de otros países como España, Alemania, Yugoslavia, Estados Unidos, Venezuela, Francia, Canadá, Perú, Italia, Cuba y la URSS. Este hecho le confirió al coloquio un carácter internacional.

Resulta difícil hacer un juicio global sobre el Congreso debido a que éste sólo podría surgir en forma colectiva, sin embargo, en términos generales se puede afirmar que estuvo bien organizado;

que las intervenciones tuvieron importancia y que reflejaron el estado actual de la filosofía en México, en Latinoamérica y en una gran parte del mundo occidental. Cuando las memorias sean editadas, podrán leerse como una muestra del debate actual de la filosofía en el siglo XX.

El comité organizador de este congreso fue integrado por el comité directivo de la AFM: Presidenta: Juliana González; Vice-presidente: Fernando Salmerón; Secretarios: Carlos Pereyra y Gabriel Vargas Lozano; Tesorera: Margarita Valdés; Vocales: Santiago Ramírez y Manuel Velázquez. Así como el comité local de la Fac. de Filosofía y Letras de la UAEM encabezado por Alberto Saladino.

A principios de 1988 se llevó a cabo la nueva elección del Comité Directivo de la AFM que tendrá a su cargo la organización del próximo congreso en la ciudad de Jalapa, Veracruz. Este comité quedó integrado de la siguiente forma: Presidente: Fernando Salmerón; Vice-Presidente: Abelardo Villegas; Secretarias: Laura Benítez y Mariflor Aguilar; Tesorera: Margarita Valdés y Vocales: José Ignacio Palencia y Octavio Castro.

DE CONFERENCIAS: CICLO/MARXISTAS LATINOAMERICANOS

El Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista organizó, en junio pasado, el ciclo de conferencias: "Marxistas Latinoamericanos" en el Foro de la Librería Gandhi de la ciudad de México.

En este ciclo intervinieron: Arnoldo Martínez Verdugo, quien habló de Hernán Laborde; Pablo Gómez Álvarez abordó el tema del revolucionario cubano Julio Antonio Mella; Gabriel Vargas Lozano analizó la obra de Aníbal Ponce; Gerardo Unzueta Lorenzana expuso la obra de Vicente Lombardo Toledano y Adolfo Sánchez Vázquez disertó sobre José Carlos Mariátegui.

Este ciclo tuvo una buena acogida por el público que colmó el Foro y tuvo el interés de reconstruir la historia del marxismo en nuestros países.

El CEMOS prepara otro ciclo de conferencias y un par de coloquios en que se abordarán tanto problemas históricos como actuales del marxismo latinoamericano.

I COLOQUIO SOBRE HISTORIA DE LA FILOSOFIA EN MEXICO SIGLO XX

Con la finalidad de promover las actividades docentes y de investigación de la recién creada Licenciatura de Filosofía, el Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Tlaxcala organizó un coloquio sobre "La historia de la filosofía en México, siglo XX. Aspectos metodológicos". Dicho coloquio contó con la presencia de destacados estudiosos del pensamiento mexicano, representantes de las actuales corrientes filosóficas en nuestro país.

La temática propuesta por el comité organizador versó sobre los temas: La historia de la filosofía en México, El Ateneo de la Juventud, La filosofía del mexicano, El exilio español, La filosofía actual: latinoamericanista, marxista y de la liberación.

Puede decirse, que el principal éxito del coloquio, fue el interés que se ha despertado en torno a los estudios sobre la filosofía en México. Las ponencias, que fueron editadas por el Departamento de Filosofía y Letras de la UAT, forman parte del primer volumen de la colección "Materiales para la historia de la filosofía en México" dirigida por Gabriel Vargas Lozano y Roberto Hernández Oramas. El primer volumen contiene:

1. Abelardo Villegas, "Sobre el estudio de la filosofía latinoamericana".
2. Daisi Rivero, Ileana Rojas, Lourdes Rensoli, Maricela Fleites, Pablo Guadarrama, "Quince tesis sobre el positivismo en Latinoamérica".
3. Elsa Cecilia Frost, "Samuel Ramos y la filosofía del mexicano".
4. Laura Benítez, "Gaos y Gallegos Rocafull en torno al tema de nuestro tiempo".
5. Walter Beller, "Tres lógicos mexicanos, un paradigma epistémico".
6. Juliana González, "La filosofía de Eduardo Nicol".
7. Lizbeth Sagols, "Humanismo y filosofía de Ramón Xirau".

8. Mauricio Beuchot, "Esquema de la filosofía cristiana en México en el siglo XX".

9. Gabriel Vargas Lozano, "Otra perspectiva sobre la autenticidad de la filosofía en Latinoamérica. A propósito de la polémica Zea-Villoro".

10. Roberto Hernández Oramas, "Las historias de la filosofía en México".

ELECCIONES EN LA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA

La democracia tiene sus riesgos y las corrientes, grupos, organizaciones políticas deben correr esos riesgos si se desea incursionar en nuevos caminos e innovaciones que conduzcan a una más efectiva vida democrática. La UAP vivió nuevamente agitados tiempos electorales de mayo a noviembre de 1987. Las experiencias de 1981 alentaban audaces innovaciones y los grupos —más no corrientes— que guardaban simpatías con la administración velecista intentaron probar una contienda interna para la postulación de una candidatura única. La fórmula parecía buena: "Elecciones primarias" con intervención de todos, absolutamente de todos los universitarios. La fórmula era buena, o al menos pareció buena. En el fondo se habían fomentado, creado, alimentado intereses personales y más de uno se sentía tan capaz de ser el "elegido" que la fórmula resultó la única vía para dirimir las ambiciones "legítimas" de los precandidatos.

A distancia, la realidad mostró que de los cinco que finalmente contendieron, junto con sus equipos, sólo dos resultaron realmente con posibilidades. Los otros tenían derechos, "legítimos derechos", pero nada más. Sus esperanzas se fundaban en sus puestos administrativos, en sus grupos o en su presencia personal.

De las primarias

En septiembre se realizaron las votaciones para elegir al candidato de lo que se llamó Coalición-Universitaria-Democrática, CUD. Y aquí se empezó a escribir otra historia, la historia de lo que hoy es o está sucediendo en la Universidad Autónoma de Puebla.

Como en todo, los términos o enunciados abstractos no pueden valorarse en sí sino en su concreción. No podemos afirmar en general que las elecciones primarias no resultaron, que son un error. Pueden ser válidas, pueden ser procedentes, pueden ser convenientes.

En la UAP no lo fueron, y no lo fueron porque no había voluntad política, porque faltó madurez en los perdedores.

En su mayoría, los precandidatos, salvo excepciones, surgieron a la escena bajo el cobijo de la rectoría saliente. Al perder, aunque en forma enmascarada bajo pretexto "de la crítica razonada", se convirtieron en enemigos más nocivos que el enemigo mismo. Su imaginación desmesurada no soportó la realidad de los resultados de las votaciones. A fin de cuentas eran "sólo primarias" y empezaron su lucha, contra sí mismos, contra su propia sombra. No estaban preparados. Cierto, las elecciones primarias no fueron lo que se pensaba podrían ser. Pero dejaron sus enseñanzas.

Elecciones para Rector

El ambiente, bastante aldeado después de cuatro meses de campañas preliminares, llegó a su clímax cuando el Consejo Universitario dio el banderazo institucional. Octubre y noviembre significaron meses de real contienda por la rectoría de la UAP.

Aunque hubo cinco candidatos la disputa en realidad estaba definida. De nuevo las dos fuerzas operantes en la institución, ambas de izquierda, se disputarían la conducción de la Universidad Autónoma de Puebla en una contienda que desde hace seis años rebasa con mucho los muros intrauniversitarios, ya que no sólo es de interés para los universitarios poblanos, sino para la sociedad local y para muchos más en el país. Y sin duda todos intervinieron —cada uno a su manera— en este proceso.

Bajo las siglas CUD y UPD se encontraron (y se encuentran) dos concepciones distintas de universidad y, por consiguiente, dos análisis distintos de la sociedad mexicana. Una, la CUD, con una visión más académica, con proyectos docentes y de investigación claros y definidos. Su objetivo primario radicaba en la misma universidad, en la búsqueda y realización de su razón de ser a partir de ella su incidencia en la sociedad. Su praxis y actitudes, por consiguiente, se norman en una interacción dialéctica: universidad-sociedad-Estado. La dirigencia de la CUD es plural, hay gente del

PMS, del MAS (ahora) e independientes, realmente independientes de todo partido, aunque éstos sean de izquierda.

La UPD por el contrario. Su dirigencia la conforman militantes del PRS y del PRT. En consecuencia su concepción de la universidad es, en concordancia con sus principios partidistas, un instrumento más en su lucha política. Por lo tanto la universidad debe ser principalmente activista y militante. Aunque con propuestas académicas, de docencia e investigación, éstas deben supeditarse a los proyectos de "lucha política". En ese contexto es fácil explicarse que "las clases en la calle" y en los edificios públicos tengan mayor valor que el trabajo en las aulas; más aún, sean un inmediato y utilísimo "instrumento de lucha".

Estas dos concepciones se enfrentaron de nuevo en la contienda y los vencidos por dos ocasiones hoy vencieron. La UPD, su dirigencia, gobierna en la UAP a partir de diciembre de 1987 y tiene al MC. Samuel Malpica Uribe como rector.

Roberto Hernández Oramas

NOTAS VARIAS

- El Comité Organizador del Coloquio "Marxismo y cultura política en la crisis actual", estuvo integrado por la dirección de *Dialéctica* y las profesoras María Teresa Colchero; María de los Angeles Serrano; María del Carmen García y la Sra. Graciela Jiménez, a quienes el consejo editorial de la revista agradece su valiosa colaboración.

- En próximas fechas, la revista *Dialéctica* será presentada en Monterrey, Nuevo León, Guadalajara, Jalisco y Toluca, Edo. de México.

LIBROS

El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, Cien años después, 1884-1984, Juan Trias, Enrique Luque, Celia Amorós y Domingo Plácido. Fundación de Investigaciones Marxistas. Madrid, 1985.

La obra de Lukács hoy. T. I. G. Lukács, L. Sziklai, G. Azcel, J. F. Ivars, C. Thiebaut, J. Kelemen, M. Jiménez Redondo y F. J. Martínez. Fundación de Investigaciones Marxistas. Madrid, 1987.

La obra de Lukács hoy. T. II. A. Benedito, F. J. Hernández, E. Huertas, D. Lacalle, R. La Calle, J. M. Laso, A. Lucas, L. Martínez, J. L. Villacañas. Fundación de Investigaciones Marxistas. Madrid, 1987.

Racionalidad y acción comunicativa en la obra de J. Habermas. Manuel Jiménez Redondo. J. M. Martínez, J. L. de la Iglesia, F. J. Martínez, J. M. González y Agapito Maestre. FIM. Madrid, 1988.

La filosofía en México. Siglo XX. 1. Aproximaciones. Abelardo Villegas, Pablo Guadarrama, Elsa Cecilia Frost, L. Benítez, W. Beller, J. González, G. Vargas L. Sagols, R. H. Oramas, M. Beuchot. Universidad Autónoma de Tlaxcala, México, 1988.

Marx Hoje. Cuadernos ensaio. Serie grande formato. J. Chasin (organizador) K. Marx, B. Andréas, F. Engels, V. I. Lenin, G. Lukács, A. Gramsci, I. Mészáros F. Fernandes, H. Lima, J. Labastida, M. Trgtenberg, R. Antunes. Sao Paulo Brasil, 1987.

J. Chasin, *O integralismo de Plínio Salgado, forma de regressividade no capitalismo hiper-tardio*. Livraria Editora Ciencias humanas Ltda. Sao Paulo, Brasil, 1978.

Georges Labica, *Le paradigme du Grand-Hornu. Essai sur l'idéologie*. Montreuil, 1987.

Georges Labica, *Karl Marx. Les Thèses sur Feuerbach*. Presses Universitaires de France. Paris, 1987.

REVISTAS DEL EXTERIOR

PUERTO RICO

Homines. Vol. 9, núm. 1 y 2, febrero-diciembre 1985. Revista de Ciencias Sociales. Editores: A. Frambes, J. Rodríguez, I. Sumaza L. Nurse. Universidad Interamericana de Puerto Rico.

Homines. Revista de Ciencias Sociales. Vol. 10, núm. 1, enero-julio de 1986.

ESPAÑA

Mientras tanto. Publicación trimestral de ciencias sociales. Número dedicado a Manuel Sacristán Luzón, 1925-1985, núms. 30-31, mayo de 1987. Barcelona.

Mientras tanto, núm. 32. Incluye entre otros: Rosa Rossi, Juegos de palabras, Fco. Fernández Buey, Las razones de Albert Einstein, Josep Ma. Domingo, ¿Marxismo sin dialéctica? Octubre de 1987.

Mientras tanto, núm. 33. Incluye entre otros, Ernst Tugendhat, Factores irracionales en la discusión sobre política de seguridad. Reflexiones sobre la perestroika. R. Flecha, F. González y J. Guiu, De la "igualdad de oportunidades" a la adaptación a las diferencias.

REPUBLICA DEMOCRATICA ALEMANA

Lateinamerika. 1987/1. Editada por la sección latinoamericana de la Wilhelm-Pieck-Universität Rostock. República Democrática Alemana.

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Contemporary marxism. Journal of the Institute for de Study of Labor and Economic Crisis, núm. 8. Nicaragua under siege, San Francisco C. USA.

Contemporary marxism. Núm. 9. Imperialism and the Transition to Socialism.

Contemporary marxism. Núm. 10. Island of Discontent. The Caribbean Today.
Social Justice. Vol. 15, núm. 1. Spring. 1988. Struggles for Justice.

POLONIA

Dialectics and Humanism. The Polish Philosophical Quarterly. Vol. XII, núm. 1, 1986. Intellectuals for a peaceful future of the World. Polonia.

Dialectics and humanism. Vol. XIII, núms. 2-3. 1986. Ethics: science-practice-history.

Dialectics and humanism. Vol. XIV, núm. 3. 1987. Science, technology and spiritual values.

Dialectics and humanism. Vol. XIV, núm. 4. 1987. On the philosophy of Georg Lukács.

YUGOSLAVIA

Socialism in the World. Núm. 64. 1988. Nándor Major, Socialism, nations international cooperation. Paul Sweezy, Harry Magdoff, International cooperation, a way out? Eduard Bagramov, Unity and multiformity of spiritual life of nations and other essays.

Socialism in the world. Núm 65. 1988. Arghiri Emmanuel, Nation, état et socialisme. Vukášin Stambolic Approaches to the development of nations and their relations in socialist yugoslavia, and other essays.

Socialism in the world. Núm. 66. 1988. Luciana Castellina, The european community: oportunity or negativ conditioning? Gerhard Heimann, Innappropriateness of the nations-state for central europe, and other essays.

BRASIL

Ensaio. Núm. 13. Tempos de Lukács e nossos te, pos. Socialismo e Liberdade. Entrevista con István Mészáros, 1984.

Ensaio. Núm. 14. Caminhos de Paulo Freire. Textos de I. Mészáros. E. Mandel, J. Bernardo, B. Nunes, O. Ianni, T. Calvet, C. Abramo, J. Chasin.

Ensaio. Núms. 15-16. G. Lukács-Diálogo sobre "Pensamiento vivido".

PERU

Socialismo y participación, número 42. *Editorial*. Violencia y economía en un país en crisis. *Artículos*. La prosa matinal de César Vallejo, Edgar Montiel. Rescatando el Derecho Andino, Guillermo Figallo. Cultura nueva y cooperación para el desarrollo, Sjeff Theunis. Más allá de Lukacs, Fredy Téllez. Mariátegui: Vía Nacional e Internacionalismo, Renato Sandri. *Arte*. Poemas, Jorge Nájar. Poemas, María Elena Alvarado B. *Documentos*. Tránsito democrático al socialismo, Ricardo Vergara. *Crónica*. Reseñas. Publicaciones recibidas.

REVISTAS NACIONALES

En lo que va de 1988 hemos recibido algunas revistas mexicanas que en su generalidad están dedicadas a la filosofía. El lector puede bien darse cuenta de los vientos filosóficos que corren en nuestro país si a las que aquí mencionamos añade nuestra propia *Dialéctica*, que tiene en manos, y la revista *Crítica*, del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM.

Junto a la revista *Dialéctica* en la UAP, hace ya un buen tiempo se hace otro tipo de filosofía, como para contrarrestar, digámoslo, nuestra orientación crítico marxista. Heidegger y Nietzsche vuelven a la temática de Espacios como anunciando algunos de los aires de la posmodernidad.

Espacios núm. 12, Año V, 1988. Serenidad; *Martín Heidegger*; De Kierkegaard a Heidegger, *Carlos Astrada*; Heidegger y el misterio de la técnica. Septiembre, *Oscar del Barco*; La política o un cadáver nada exquisito II, *Jorge Juanes*; Los caminos y el encuentro, *Hugo von Hofmannsthal*; El alma del espejo, *Hugo Diego Blanco*; El vuelo de la avispa, *Julio Glockner*; La destrucción en Tenochtitlán, *William Carlos Williams*.

.....

La Facultad de Filosofía y Letras de la U de G, en coedición con el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, hace entrega del número 10 de *Prometeo*.

La conjugación de escritores que tienen ya una presencia garada como estudiosos de la temática latinoamericana y de nuevos estudiosos que se integran al proyecto hace interesante y atractiva la presencia de esta entrega. A condición de una lectura detallada para la emisión de un juicio más objetivo, anunciamos los artículos que encontrará.

Prometeo, revista latinoamericana de la filosofía

Artículos 1. *Vera Yamuni*, José Martí y José Vasconcelos; *Arturo Andrés Roig*, Lineamiento para una orientación de un pensamiento filosófico-político latinoamericano.

Cuestiones disputadas: Diego Jaramillo Salgado, Política y vida en el discurso político de Mariátegui.

Historia de las ideas. Jaime B. Vilchis Reyes y José Sala Catalá, Apocalíptica española y empresa misional en los primeros franciscanos de México (II). Mauricio Beuchot, Hermenéutica de la historia de la filosofía en el México de la colonia.

Avances de investigación. Fernando Carrera Testa, Sobre la historiografía psicológica mexicana: hacia una historia crítica de la historia de la psicología en México.

Ignacio Ortiz Castro, Proyección del pensamiento Rhodakan-tiano.

Documentos; Arturo Andrés Roig, Palabras leídas con motivo del 10º aniversario del secuestro y posterior asesinato del profesor Mauricio A. López.

Arnold Wilson, Promoting greater international dissemination of philosophy journals.

ADUAL/UNAM

Opciones de posgrado en América Latina (filosofía).

Notas y reseñas bibliográficas

John Kraniauskas, filosofía africana: mito y realidad de Paulin J. Houtondji.

Gustavo Escobar Valenzuela, Violencia y racionalidad de Abelardo Villegas.

.....

La escolástica cristiana no cede en sus esfuerzos por tener presencia en la filosofía que se produce en el país. Tal vez su influencia sea reducida a los círculos de sus instituciones privadas, pero sus revistas son buen material para quien está interesado en el movimiento de las ideas. Nos han llegado tres buenos exponentes de esta orientación filosófica y hacemos del conocimiento su temática.

Revista de Filosofía núm. 61, Departamento de Filosofía, Universidad Iberoamericana. ¿Hacia donde se orienta la filosofía política en los últimos años del siglo veinte? Dr. Héctor González Uribe; Maurice Merleau Ponty, fenomenólogo existencial Dr. José Rubén Sanabria; Sujeto y corporeidad en M. Merleau Ponty Lic. Felipe Boburg M; El tema epistemológico en Ockham Olga L.

Larre J. E. Bo Izán; Una paradoja en el conocimiento del hombre Juan Manuel Silva Camarena; La axiología alemana y sus influencias en la metafísica espiritualista de Antonio Caso Raúl Fernet-Betancourt; La teoría de la ciencia y sus opciones Celina A. Lértora Mendoza.

Analogía, núm. 2, Revista de filosofía, investigación y difusión, Centro de Estudios de la Provincia de Santiago de México, O.P. México. La "Quaestio" como método filosófico en Tomas de Aquino, Gabriel Chico; Reflexión en torno a la muerte, José Rubén Sanabria; Copleston, Russell y la existencia de Dios, Alejandro Tomasini Bassols; La suposición en Vicente Ferrer; Benjamín Valdivia. Reseñas Edgar González Ruiz; Dreyfus, Hubert y Stuart Dreyfus, Mind over Machine. The Power of Human Intuition and Expertise in the Era of the computer; Francisco Quijano. Nota sobre filosofía mestiza: Hernando de Soto, El otro sendero, y Gabriel Zaid, La economía presidencial.

Logos núm. 47, Escuela de Filosofía, Universidad La Salle. Hacia una hermeútica del significado vivenciado, Mauricio Beuchot; El socialismo humanista de Ec. Mounier (tercera parte), Humberto Encarnación Anizar; La cognoscibilidad de la materia en el "De principiis naturae" de Juan de Secheville; Juan Acosta Rodríguez; fundamentación epistemológica del quehacer tecnológico en Aristóteles, Fernando M. González Vega; Ensayos, ponencias y discursos.

La dimensión ética del hombre. Fundamentos filosóficos de la moral, Agustín Basave Fernández del Valle; Eugenesia e inseminación artificial, Mariano Ramírez Degollado. Reseña de libros y comentarios.

Sociológica. Año 1, núm. 1, 1986. Editada por el Departamento de Sociología de la División de CSH, de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Número dedicado a teoría sociológica.

Sociológica. Año 1, núm. 2. Politología contemporánea.

Sociológica. Año 2, núm. 3. Política y verdad.

Sociológica. Año 2, núm. 4. La ciudad, el discurso y los actores sociales.

Investigación humanística. Rev. de la Universidad Autónoma Me-

tropolitana. Filosofía, historia, literatura y lingüística. Año 1, núm. 1, 1985.
Investigación humanística, de la UAM. Año dos núm. 2, 1986.
Investigación humanística, núm. 3, 1987. Sobre Kant y Hegel.
Investigación humanística, núm. 4. Sobre Habermas y Apel.

REVISTAS UNIVERSITARIAS

Crítica, revista oficial de la UAP, ha recibido un nuevo impulso con la actual administración; parece que la nueva dirección quiere darle un giro más universitario y cultural. Por lo pronto destaca en los números de primavera y verano el esmero en el cuidado de impresión y presentación. El precio tan asequible hace suponer el excelente apoyo institucional del que goza. Hagamos votos para que haya la respuesta, capacidad y visión de la dirección por realizar una publicación como la merece la UAP.

Crítica, revista de la Universidad Autónoma de Puebla, núm. 34. Contra la intolerancia. Monsiváis, Poniatowska, Jesusa. Posmodernidad y conservadurismo, Kanoussi, Mena. Homenaje a Gonzalo Rojas. Puy Sánchez, Sampedro, Quackenbush. Reestructuración en V.W.

Crítica, revista de la Universidad Autónoma de Puebla, núm. 35. 1958, 1968, 1978, 1988. La difícil gestación de la sociedad civil. Repensar el Pacto. Política Literatura, Música, en Carlos Monsiváis. Arte y Censura.

.....

La palabra y el hombre, revista de la Universidad Veracruzana. Enero-marzo de 1988. La Palabra y el Hombre, Fernando Gutiérrez Barrios. El legado editorial de la Universidad Veracruzana, Salvador Valencia Carmona. La presencia olmeca en el centro de Veracruz, Rogelio Ramírez Herrera. Poemas, Alejandro Pescador. Coyote emplumado, Sergio D. Elizondo. Contigüidad de la imagen, José Kozer. Archivos y bancos de datos: Registro Público de la Propiedad en Xico, Ver, Odile Hoffmann. La venganza de doña Menda, Alfredo Rodríguez. La novela española de la transición (1976-1986), Pedro M. Domene. Cortadores de caña: condiciones de trabajo y seguridad social, Guadalupe Vargas Montero y José Velasco Toro.

.....

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM núm. 125. *Perspectivas teóricas; Estado, democracia y poder político.*

La secularización del poder político, Ricardo Forster. El temor al Estado y el problema de la democracia contemporánea, Manuel Villa. *Sociedad y política en México*. Estado ampliado y proyectos de recuperación hegemónica en México, Luis Cerda González. Democracia y partidos políticos: México y Argentina, Susana Mallo y Laura Hernández. La élite política en México, Bibliografía comentada, Marcela Bravo Ahuja. Tradiciones combativas y contemplativas: México mañana, Miguel Basáñez. *Documentos*. Las tesis de licenciatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales 1951-1984, Aurora Tovar Ramírez. *Sociológicas*: Rubén Salazar Mallén, 1905-1986. El riesgo de la convicción, Sergio Anzaldo. La literatura del rechazo, Jorge Luis González Santana. Simone de Beauvoir: la trascendencia femenina, Lourdes Álvarez-Icaza. *Guía de lecturas*. Economía y política de la crisis en México. Adrián Sotelo Valencia. Sin adjetivos, sin más la democracia, Laura Guillén, Fidel Castro y la religión. Gilda Waldman, Las desconcertantes ideas de Agnes Heller. Lucila Ocaña.

SUSCRIBASE A

CUADERNOS POLITICOS

Revista trimestral de Ediciones Era

Envío cheque a favor de

Cuadernos Políticos

Apdo. Postal 74-092

Col. Cacama / Deleg. Iztápalapa

09080 México, D. F.

para que me envíen:

Suscripción cuatro números:

México, Distrito Federal: Z 14,000.00 M.N.

Provincia superficie: \$ 21,000.00 M.N.

Provincia aéreo: \$ 26,000.00 M.N.

Centroamérica, Sudamérica, Estados Unidos y Canadá:

US Dls. 23.00 (aéreo US Dls. 25.00)

Europa: US Dls. 24.00 (aéreo US Dls. 40.00)

El Consejo Editorial de la revista *Dialéctica*
participa con profunda pena
el fallecimiento de

CARLOS PEREYRA BOLDRINI

Colaborador y amigo de nuestra revista

La Palabra y el Hombre

Revista de la Universidad Veracruzana
Nueva época Enero-Marzo de 1988

Director: Raúl Hernández Viveros

Consejo de Redacción: Marco Tulio Aguilera Garramuño,
Juan Vicente Melo, Octavio Reyes.

Fundador: Sergio Galindo

SUMARIO

La Palabra y el Hombre, *Fernando Gutiérrez Barrios*

El legado editorial de la Universidad Veracruzana, *Salvador Valencia Carmona*

La presencia olmeca en el centro de Veracruz, *Rogelio Ramírez Herrera*

Poemas, *Alejandro Pescador*

Coyote emplumado, *Sergio D. Elizondo*

Contigüidad de la imagen, *José Kozser*

Archivos y bancos de datos: Registro Público de la Propiedad en Xico, Ver., *Odile Hoffmann*

La venganza de doña Menda, *Alfredo Rodríguez*

La novela española de la transición (1976-1986), *Pedro M. Domene*

Cortadores de caña: condiciones de trabajo y seguridad social,
Guadalupe Vargas Montero y José Velasco Toro

ENTRE LIBROS Y COMENTARIOS: Naomi Lindstron: *Xul y la creación poética* (115); Mario Navarrete Hernández: *Mural en la comunidad Bandera de Juárez* (126); Joseph Chrzanowski: *El arte tipográfico y la trayectoria poética de Vicente Huidobro* (129); Alicia González Cerecedo: *Boda indígena nahuatl* (134); Guadalupe Flores G.: *La familia que vino del norte* (137); Asunción Hornodelgado: *Unamuno como poeta* (138); Delia V. Galván: *Las heroínas de Elena Garro* (145); Marco Tulio Aguilera Garramuño: *Bulevar de los héroes* (154); *Sobre Los vuelos del deseo y el concurso de novela Novedades* (156); *El récuente de los daños* (158); *Alberto Ruy Sánchez: dos novelas y un malentendido* (159); Fernando García Núñez: *Notas de la reciente narrativa mexicana* (160); Uriel Martínez: *La sabiduría y la muerte en Gardea* (165); *Poeta de voz y cuerpo plural* (167); José Antonio Rodríguez Villalvazo: *Polvos de la urbe* (169); Fernando Burgos: *La escritura invisible* (170); Alberto Paredes: *Fichero personal* (174); Hipólito Rodríguez: *Versión crítica de la modernidad* (177); Gianni Vattimo: *Filosofía, postmodernidad y modernidad* (178); Fernando Salmerón Roiz: *Antes de La Palabra y el Hombre* (183); → *De Cal y de Arena* (187); *Acuse de recibo* (191).

Boletín del Genos 14

MEMORIA

Claves de la ideología socialista de Diego Rivera

Boletín del Genos 16

MEMORIA

Diego Rivera: Aberto, Generoso y...
El concepto socialista de la cultura, según el artista y muralista del siglo XX

Boletín del Genos 15

MEMORIA

Derechos laborales y sociales de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos*

Artículo de Mercedes Trujillo

El presente artículo trata de los problemas de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Este es un tema que merece ser estudiado y discutido. Los mexicanos que trabajan en Estados Unidos enfrentan una serie de problemas que afectan sus derechos laborales y sociales. En este artículo se analizan los principales problemas que enfrentan los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, así como las causas de estos problemas y las medidas que se deben tomar para resolverlos.



Los problemas de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos son de diversa índole. Algunos de los más importantes son: la explotación laboral, la discriminación racial y étnica, la falta de acceso a servicios sociales y de salud, y la precariedad de los empleos. Estos problemas afectan a millones de mexicanos que trabajan en Estados Unidos, y es necesario que se tomen medidas para resolverlos.

El presente artículo trata de los problemas de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos. Este es un tema que merece ser estudiado y discutido. Los mexicanos que trabajan en Estados Unidos enfrentan una serie de problemas que afectan sus derechos laborales y sociales. En este artículo se analizan los principales problemas que enfrentan los trabajadores mexicanos en Estados Unidos, así como las causas de estos problemas y las medidas que se deben tomar para resolverlos.

Boletín del Genos 17

MEMORIA

Significación actual de la Revolución de Octubre

Artículo de Adolfo Sánchez Vassquez, Pablo Gómez, Álvaro, Carlos Portes y José del Arroyo

La revolución rusa o la "perestroika"

Artículo de Carlos Vassquez

Este artículo analiza la significación actual de la Revolución de Octubre, así como el impacto de la "perestroika" en la Unión Soviética. Se discute el papel de la revolución rusa en el movimiento obrero y socialista internacional, y se evalúa el significado de las reformas económicas y políticas implementadas en la Unión Soviética durante la década de 1980.

Suscripción anual (6 números): 12 mil pesos (m.n.)
 Suscripción para el extranjero
 Suscripción de patrocinio: 50 mil pesos anuales

MEMORIA es una publicación bimensual del Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista que contiene estudios sobre la acción de la clase obrera en México y el movimiento socialista.

*Memoria siempre dice algo
 Siempre tiene un espacio en su biblioteca
 Suscríbese a Memoria. Haga memoria*

CRITICA

revista de la universidad autónoma de Puebla
verano de 1988

SUMARIO

- La difícil gestación de la sociedad civil
4 Demetrio Vallejo, *in memoriam*
8 La monstruosidad de una sentencia *Gloria Tirado Villegas*
15 ¿Debemos olvidar el 68? *Fernando Gabeira*
19 Lo que se amarra con un pañuelo *Paco Ignacio Taibo II*
23 1968 en Puebla *Jesús Márquez*
- La obra de Carlos Monsiváis
30 Carlos Monsiváis: retrato de tres décadas *Enrique Mercado*
37 El aullido *Carlos Monsiváis*
38 Explíqueme esa rola, don Carlos *Victor Roura*
45 68-86, el testigo es culpable *Francisco Pérez Arce*
- Cárdenas: vuelo hacia la democracia
51 Los ciudadanos libres cierran campaña en La Laguna *Cosme Ornelas*
56 1988: ¡de-mo-cra-cia!, el grito *Mariano Morales*
- Puebla, ciudad de masas
61 Ambulantismo y política municipal en Puebla *Alejandro Chávez Palma*
67 Los cambios demográficos en Puebla *Ludmila Borizovna*
- COA: repensar el Pacto
75 Una concertación insuficiente *Samuel Malpica*
77 Origen y alcances *Gabriel Mendoza Pichardo*
80 Evolución y repercusiones *Jorge Mejía Montoya*
86 El sector externo en la economía *Jesús Rivera de la Rosa*
89 Combatir la inflación o crecer *Mario Zepeda*
93 Las repercusiones sociales *Antonio Guadarrama*
95 Los Trabajadores frente al pacto *Jorge Bustillos*
98 El Pacto en Puebla *Salvador Pérez, Esteban George*
100 La UAP, el pacto y el subsidio *Sergio Cortés Sánchez*
- Ciencia y Filosofía
109 Guillermo Haro: una vida al servicio de la ciencia
Entrevista con Luis Rivera Terrazás *Ana María Magaldi*
113 Posmodernidad y tradicionalismo *Ramón Kuri Camacho*
- La imagen
122 La censura *Jorge Alberto Manrique*
123 Espacios alternativos *Luis Rius Caso*
124 La obra cuestionada *Hilda Campillo*
- La letra
126 Sartre y la literatura
- CRÍTICA: Dirección, *Mariano Morales*; Redacción, *Ana María Magaldi*; Información, *Cosme Ornelas*; Administración, *Yolanda García*.
- Toda correspondencia dirigirse a: *Critica*, revista de la Universidad Autónoma de Puebla, Calle 4 Sur, número 104, Puebla, Pue., México. Teléfono 42 07 44. Precio del ejemplar: \$ 2,000.00

investigación económica

revista de la facultad de economía de la universidad nacional autónoma de méxico

julio-septiembre 1988 - núm. 185 - precio 3 500 pesos

Bruce Wallace IDEAS EN TORNO DE
LAS RELACIONES ECONOMICAS IN
TERNACIONALES • *Jens Albert* GAST
O DE SEGURIDAD SOCIAL • *Anaya
Díaz* PEQUEÑA Y MEDIANA INDUS
TRIA EN MEXICO • *Claudia Ampudia*
EFECTOS DE LA LIBERACION COM
ERCIAL • *Vanackere* JORNALEROS A



Correspondencia: Departamento de Difusión, Facultad de
Economía, Ciudad Universitaria, México, D. F., C. P. 04510.
Teléfono: 550-54-79.

Suscripción anual: 14,000.00. Extranjero: 120 dólares. Estu-
diantes y profesores de la Facultad de Economía: \$ 8,000.00.
Números sueltos: \$ 3,500.00, Estudiantes y maestros de la Fa-
cultad, \$ 2,000.00 (M.N.) en la Librería de la Facultad.

ESPACIOS No. 12

Año V N° 12, 1988, Centro de Investigaciones Filosóficas
ICUAP.-UAP

Martín Heidegger

Serenidad 3

Martín Heidegger

9 Hacia una discusión de "Gelassenheit": Conversaciones en
un sendero del campo sobre el pensar

Carlos Astrada

De Kierkegaard a Heidegger 23

Oscar del Barco

Heidegger y el 27 misterio de la técnica

Oscar del Barco

Septiembre 39

Jorge Juanes

41 La política o un cadáver nada exquisito/II

Hugo von Hofmannsthal

Los caminos y el encuentro 64

Hugo Diego Blanco

66 El alma del espejo

Julio Glockner

El vuelo de la avispa 68

William Carlos Williams

La destrucción de Tenochtitlán 65

ACUERDOS DE LA REUNION Y MESAS REDONDAS DE REVISTAS CELEBRADAS DURANTE EL COLOQUIO *MARXISMO Y CULTURA POLITICA EN LA CRISIS ACTUAL*, QUE SE LLEVO A CABO LOS DIAS 1, 2 Y 3 DE ABRIL DE 1987.

REVISTAS PARTICIPANTES:

- 1.— DIALECTICA
- 2.— NUEVA ANTROPOLOGIA
- 3.— BRECHA
- 4.— LA PALABRA Y EL HOMBRE
- 5.— PROMETEO
- 6.— CRITICA
- 7.— MORPHE
- 8.— ESTRATEGIA

CONCLUSIONES:

- 1.— REALIZAR ENTRE LAS REVISTAS ARRIBA MENCIONADAS Y LAS QUE DESEEN INTEGRARSE, UN INTERCAMBIO PROPORCIONAL DE 10 EJEMPLARES POR NUMERO. CADA REVISTA LE DARA LA PUBLICIDAD Y DIFUSION A LOS NUMEROS RECIBIDOS.
- 2.— INTERCAMBIO DE PUBLICIDAD ENTRE LAS REVISTAS ARRIBA SUSCRITAS, Y LAS QUE DESEEN INTEGRARSE, EN CONFORMIDAD A LA POLITICA PUBLICITARIA DE CADA UNA DE ELLAS.
- 3.— REALIZAR, A LA MAYOR BREVEDAD POSIBLE UN DIRECTORIO NACIONAL DE REVISTAS.
- 4.— PROMOVER UNA REUNION DE TODAS LAS REVISTAS INTERESADAS.
- 5.— PUBLICITAR POR TODOS LOS MEDIOS LOS ACUERDOS ARRIBA MENCIONADOS.

Próximo número de

dialéctica

GEORG LUKACS = ERNEST BLOCH

LUKACS Y "LEON NAPHTA"

Michel Löwy

EL MARXISMO REVOLUCIONARIO DE LUKACS

Ana María Rivadeo F.

LUKACS DESMISTIFICADO

Agnes Heller

ERNEST BLOCH: EL PRINCIPIO ESPERANZA

Roberto Hernández Oramas

EL CRISTIANISMO COMO APRIORI DE LA REVOLUCION EN LA FILOSOFIA DE ERNEST BLOCH

Marco Orsolio

VIAJAR Y SABER A PARTIR DE "GEIST DER UTOPIE"

Esteban Krotz

¿UTOPIA O RECONCILIACION CON LA REALIDAD?

(Los escritos literarios de Lukacs en 1922-3)

Michel Löwy

La revista Dialéctica y el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista (CEMOS), invitan a la presentación de su número 19.

Participan: Adolfo Sánchez Vázquez, Sergio Bagú, Arnaldo Martínez Verdugo, Samuel Malpica, Juan Castaingts, Gabriel Vargas Lozano, Roberto Hernández Oramas.

Librería: El Sótano. (Miguel Angel de Quevedo)

24 de noviembre de 1988, 19 horas, Ciudad de México.